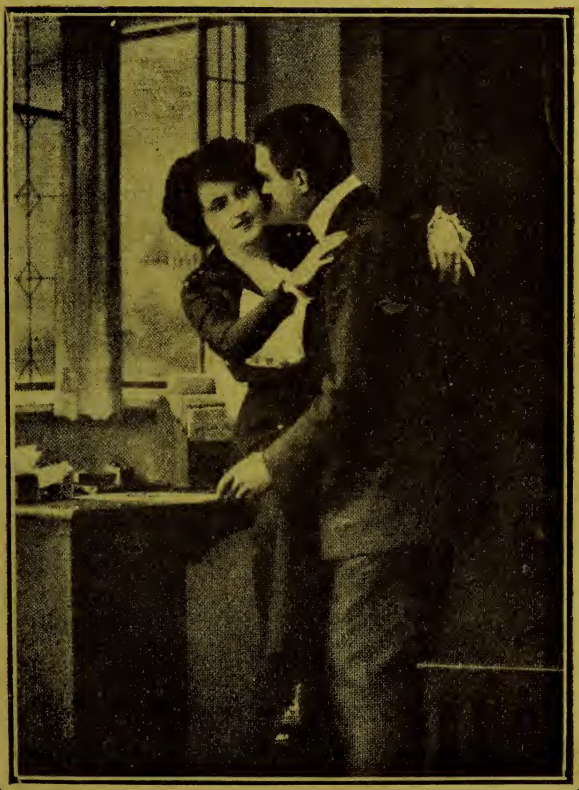
845144
Ob: C
V.2

OBRAS DE GUY DE MAUPASSANT

EL BUEN MOZO

(BEL-AMI)



Casa Editorial Maucci, Barcelona

EL BUEN MOZO

GUY DE MAUPASSANT

EL BUEN MOZO

(BEL-AMI)

Traducción de Augusto Riera

TOMO SEGUNDO

BARCELONA
Casa Editorial Maucci
Calle Mallorca, 166

BUENOS AIRES
Maucci Hermanos
Calle Cuyo, 1070

1905

Esta obra es propiedad de la Casa Editorial Maucci, de Barcelona.

Tipografía de la Casa Editorial Maucci.—Barcelona.

845M44
Ob:C
V.2

EL BUEN MOZO

VIII

Su duelo había hecho que Duroy fuera uno de los primeros cronistas de la *Vie Française*, pero como le costaba gran trabajo hallar ideas, adoptó la especialidad de las declamaciones sobre la decadencia de las costumbres, la depravación de los caracteres, la falta de patriotismo y la anemia del honor francés (había encontrado la palabra «anemia,» de la que se mostraba orgulloso).

Y cuando la señora de Marelle, que á fuer de parisién era burlona y descreída, se burlaba de sus parrafadas, que destruía con un epígrama.

—¡Bah! – contestaba – eso me hará una reputación para el día de mañana.

Vivió, pues, desde entonces, en la calle de Constantinopla, á donde le llevó la maleta, la navaja, el cepillo y el jabón que constituían todos sus mue-

bles. Dos ó tres veces por semana llegaba la joven antes que se hubiese levantado él, se desnudaba en un instante y se deslizaba en la cama estremecida por el frío de la calle. Duroy, en cambio, comía cada jueves en casa de Clotilde y procuraba hacerse simpático al marido hablándole de agricultura; y como á él mismo le gustaba cuanto á la tierra se refería, se entusiasmaban hasta el punto de olvidar á su mujer, que dormitaba en un sofá.

Laurita también se dormía tan pronto sobre las rodillas de su padre como en las del Buen-Mozo.

Cuando el periodista se iba, el señor de Marelle declaraba, con aquel tono doctrinario que empleaba para decir las menores cosas:

—Este muchacho es muy agradable. Tiene mucha inteligencia.

Acababa Febrero. Empezaba á sentirse olor de violetas por las calles al pasar por las mañanas cerca de los carritos de las vendedoras de flores.

Duroy vivía como el ratón en el queso.

Una noche, al volver á su casa, halló una carta bajo la puerta. Por el sello vió que venía de Cannes. La abrió y leyó:

«Cannes, Villa-Linda.

»Estimado señor y amigo: Me dijo usted no hace mucho que podía contar con usted en todo y por todo. Tengo que pedirle un cruel servicio; el de venir á acompañarme para no asistir sola á los últi-

mos instantes de Carlos, que va á morir. Quizá no llegue á fines de semana, por más que se levanta todavía. El médico me ha prevenido.

»No tengo ni fuerza ni valor para presenciar día y noche tal agonía; y pienso con terror en los últimos momentos que se acercan. No puedo pedir tal servicio á otro que á usted, porque mi marido no tiene familia. Era usted su camarada; él le abrió las puertas del periódico. Le suplico que venga. No sé á quién llamar.

»Disponga usted de su amiga sincera,

»MAGDALENA FORESTIER.»

Un extraño sentimiento penetró como una bocanada de aire en el corazón de Jorge; un sentimiento de liberación, de amplitud, que se desarrollaba ante él, y murmuró:

—Esto sí que no puede ser. Ciertamente que iré. ¡Pobre Carlos! ¡Válgame Dios, lo que somos!

El director, á quien enseñó la carta, le dió permiso gruñendo y le dijo al marchar:

—Vuelva usted pronto, porque hace usted falta.

Jorge marchó á Cannes al día siguiente en el rápido de las siete, después de avisar á los señores de Marelle por medio de un telegrama.

Llegó al día siguiente á las cuatro de la tarde.

Un mozo de cuerda le acompañó á Villa-Linda, edificada á media colina, en aquel bosque de pina-

betes poblado de casas blancas, que se extiende desde el Cannet al golfo Juan.

La casa era pequeñita, baja, de estilo italiano, á orillas del camino que sube en zig-zag á través del bosque, descubriendo á cada vuelta admirables puntos de vista.

El criado abrió la puerta y exclamó:

—¡Ah! caballero, la señora le espera á usted con gran impaciencia.

Duroy preguntó:

—¿Cómo está el señor?

—No muy bien; vivirá poco.

El salón donde entró el joven estaba tapizado de color de rosa con dibujos azules. La ventana era ancha y alta y daba sobre la ciudad y el mar.

Duroy murmuró:

—Diablo, es una buena casa. ¿De dónde demonio sacarán el dinero?

Un ruido de faldas le hizo volver.

La señora de Forestier le tendió ambas manos.

—Cuán amable ha sido usted en venir, cuán amable...

Luego, bruscamente, le besó.

Después se miraron.

Estaba algo pálida y enflaquecida, pero siempre fresca, y quizá más linda con aquella expresión enfermiza.

—No puede usted figurarse cuán terrible es su situación. Sabe que se muere y me atormenta de

continuo. Le he anunciado la llegada de usted. Pero ¿dónde tiene usted la maleta?

Duroy contestó:

—La he dejado en la estación, esperando que me aconseje qué hotel debo tomar para estar cerca de ustedes.

Vaciló un instante Magdalena y luego dijo:

—Quédese usted aquí. Tiene ya la habitación dispuesta. Puede morir de un momento á otro, y si sucediera por la noche estaría sola. Enviaré á buscar su equipaje.

Duroy se inclinó:

—Como usted quiera—dijo.

—Subamos ahora—replicó la joven.

La siguió. Abrió una puerta del primer piso y Duroy vió cerca de una ventana, sentado en un sillón, envuelto en mantas, lívido á la claridad roja del sol poniente, una especie de cadáver que le miraba. Apenas le reconocía. Adivinó más bien que era su amigo.

En aquel cuarto se olía á fiebre, á tisanas, á éter, á alquitrán; se respiraba aquel olor pesado y sin nombre que hay en las habitaciones donde respira un tísico.

Forestier levantó la mano con ademán penoso y lento.

—Hete aquí,—dijo—vienes para verme morir. Te doy las gracias.

Duroy trató de tomarlo á broma:

—¡Para verte morir! No sería un espectáculo divertido, ni escogería tal ocasión para visitar Cannes. Vengo á saludarte y á descansar.

—Siéntate—contestó Forestier; y bajó la cabeza, como si se sumiera en meditaciones desesperadas.

Respiraba de un modo rápido, entrecortado, y á veces lanzaba una especie de gemido, como para recordar á los demás cuán enfermo estaba.

Al ver que no hablaría, su mujer se acercó á la ventana y dijo, señalando el horizonte con un movimiento de cabeza:

—Mire usted qué hermoso es esto.

Enfrente de ellos la colina sembrada de quintas bajaba hasta la ciudad, asentada en la playa en forma de semicírculo, con la cabeza á la derecha, hacia el muelle, que dominaba la ciudad vieja, sobre la cual parecía cernerse un antiquísimo campanario, y los pies á la izquierda en la punta de la Croisette, enfrente de las islas Lerins. Estas islas parecían dos manchas verdes sobre el agua azul. Hubiérase dicho que flotaban como dos hojas inmensas, según lo planas que parecían desde la altura.

A lo lejos, cerrando el horizonte por el otro lado del golfo, había una cadena de montañas destacándose sobre un cielo resplandeciente sus cimas redondas ó agudas, que terminaban en un alto monte piramidal que hundía su base en el ancho mar.

La señora Forestier diio:

—Es el Esterel.

Detrás de las cimas obscuras el cielo aparecía rojo, rojo y dorado y fulguraba de tal modo, que los ojos no podían resistir su brillo.

Duroy sentía á pesar suyo el efecto de la majestad de aquel crepúsculo.

No encontrando otra palabra para expresar su admiración, exclamó:

—¡Es verdaderamente admirable!

Forestier levantó la cabeza hacia su mujer, y la dijo:

—Dame un poco de aire.

—Ten cuidado,—contestó,—el sol se pone y sentirás frío, y ya sabes que eso no te conviene.

Hizo un ademán febril y débil que hubiera querido ser un puñetazo y murmuró con un visaje de cólera, un visaje de moribundo que patentizaba la delgadez de labios y mejillas y lo saliente de los huesos.

—Te digo que me ahogo. ¿Qué te importa que muera un día antes ó un día después, estando como estoy hecho cisco?...

Magdalena abrió de par en par la ventana.

El soplo de aire que entró sorprendióles como una caricia. Era una brisa suave, tibia, apacible, alimentada ya por los perfumes de los arbustos y de las flores olorosas que crecen en aquella tierra. Dominaba en ella un olor poderoso de resina y el acre sabor de los eucaliptus.

Forestier la aspiraba con ansia. Crispó las uñas en los brazos del sillón, y dijo en voz baja, sibilante, rabiosa:

—Cierra. Esto me molesta. Prefiero reventar en un subterráneo.

Su mujer cerró la ventana lentamente y luego miró á lo lejos pegando la frente á los cristales.

Duroy hubiera querido hablar al enfermo, tranquilizarle.

Pero no se le ocurría nada propio para tranquilizarle.

Balbuceó:

—¿De modo que no estás mejor desde que estás aquí?

—Ya lo ves—contestó el enfermo encogiéndose de hombros, y bajó de nuevo la cabeza.

—Y, sin embargo, aquí hace muy buen tiempo comparado con París. Allí estamos todavía en mitad del invierno. Nieva, graniza, llueve y hay una niebla que hace encender las luces á las tres de la tarde.

Forestier respondió:

—¿Y qué hay del periódico?

—Nada de particular. Han tomado para reemplazarte á Lacrin que estaba en el *Voltaire*. Pero no sirve. Haces allí mucha falta.

—¿Yo? Dentro de poco iré á hacer crónicas á seis pies bajo tierra.

Aquella idea fija parecía una campanada que so-

nara sin cesar y se mezclaba á la conversación fuera cual fuese su asunto.

Reinó un largo silencio doloroso y profundo. El ardor del sol poniente calmábase poco á poco. Las montañas tomaban otra vez su color negro; y el cielo rojo se obscurecía. Una sombra con algo de color, un principio de noche que conservaba reflejos de hoguera moribunda entraba en el cuarto, parecía teñir las paredes, los muebles, las colgaduras y los rincones con matices en que se mezclaban la tinta y la púrpura.

El espejo de la chimenea reflejando el horizonte parecía un charco de sangre.

La señora Forestier no se movía, de espaldas á los dos hombres y con el rostro pegado al cristal.

Forestier se puso á hablar con voz entrecortada y lastimosa, que daba grima oir.

—¿Cuántas puestas de sol veré aún? Ocho, diez, quince ó veinte... quizá treinta, más, no... A vosotros os queda tiempo aun... para mí se acabó... Y en cuanto yo haya desaparecido... todo continuará como si estuviera aquí.

Permaneció callado algunos instantes y luego repuso:

—Todo cuanto veo me recuerda que ya no lo veré más dentro de unos días... Es horrible... ya no veré nada... nada de lo que existe... ni los objetos más pequeños de uso diario... las copas... los platos... las camas donde se descansa tan bien... los

coches. ¡Cuán bueno es pasearse en carruaje por la tarde! ¡Cuánto me gustaba todo eso!

Con los dedos de las manos hacía un movimiento nervioso como si hubiera tocado el piano sobre los brazos del sillón. Y cada una de las pausas que hacía era más penosa que sus palabras, pues se comprendía que pensaba cosas espantosas.

Duroy recordó de pronto lo que le decía Norbert de Varenne hacía unas semanas: «Ahora veo la muerte de tan cerca, que á veces siento ganas de alargar el brazo para rechazarla... La veo en todas partes. Las beztesuelas aplastadas en los caminos, las hojas que caen, el pelo blanco que advierto en la barba de un amigo, me destrozan el corazón, y me gritan: «Hela aquí!»

Entonces no le comprendió, pero ahora comprendía aquellas palabras mirando á Forestier. Y una angustia desconocida, atroz, penetraba en él como si hubiera sentido muy cerca en aquel sillón donde jadeaba su amigo la muerte repugnante al alcance de su mano.

¡Tenía ganas de levantarse, de irse, de escapar, de volver á París en seguida! De haberlo sabido no hubiera ido allí.

La noche se había extendido por el cuarto como un luto prematuro que cayera sobre aquel moribundo. Unicamente la ventana era aún visible, dibujando en su cuadro más claro la silueta inmóvil de la joven.

Forestier preguntó con irritación:

—¿Por qué no traen la lámpara hoy? ¡Vaya un modo de cuidar á un enfermo!

La sombra del cuerpo que se dibujaba en los cristales desapareció y resonó un timbre eléctrico en otras habitaciones. Entró un criado dejando una lámpara sobre la chimenea.

La señora Forestier, preguntó á su marido:

—¿Te acuestas ó bajarás á comer?

—Bajaré.

La espera de la comida les hizo permanecer cerca de una hora inmóviles á los tres, pronunciando únicamente de vez en cuando una palabra, una palabra cualquiera, inútil, vulgar, como si hubiera habido peligro, un peligro misterioso en no interrumpir aquel silencio, en dejar cuajarse el aire mudo de aquella habitación donde la muerte aleteaba.

Por fin se anunció la comida. Parecióle muy larga á Duroy, interminable. No hablaban; comían sin ruido, y desmenuzaban el pan con la punta de los dedos. Él criado servía, iba y venía sin que él oyera el ruido de sus pasos. Unicamente el tic-tac duro de un reloj de pared turbaba la calma de aquella casa con el ruido de su movimiento mecánico y regular.

Apenas acabaron de comer, Duroy pretextando fatiga se retiró á su cuarto, y de codos en la ventana, miraba la luna llena en el centro del cielo, pa-

recida á un globo de lámpara enorme, lanzar sobre las paredes de las quintas su claridad dura y velada y sembrar en el mar una especie de ancha estela luminosa, movediza y suave.

Buscaba un pretexto para marcharse pronto, inventando astucias y telegramas que iba á recibir; una llamada del señor Walter. Pero sus resoluciones de fuga le parecieron difíciles de realizar á la mañana siguiente. La señora Forestier adivinaría la trampa, y perdería por su cobardía todos los beneficios que le podía reportar su solicitud. Pensó que aquello era aburrido, pero que hay que tomar la vida como viene, y pensó asimismo que quizá terminara pronto la tragedia.

Hacía un tiempo espléndido, uno de aquellos días del sur que llenan el corazón de gozo. Y Duroy bajó hasta el mar, pensando que harto tiempo le quedaba para ver á Forestier.

Cuando volvió á entrar para almorzar, el criado le dijo:

—El señor ha preguntado por usted varias veces, de modo que si usted desea subir á su cuarto...

Subió. Forestier parecía dormir en un sillón. Su mujer leía tendida en el sofá.

El enfermo levantó la cabeza. Duroy preguntó:

—¿Cómo estás? Paréceme que tienes mejor aspecto.

—Sí, estoy mejor; tengo más fuerzas. Almuerzo

pronto con Magdalena porque vamos á dar un paseo en coche.

La joven, en cuanto estuvo sola con Duroy, le dijo:

—Hoy está satisfecho; se cree salvado. Desde la mañana está haciendo proyectos. Ahora iremos al golfo Juan á comprar porcelanas para nuestra casa de París. Quiere salir á toda costa, pero temo que le ocurra algún accidente. No podrá soportar el traqueteo del coche.

Cuando llegó el carruaje, Forestier bajó la escalera pasito á paso, sostenido por el criado. Pero apenas vió que el coche estaba cerrado mandó que quitaran la capota.

Su mujer le disuadía:

—Vas á tener frío, es una imprudencia.

—No, estoy mucho mejor. Estoy seguro de ello.

Pasaron al principio por aquellos caminos umbrosos que atraviesan entre jardines y que hacen de Cannes una especie de parque inglés, y luego tomaron el camino de Antibes á lo largo del mar.

Forestier daba explicaciones acerca de cuanto veían. Indicó la quinta del conde de París. Nombró otras. Estaba alegre, con la alegría de encargo, ficticia y débil del condenado. Levantaba el dedo, pues no tenía fuerza para extender el brazo.

—Toma, he ahí la isla de Santa Margarita, y el

castiilo del que se escapó Bazaine. ¡Buena lata nos dieron con la tal fuga!

Luego recordó cosas del regimiento; y nombró á los oficiales que le recordaban algo de su vida de soldado. De pronto, dando una vuelta el camino, se descubrió el golfo Juan por entero, con su blanca aldea en el centro, y la punta de Antibes en el otro extremo.

Forestier, acometido de súbito por una alegría infantil, balbuceó:

—¡Ah, la escuadra! ¡vas á ver la escuadra!

En el centro de la vasta bahía, se advertían media docena de grandes navíos parecidos á enormes rocas. Eran raros, disformes, grandís mos, con excrecencias, torres, y espolones que se hundían en el agua, como para echar raíces en el fondo del mar. No se comprendía cómo podían moverse por lo pesados que parecían. Una batería flotante, redonda, alta, en forma de observatorio, parecía á esos faros que se levantan sobre los escollos. Una gran fragata pasaba cerca de ellos en demanda del mar libre, con todas sus velas desplegadas, blancas y alegres. Era graciosa y linda junto á los monstruos de guerra, todos de hierro que parecían dispuestos á la acometida.

Forestier trataba de reconocerlos. Decía: «Colbert», «Suffren», «Almirante Duperre», «Redutable», «Devastación», y luego, corrigiéndose, decía: —No, me engaño; este es «Devastación».

Llegaron ante una especie de gran pabellón donde se leía: «Porcelanas artísticas del golfo Juan». Y el coche, después de dar una vuelta por la verde alfombra de musgo, se detuvo ante la puerta. Forestier quería comprar dos jarrones para la biblioteca. Como no podía bajar del coche, le enseñaban los modelos uno tras otro. Tardó largo tiempo en decidirse, consultando á su mujer y á Duroy.

—Los quiero para el mueble que hay en el fondo de mi gabinete. Los veré de continuo desde mi sillón. Quiero unos de forma antigua, griegos si es posible.

Examinaba los modelos, se hacía traer otros, y volvía á ver los primeros. Por fin se decidió, y después de pagar, exigió que los enviaran inmediatamente.

—Dentro de algunos días vuelvo á París—dijo.

Volvieron, pero á lo largo del golfo una corriente de aire frío envolvió el coche, y el enfermo comenzó á toser.

Al principio no tuvo importancia, pero después se convirtió en un acceso formidable, en una especie de hipo; de estertor.

Forestier se ahogaba, y cada vez que quería respirar, la tos que salía del fondo del pecho le desgarraba la garganta. Nada le calmaba ni mejoraba. Fué preciso llevarle desde el coche á su cuarto, y Duroy, que le sostenía las piernas, sentía las sacudidas de los pies á cada convulsión de los pulmones.

El calor de la cama no calmó el acceso, que duró hasta media noche. Luego, los narcóticos embotaron los espasmos mortales de la tos. El enfermo permaneció sentado en la cama y con los ojos abiertos hasta el amanecer.

Las primeras palabras que pronunció fué para que viniese el barbero, pues quería afeitarse todos los días. Se levantó para que le afeitaran, pero tuvo que acostarse en seguida, y comenzó á respirar de un modo tan duro y penoso, que la señora Forestier, asustada, hizo despertar á Duroy que acababa de acostarse, para que fuera á avisar al médico.

Acudió éste casi en seguida, recetó un brebaje y dió algunos consejos. Pero cuando el periodista le acompañaba para saber su opinión, le dijo:

- Ha entrado en la agonía. Mañana por la mañana habrá muerto. Prevenga usted á esa pobre señora y envíe á buscar un sacerdote. Yo nada puedo hacer ya. Pero estoy por entero á su disposición.

Duroy hizo llamar á la señora Forestier.

—Va á morir pronto. El doctor aconseja que enviemos á buscar un sacerdote. ¿Gué quiere usted hacer?

Vaciló la joven largo rato, y luego con voz lenta, habiéndolo calculado todo, dijo:

—Sí, valdrá más... Voy á prepararle... A decirle que el cura quiere verle. Le agradecería á usted mucho que fuera á buscar uno, y escogiera el que

le pareciese mejor y menos dispuesto á hacer aspavientos. Procure usted que se contente con confesarle y no exija más.

El joven trajo un viejo sacerdote que comprendía la situación. Apenas entró en el cuarto del agonizante, salió la señora Forestier, y se sentó con Duroy en el cuarto del lado.

—Le ha trastornado hablarle del cura. Su rostro ha tomado una expresión espantosa como si hubiera sentido... un soplo... ya comprende usted... de fijo que ha visto que todo acababa y que sólo viviría unas horas.

Estaba muy pálida. Poco después añadió:

—No olvidaré jamás la expresión de su rostro... De fijo que en ese instante ha visto la muerte. Sí, la ha visto...

Oyeron al sacerdote que hablaba un poco recio, porque era un poco sordo, y que decía:

—No, no, no está usted tan malo como se figura. Está usted enfermo, pero no de peligro. La prueba es que vengo como amigo y vecino.

No oyeron lo que contestó Forestier.

El anciano añadió:

—No, no le haré comulgar. Ya trataremos de ello cuando esté usted mejor. Si quiere usted aprovechar mi visita para confesarse, no diré que no. Al fin y al cabo soy un pastor y aprovecho todas las ocasiones para recoger á mis ovejas.

Siguió un largo silencio. Forestier lo debía abrir con su voz jadeante y sin timbre.

Luego, de repente, el sacerdote dijo con tono diferente, en el tono del celebrante en el altar:

—La misericordia de Dios es infinita; recite usted el *Confiteor*, hijo mío. Quizá lo ha olvidado. Voy á recordárselo. Repita usted conmigo: *Confiteor Deo omni potenti... Beatæ Mariæ semper virgini...*

Se detenía de vez en cuando para que el moribundo le alcanzara. Luego dijo:

—Ahora, confiésese usted.

La joven y Duroy no se movían, sobrecogidos por una turbación extraña, conmovidos por una espera ansiosa.

El enfermo había murmurado algo. El cura repitió:

—Ha tenido usted complacencias culpables, ¿de qué naturaleza, hijo mío?

La joven se levantó y dijo sencillamente:

—Bajemos al jardín. No hay que escuchar sus secretos.

Fueron á sentarse en un banco, junto á la puerta, bajo un rosal en flor, detrás de unas matas de claveles que esparcían al aire su aroma fuerte y suave.

Duroy, después de unos instantes de silencio, preguntó:

—¿Tardará usted mucho en volver á París?

—No, cuando acabe todo, volveré en seguida.

—¿De aquí á unos diez días?

—Sí, á lo sumo.

El joven añadió:

—¿De modo que no tiene ningún pariente?

—Ninguno, exceptuando unos primos. Sus padres murieron cuando él era todavía niño.

Ambos miraban como una mariposa volaba de clavel en clavel con rápida vibración de las alas que continuaban batiendo lentamente cuando se posara en la flor. Permanecieron largo rato silenciosos. El criado les avisó que «el señor cura había terminado.» Volvieron á subir.

Forestier parecía haber enflaquecido todavía más desde la víspera.

El sacerdote le daba la mano.

—Hasta la vista, hijo mío, volveré mañana.

Y se fué.

Apenas hubo salido, el moribundo, que jadeaba, trató de levantar sus manos hacia su mujer y balbuceó:

—Sálvame... sálvame... querida... no quiero morir... no quiero morir... ¡Oh! salvadme... Decid lo que hay que hacer... id á buscar al médico... Tomaré lo que diga... No quiero... no quiero...

Lloraba. Gruesas lágrimas se escapaban de sus ojos cayendo por sus mejillas descarnadas, y las comisuras de sus labios delgados se arrugaban como las de los niños que rompen á llorar.

Sus manos que habían vuelto á caer sobre la colcha, empezaron un movimiento continuo, lento y regular como para recoger algo que hubiera sobre el lecho.

Su mujer que lloraba también, balbuceaba:

—No, no es nada... es una crisis, mañana estarás mejor; es que ayer te cansó el paseo.

La respiración de Forestier era más rápida que la de un perro que acaba de correr. Tan apresurada que no podía contarse y tan débil que apenas se oía. Continuaba repitiendo:

—No quiero morir... ¡Oh, Dios mío... Dios mío... Dios mío!... ¿Qué me va á ocurrir? Ya no veré nada... nada... jamas... ¡Ah, Dios mío!

Miraba ante él algo invisible para los otros y que debía ser asqueroso, pues sus ojos reflejaban un espanto indecible. Sus manos continuaban á un tiempo su movimiento horrible y fatigoso.

De pronto se estremeció con sacudida brusca de pies á cabeza, y balbuceó:

—El cementerio... yo... Dios mío...

No habló más. Permanecía inmóvil, desencajado y jadeante. Pasaba tiempo. Sonó medio día en el reloj de un convento vecino. Duroy salió de la habitación para comer algo. Volvió una hora más tarde. El moribundo no se había movido. Continuaba paseando ó arrastrando sus dedos enflaquecidos por la colcha, como para taparse la cara. La joven estaba sentaba en un sillón al lado de la cama.

Duroy tomó otro á su lado y esperaron en silencio. Había llegado una enfermera que envió el médico. Dormitaba junto á la ventana.

Duroy mismo empezaba á adormecerse, cuando le pareció que algo había ocurrido. Abrió los ojos en el momento preciso de ver que Forestier cerraba los suyos como dos luces que se apagan.

Un débil hipo agitó la garganta del enfermo y dos hilillos de sangre aparecieron en las comisuras de los labios y luego mancharon su camisa. Cesaron en su horrible tarea sus manos. Ya no respiraba. Comprendiólo su esposa, y lanzando un alarido, cayó de rodillas ocultando la cabeza en las sábanas.

Jorge, sorprendido y asustado, hizo maquinalmente la señal de la cruz. La enfermera, despertándose, se acercó á la cama y dijo: «Se acabó.»

Duroy, que recobraba su sangre fría, murmuró con un suspiro de desahogo: «Ha durado menos de lo que pensaba.»

Cuando se hubo disipado su primer asombro, después de las primeras lágrimas vertidas, se encargó de todas las disposiciones necesarias para el entierro. Aquella tarea le ocupó hasta la noche.

Al volver tenía gran apetito. La señora Forestier comió algo; luego se instalaron algo en el cuarto fúnebre para velar el cuerpo.

Dos bujías ardían en la mesilla de noche junto á un plato donde había una ramita de mimosa en agua, pues no se encontró el boj que se necesita en

tales casos. Estaban solos los dos junto á él que ya no existía. No hablaban. Pensaban sólo mirándolo.

Pero Jorge, á quien la sombra molestaba junto á aquel cadáver, le contemplaba con obstinación. Sus miradas y su espíritu, atraídos por aquel rostro descarnado que la luz vacilante hacía parecer aún más flaco, permanecían fijos en él.

Aquel era su amigo Carlos Forestier que el día anterior le hablaba aún. ¡Qué cosa tan extraña y espantosa aquella desintegración completa de un sér! ¡Ah! Cómo recordaba ahora las palabras de Norbert de Varenne, acometido de espanto ante la muerte: «Nunca vuelve á resurgir un sér. Nacerán millones y miles de millones casi parecidos, que tendrán ojos, nariz, boca, cráneo y dentro de él un pensamiento, sin que jamás este cadáver tendido en la cama vuelva á reaparecer sobre la tierra.»

Durante algunos años había comido, bebido, reído, amado y esperado como todos. Y ahora, todo había concluído para él, concluído para siempre. ¿Qué es una vida? Algunos días, y luego, nada. Se nace, se crece, se es dichoso, se espera, y luego se muere. ¡Adiós, hombre ó mujer!, ya no volverás nunca á vivir sobre la tierra. Y sin embargo, todos llevan dentro de sí el deseo febril é irrealizable de la eternidad, todos son una especie de universo dentro del universo, y todos se aniquilan rápidamente y por completo en el estercolero de los nuevos gérmenes. Plantas, animales, hombres, estre-

llas, mundos, todo se anima, y luego muere para transformarse. Y nunca vuelve un sér, ya sea insecto, hombre ó planeta.

Un terror confuso, inmenso, abrumador, invadía el alma de Duroy. El terror de aquella nada ilimitada, inevitable, que destruye indefinidamente todas las existencias tan rápidas y tan miserables. Inclinaba ya la frente bajo su amenaza. Pensaba en las moscas que viven algunas horas, en los animales que viven algunos días, en los hombres que viven algunos años, en los astros que viven algunos siglos. ¿Qué diferencia hay, pues, entre unos y otros? Algunas auroras más ó menos, y esto es todo.

Apartó la mirada para no ver más el cadáver.

La señora Forestier, con la cabeza baja, parecía pensar también en algo doloroso. Sus cabellos rubios eran tan lindos sirviendo de marco á su triste rostro, que una suave sensación, como el vislumbre de una esperanza, llenó el corazón del joven. ¿A qué desolarse cuando tenía tantos años aun ante sí?

El se puso á contemplarla, sin que ella le viera, absorta como estaba en su meditación. Duroy pensaba: «He ahí, sin embargo, la única cosa buena de la vida, ¡el amor! ¡estrechar entre los brazos una mujer amada! Ahí está el límite de la dicha humana. El difunto había tenido suerte al encontrar aquella compañera inteligente y encantadora. ¿Cómo se habían conocido? ¿Cómo había consentido ella en casarse con aquel muchacho de mediana in-

teligencia y pobre? ¿Cómo se las compuso para hacerle figurar?

Pensó entonces en todos los misterios ocultos en las existencias. Recordó lo que murmuraban del conde de Vaudrec que la había dotado y casado, según decían. ¿Qué iba á hacer ahora? ¿Con quién se casaría? ¿Con un diputado, como pensaba la señora de Marelle, ó con un mozo de porvenir, un Forestier superior? ¿Tenía proyectos, planes, ideas preconcebidas? ¡Cuánto le hubiera gustado saberlo! ¿Pero á qué preocuparse de lo que ella haría? Se lo preguntó y advirtió que su inquietud provenía de uno de esos pensamientos confusos, secretos, que uno se oculta á sí mismo, y que sólo salen á la superficie cuando se rebusca en el fondo de la conciencia.

¿Por qué no trataría él de hacer aquella conquista? ¡Cuán fuerte y temible sería con ella! ¡Cuán aprisa y cuán lejos podría ir!

¿Por qué no? Comprendía que le gustaba, que tenía por él más que una simple simpatía, una de esas afecciones que nacen entre dos naturalezas parecidas, y que así son una seducción mutua como una especie de complicidad tácita. Magdalena sabía que era inteligente, resuelto y tenaz. Podía, pues, tener confianza en él.

¿No acudió á él en aquella circunstancia grave? ¿Por qué le llamó? ¿No debía ver en ello una especie de elección, de concesión? ¿Si había pensado en

él en el instante en que iba á ser viuda, no era quizá porque pensó que podía ser su compañero, su aliado?

Y sintió ansia de saber, de interrogarla, de conocer sus intenciones. Debía marchar al día siguiente y no podía permanecer sólo con aquella joven en la casa. Debía, pues, apresurarse, y antes de volver á París, descubrir con delicadeza y habilidad sus proyectos, y no dejar que otro se le adelantara y la comprometiera de un modo definitivo.

El silencio del cuarto era profundo; sólo se oía el péndulo del reloj que marcaba sobre la chimenea la marcha del tiempo.

—Debe usted estar muy cansada—murmuró.

—Sí—contestó ella,—pero sobre todo me siento anonadada.

El sonido de sus voces les admiró, pues resonaban de un modo extraño en aquella habitación siniestra. Miraron de pronto el rostro del muerto, como si esperaran verle mover, oirle hablar, como lo hacía algunas horas antes.

Duroy añadió:

—Es un gran golpe para usted, que cambia por completo su vida, que trastorna su corazón y su existencia entera.

La joven suspiró profundamente sin contestar.

—Es muy triste para una joven hallarse sola como usted va á estar.

Luego calló. Ella no contestaba. Después añadió:

—En todo caso, ya sabe usted lo que pactamos. Puede usted disponer de mí como quiera. Le pertenezco.

Ella le alargó la mano, lanzándole una de esas miradas melancólicas y cariñosas que conmueven hasta el rondo de su sér á los hombres.

—Gracias—contestó;—es usted bueno, excelente. Si me atreviera y pudiese algo por usted, le diría también: Cuente usted conmigo.

Le había tomado la mano que le ofreciera y la guardaba entre las suyas estrechándola y sintiendo vehementes deeeos de besarla. Se decidió por fin y acercándola lentamente á su boca, tuvo durante largo rato la piel fina, tibia, febril y perfumada junto á sus labios.

Luego, cuando comprendió que aquella caricia de amigo iba á resultar demasiado prolongada, supo dejar caer la manecita. Cayó blandamente sobre la rodilla de la joven que dijo con acento austero:

—Sí, voy á quedar sola, pero trataré de ser fuerte.

No sabía cómo hacerle comprender que sería dichoso, muy dichoso de tenerla por mujer á su vez. No podía decirlo entonces ante aquel cuerpo, pero podía, á lo que creyó hallar una de esas frases ambiguas oportunas y complicadas, que tienen un sentido oculto y expresan cuanto se quiere gracias á sus reticencias calculadas. Pero el cadáver le cohibía. Aquel cadáver rígido, tendido ante ellos, y que

sentía entre ellos. Por otra parte. desde hacía un rato, parecíale sentir en el aire viciado de la habitación un olor sospechoso, un aliento podrido que soltaba aquel pecho descompuesto, el primer soplo de carroña que los pobres muertos tendidos en su cama lanzan á los parientes que les velan, soplo horrible del que llevan pronto el ámbito vacío de su ataúd.

Duroy preguntó:

—¿No podríamos abrir un poco la ventana? Me parece que la atmósfera está corrompida.

—Sí, también yo lo he advertido en este instante.

Se fué hacia la ventana y la abrió. La frescura perfumada de la noche entró haciendo oscilar la llama de las dos bujías encendidas al lado de la cama. La luna esparcía su luz abundante y tranquila sobre las paredes blancas de las quintas y sobre la extensa superficie reluciente del mar. Duroy respirando á plenos pulmones, se sintió bruscamente esperanzado como movido por la proximidad de la dicha.

Se volvió y dijo:

—Venga usted á tomar el aire; hace un tiempo admirable.

Ella fué, y se puso de codos en la ventana junto á él.

Entonces Duroy murmuró en voz baja.

—Oigame usted y comprenda lo que quiero de-

cirle. No se indigne usted sobre todo si le hablo de tal cosa en estos momentos, pero me marcharé pasado mañana, y al volver á París quizá fuera ya tarde. He aquí lo que quiero decirle: No soy más que un infeliz sin fortuna y que aun ha de hacerse una posición, como usted sabe. Pero tengo voluntad, alguna inteligencia y estoy á lo que creo en el buen camino. Con un hombre que tiene ya posición, se sabe lo que se toma; con un hombre que empieza no se sabe donde se va. Tanto peor ó tanto mejor. Le dije un día en su casa que mi sueño más caro sería casarme con una mujer como usted; hoy le repito estas palabras. No me conteste. Déjeme usted continuar. No le dirijo una petición. El sitio y el momento la harían odiosa. Deseo tan sólo no dejarla ignorar que me puede usted hacer dichoso con una palabra, que puede usted hacer de mí ya un amigo fraternal ya un marido, lo que usted quiera; que mi corazón y mi persona son suyos. No quiero que me conteste usted ahora, tampoco quiero hablar más de esto aquí. Cuando volvamos á vernos en París me hará usted comprender lo que haya resuelto. Hasta entonces ni una palabra ¿verdad?

Había pronunciado aquellas frases sin mirarla, como si las sembrara en la noche. Ella parecía no haberle oído según lo inmóvil que estaba. mirando con fijeza el amplio paisaje que iluminaba el blanco disco de la luna.

Largo rato permanecieron uno junto á otro, silenciosos y meditando.

Cuando volvió cerca del muerto sintió claramente el olor á descomposición, y alejó la butaca, pues no hubiera podido soportar mucho rato aquella peste.

—Habrá que encerrarle en el ataúd por la mañana dijo.

—Sí,—replicó Magdalena—el carpintero vendrá á las ocho.

Duroy miró al difunto y exclamó: «¡Pobre chico!» La viuda lanzó á su vez un profundo suspiro.

Le miraban ahora menos á menudo, pues se habían acostumbrado ya á la idea de aquella muerte; empezaban á consentir mentalmente en tal desaparición que, poco rato antes, les indignaba y rebelaba, pensando que también ellos eran mortales.

No hablaban y continuaban velando de un modo correcto, sin dormirse. A media noche Duroy fué el primero en adormecerse. Cuando abrió los ojos notó que la señora Forestier dormía también, y, tomando entonces una posición cómoda, pensó: «¡De todos modos se está mucho mejor en la cama!»

Le despertó un ruido súbito. Entraba la enfermera. Lucía ya el sol. La joven, en el sillón de enfrente, parecía tan sorprendida como él. Estaba algo

pálida, pero siempre linda, fresca, graciosa á pesar de aquella mala noche.

Mirando el cadáver Duroy exclamó de pronto:

—¡Cómo le ha crecido la barba!

Efectivamente había crecido en algunas horas en aquella carne descompuesta tanto como en algunos días sobre el rostro de un hombre sano. Y ambos sentíanse asustados ante aquella vida que persistía en el muerto como ante un prodigio horrendo, como ante una amenaza sobrenatural de resurrección, como ante una de esas cosas anormales, aterradoras, que trastornan y confunden la mente.

Descansaron ambos hasta las once. Después encerraron á Carlos en el ataúd y se sintieron más tranquilos y serenos. Se sentaron uno enfrente de otro y almorzaron sintiendo deseo de hablar de algo alegre y que les distrajera, ya que habían cumplido con el difunto.

Por la ventana, abierta de par en par, la primavera enviaba un soplo tibio y perfumado por las matas de claveles que había en el jardín.

La señora Forestier propuso que dieran una vuelta por el jardín y anduvieron lentamente por el musgo, aspirando con delicia el aire saturado del olor de los pinabetes y eucaliptus.

De pronto, sin volver la cabeza hacia Duroy, como éste hiciera la víspera, habló la viuda. Pronunciaba lentamente y en voz baja y seria las palabras:

—Oiga usted, querido amigo, he reflexionado

ya... acerca de lo que usted me propuso, y no quiero que marche sin decirle algo. No le diré sí, ni no. Esperaremos, veremos, nos conoceremos mejor. Reflexione usted mucho por su parte. No obedezca al impulso de un momento. Si le hablo de esto antes que el pobre Carlos haya bajado á la tumba, es que importa que me conozca usted bien á fin de que no persista usted más en su proyecto si no tiene usted un... un carácter capaz de comprenderme y soportarme.

Entiéndame bien. El matrimonio no es para mí una cadena, sino una asociación. Quiero ser enteramente libre en mis actos; quiero entrar y salir y obrar como me plazca. No toleraría ni fiscalización ni celos, ni discusión acerca de mi conducta. Claro está que por mi parte me comprometería á respetar siempre el nombre de mi esposo y á no ponerle nunca en ridículo. Sería preciso que ese hombre viera en mí una igual, una aliada y no una inferior, una esposa obediente y sumisa. Sé que tales ideas no son las de la mayoría; pero no las cambiaré.

Añado también: no me conteste; sería inútil é inconveniente. Volveremos á vernos y quizá hablemos de todo ello más tarde.

—Ahora vaya usted á dar un paseo. Yo vuelvo al lado de Carlos. Hasta la tarde.

Duroy le besó la mano y se marchó sin decir una palabra.

Por la noche se vieron á la hora de la comida, y

después subieron á acostarse, pues á ambos les rendía el cansancio.

Carlos Forestier fué enterrado al día siguiente, sin ninguna pompa, en el cementerio de Cannes. Duroy tomó el rápido de París de la una y media.

La señora Forestier le acompañó á la estación. Se pasearon tranquilamente por el andén, esperando la hora de la marcha, y hablando de cosas indiferentes.

Llegó el tren, que era un verdadero rápido, con sólo cinco vagones.

El periodista escogió asiento, y luego volvió á bajar para hablar unos instantes más con Magdalena, sintiendo de pronto una gran tristeza, un gran temor de dejarla, como si no debiera verla ya más.

Un empleado gritaba:

—¡Señores viajeros para Marsella, Lyón, París, al tren!

Duroy subió y salió á la ventanilla para saludar á su amiga. Silbó la locomotora y el convoy arrancó pausadamente.

El joven, sacando el cuerpo por la ventanilla, miraba á la joven, inmóvil en el andén, y que le seguía con la vista. De pronto, cuando la visión iba á desaparecer, le envió un beso con ambas manos.

Ella se lo devolvió con ademán menos decidido, más discreto, apenas indicado.

SEGUNDA PARTE

I

Jorge Duroy había vuelto á sus antiguas costumbres.

Instalado en el entresuelito de la calle de Constantinopla, vivía metódicamente, á fuer de hombre que se prepara á entrar en una nueva senda. Sus relaciones con la señora de Marelle habían tomado un aspecto casi conyugal, como si por adelantado se ensayara en las próximas funciones que debía desempeñar. Su querida se admiraba á menudo de la calma regularizada de su unión y repetía riendo:

—Aun eres más metódico que mi marido; no valía la pena de cambiar.

La señora Forestier no había vuelto; continuaba en Cannes. Recibió una carta suya anunciándole su vuelta para mediados de abril; pero sin una alusión siquiera á lo que á Duroy importaba. Esperó. Estaba decidido á emplear todos los medios para ca-

sarse con ella, si por acaso Magdalena vacilaba. Pero tenía confianza en su fortuna, en el poder de seducción que poseía y que no resistían las mujeres.

Una esquelita le avisó que se acercaba el instante decisivo.

«Estoy en París. Venga á verme.

»MAGDALENA FORESTIER.»

Nada más. Lo recibió por el correo de las nueve. A las tres del mismo día entraba en su casa. Le tendió ambas manos sonriendo graciosamente, y durante unos momentos se miraron con fijeza.

—¡Cuán bueno y amable se mostró usted en aquella ocasión terrible!—murmuró la joven.

—Hubiera hecho todo lo que usted me mandara.

Se sentaron. Magdalena preguntó por los asuntos del día, por los Walter, por los compañeros y por el periódico. Pensaba en éste muy á menudo.

—Le echo de menos;—decía—paréceme que me falta algo. ¿Qué quiere usted? Me gusta el oficio.

Luego calló. Duroy creyó descubrir, hallar en su sonrisa, en el tono de su voz, en sus mismas palabras, una especie de invitación, y aun cuando se había prometido no apresurarse, balbuceó:

—Pues... ¿por qué no vuelve usted á reanudar tal oficio... con el... con el nombre de Duroy?

Volvió á ponerse seria y colocándole la mano en el brazo:

—No hablemos todavía de eso—murmuró.

Pero adivinó que aceptaba y, cayendo de rodillas ante ella, empezó á besarle apasionadamente las manos y repetía:

—¡Gracias, gracias, cuánto la amo!

Magdalena se levantó y el joven también. Ella estaba muy pálida. Entonces comprendió que le había gustado, quizá desde mucho tiempo antes, y, como estaban muy cerca uno de otro, la estrechó entre sus brazos y la besó en la frente con suavidad y cariño.

Cuando se hubo soltado, dijo la joven con acento grave:

—Escuche usted, amigo mío, aun no me he decidido. Sin embargo, pudiera ser que *sí*. Pero me va usted á prometer callar hasta que me convenga.

Duroy juró y salió rebosando alegría.

Procuró ser muy discreto en las visitas que le hizo y no solicitó una contestación categórica porque hablaba Magdalena de sus proyectos futuros de una manera tan delicada, que en la asociación de sus dos existencias á qué en ellos hacía alusión, había una promesa mucho más agradable que una contestación precisa.

Duroy trabajaba mucho, gastaba poco, trataba de ahorrar algo para tener algún dinero al casarse y se mostraba tan avaro como pródigo fuera.

Pasó el verano y después el otoño sin que nadie

sospechara los proyectos de los dos jóvenes, porque se veían poco y de un modo natural.

Una noche Magdalena le dijo mirándole con fijeza:

—¿Aun no ha explicado nuestro proyecto á la señora de Marelle?

—No; no he hablado á nadie. Me pidió usted secreto; lo he guardado.

—Creo que sería tiempo de avisarla. Yo me encargo de los Walter. ¿Lo dirá usted esta semana, verdad?

—Mañana mismo—replicó él ruborizándose.

Apartó la viuda la vista como para no advertir su turbación y añadió:

—Si usted quiere, podemos casarnos á principios de Mayo. Habrá pasado así más de un año.

—La obedezco en todo con gusto.

—El diez de Mayo, que es un sábado, me gustaría mucho, porque es mi natalicio.

—Vaya, por el diez de Mayo.

—¿Creo que sus padres viven cerca de Ruán, según usted me dijo?

—Sí, cerca de Ruán, en Canteleu.

—¿En qué se ocupan?

—Son... son rentistas.

—Tengo deseos de conocerles.

El vaciló, muy perplejo:

—Es que... es que son...

Pero luego, á fuer de hombre decidido, exclamó:

—Querida amiga, son labradores, hosteleros que han gastado lo que no podían para hacerme hombre de provecho. No me avergüenzan ni mucho menos, pero su rusticidad... su sencillez... pudieran molestaros.

Magdalena sonreía deliciosamente, con el rostro iluminado por una expresión bondadosa.

—No. Les querré mucho. Iremos á verles. Ya hablaremos de ello. Yo también soy hija de gente pobre... pero ya murieron y no tengo á nadie en el mundo... exceptuando á usted—añadió alargándole la mano.

Se sintió enternecido, conquistado, conmovido como nunca.

—Algo he pensado—dijo Magdalena; pero es difícil de decir.

—¿Qué es?

—Que yo, como todas las mujeres, tengo mis debilidades, mis pequeñeces... y me gusta lo que reluce, lo que brilla. Desearía tener un nombre noble. ¿Acaso no podría usted, con ocasión de nuestro matrimonio... ennoblecerse... algo?

A su vez se ruborizó la joven, como si hubiese cometido un acto poco delicado.

Duroy contestó:

—Ya lo he pensado varias veces; pero me parece difícil.

—¿Por qué?

Duroy se echó á reir

—Porque tengo miedo de aparecer ridículo.

Magdalena se encogió de hombros:

—No, hombre, no; todos lo hacen sin que nadie se burle. Divida usted su nombre: «Du Roy»; estará muy bien.

Como quien conoce á fondo el asunto, Duroy replicó:

—No, no vale eso. Es un procedimiento muy común, muy conocido. Había pensado tomar el nombre de mi país primero como pseudónimo literario y juntarlo poco á poco al mío, dividiendo después éste como usted indicaba.

—¿Es usted de Canteleu?

—Sí.

—No me gusta la terminación. ¿Por qué no modificar algo esta palabra... Canteleu?

Tomó una pluma y empezó á emborronar papel escribiendo nombres y estudiando su aspecto. De pronto, gritó:

—Tome, mire, ya está.

Y le alargó un papel en el que se leía: «La señora Duroy de Cantel.»

Reflexionó algunos minutos, y luego declaró con gravedad:

—Sí, está muy bien.

Parecía encantada, y repetía:

—Duroy de Cantel, Duroy de Cantel, la señora Duroy de Cantel. ¡Es precioso, precioso!

Y añadió con expresión convencida:

—Ya verá usted como todos lo aceptan. Pero hay que aprovechar la ocasión. Luego sería demasiado tarde. Desde mañana firme usted sus crónicas, D. de Cantel y los ecos Duroy á secas. Esto ocurre de continuo y nadie extraña que se tome un nombre de guerra. Cuando nos casemos se puede modificar de nuevo el nombre diciendo á los amigos que no le gustaba el *du;* ó no diciéndoles nada absolutamente. ¿Cuál es el nombre de pila de su padre?

—Alejandro.

Dos ó tres veces murmuró la joven: «Alejandro, Alejandro,» estudiando la sonoridad de las sílabas, y luego escribió en una hoja en blanco:

«Los señores Alejandro du Roy de Cantel, tienen el honor de participarle el matrimonio de su hijo Jorge du Roy de Cantel con la señora Magdalena Forestier.»

Miraba estas palabras que acababa de escribir, satisfecha de su efecto, y declaró:

—Con algún método se alcanza cuanto se desea.

Cuando estuvo en la calle, decidido á llamarse en lo sucesivo du Roy y hasta du Roy de Cantel, parecióle que acababa de adquirir nueva importancia. Andaba con más desparpajo, con la cabeza erguida, el bigote retorcido como cumple á un hidalgo. Dábanle ganas de decir á los transeuntes:

—Me llamo du Roy de Cantel.

Pero apenas entró en su casa el pensar en la cara

que pondría su querida al anunciarle el matrimonio, le aguó la fiesta. Escribióle, pidiéndole cita para el día siguiente.

«Se va á indignar,—pensó;—me espera un chubasco de primera.»

Tranquilizóse al poco rato gracias á la natural pachorra con que miraba los lados desagradables de la existencia, y se puso á escribir un artículo humorístico acerca del mejor modo de restablecer el equilibrio de los presupuestos.

Hizo figurar en ellos el de nobiliario por cien francos y los títulos de barón á príncipe, de quinientos á mil.

Y firmó D. de Cantel.

Al día siguiente recibió un telegrama de su querida, avisándole que llegaría á la una.

Esperó con impaciencia, decidido á hablar claro y pronto, y después, pasada la primera emoción, demostrarle que le era imposible pasarse toda la vida soltero, y que como el señor de Marelle se empeñaba en no morir, le había sido preciso pensar en otra compañera.

Estaba conmovido, sin embargo, y cuando resonó la campanilla el corazón le latió con fuerza.

Clotilde se echó en sus brazos.

—Buenos días, Buen Mozo—dijo.

Y pareciéndole que la recibía con frialdad, se fijó en él, y dijo:

—¿Qué tienes?

—Siéntate; vamos á hablar en serio.

Se sentó sin quitarse siquiera el sombrero y esperó.

Jorge meditaba suexordio. Por fin, dijo con lentitud:

—No puedes figurarte, querida amiga, cuánto siento y cuánto me turba lo que he de decirte. Te quiero mucho, te quiero con el alma y por lo mismo me apena más el temor de afligirte que lo que te he de comunicar.

Palideció Clotilde y tembló.

—Dí pronto qué ocurre.

—Ocurre que me caso—replicó Duroy con aquella pena fingida que se tiene siempre á mano para anunciar las desdichas dichosas.

Lanzó ella un suspiro como quien va á desmayarse, un suspiro doloroso que parecía arrancar del fondo del pecho y rompió en sollozos sin poder hablar. Viendo que no decía nada, añadió:

—No puedes imaginarte cuánto me ha hecho padecer tal resolución; pero no tengo posición ni dinero. Estoy sólo, perdido en París. Necesitaba alguien que me aconsejara y consolara y sostuviera. Buscaba una aliada y la he hallado.

Calló, esperando una explosión de cólera y de lágrimas.

Clotilde apoyaba la mano en el corazón como para contenerlo, y respiraba de un modo entrecortado que hacía jadear su pecho.

Le cogió la mano que estaba en el brazo del sillón, pero ella se soltó, murmurando como anonadada: «¡Ah! ¡Dios mío!...»

Arrodillóse Duroy ante ella pero sin atreverse á tocarla y balbuceó, más conmovido por aquel silencio que por las violencias previstas:

—Clo, Clotildita, comprende mi situación y lo que soy. ¡Oh! si hubiese podido casarme contigo, ¡qué dicha! Pero estás casada. ¿Qué podía hacer? Reflexiona, alma mía, reflexiona. Es preciso que tenga una posición y esto es imposible mientras no tenga casa y esposa. ¡Si supieras! ¡Muchas veces me han asaltado ideas de matar á tu marido!...

Hablaba con su acento suave, cariñoso, que entraba como una música en sus oídos.

Vió que se desprendían dos lágrimas de los ojos de su querida y resbalaban por sus mejillas mientras se formaban dos más.

—No llores, Clo, no llores. Me partes el corazón.

Entonces hizo un esfuerzo Clotilde para aparecer digna y altiva, y dijo con aquella voz temblorosa de las mujeres que van á sollozar:

—¿Quién es?

Vaciló Duroy un segundo y luego, comprendiendo que era preciso decir el nombre, dijo:

—Magdalena Forestier.

La señora de Marelle se estremeció de pies á cabeza, y después se puso á reflexionar con tal aten-

ción que parecía haber olvidado que estaba el joven á sus pies.

Y las lágrimas que se formaban en sus ojos caían sin interrupción y parecían llamar á otras.

Se levantó, Duroy adivinó que iba á partir sin decirle una palabra, sin reproches y sin perdón y se sintió herido y humillado. Queriendo detenerla cogióla con ambos brazos por el vestido, abrazando á través de la ropa sus piernas redondas que sentía que se afirmaban para resistir.

—Te ruego que no partas así—decía Duroy.

Entonces ella le miró de alto abajo, le miró con aquellos ojos húmedos, desesperados, tan encantadores y tristes, que delatan todo el dolor de un corazón de mujer, y balbuceó:

—No tengo... no tengo nada que decir... nada puedo... hacer... Tienes... tienes razón... has... has escogido lo que necesitabas.

Y soltándose, se fué sin que él tratara de retenerla ya.

Cuando estuvo solo, se levantó aturdido como si hubiese recibido un puñetazo en la cabeza; luego, conformándose, exclamó:

—¡Pardiez! Tanto mejor ó tanto peor. Ya está... y sin escándalo. Lo prefiero así.

Y aliviado de un peso enorme, sintiéndose libre del todo, preparado para su nueva vida, se puso á vocear contra la pared lanzando fuertes puñadas,

como embriagado de suerte y fuerza, como si se batiera contra el destino.

Cuando la señora Forestier le preguntó:

—¿Ha advertido usted á la señora de Marelle?

Contestó con tranquilidad:

—Sí...

Magdalena le observaba con su clara mirada.

—¿Y no se ha mostrado conmovida?

—No, no; por el contrario le ha parecido muy bien.

Pronto se supo la noticia. Unos se admiraron, otros pretendieron haberlo previsto; otros sonrieron, diciendo que no les sorprendía.

El joven firmaba D. de Cantel sus crónicas; Duroy sus ecos y du Roy los artículos políticos que publicaba de cuando en cuando. Pasaba la mitad del día en casa de su novia que le trataba con una familiaridad fraternal que ocultaba una verdadera ternura, una especie de deseo disimulado como una debilidad. Había decidido que el casamiento se verificaría sin boato, únicamente en presencia de los testigos, y que la misma noche marcharían á Ruán. Al día siguiente, irían á visitar á los padres del periodista y pasarían algunos días con ellos.

Duroy trató de hacerla renunciar á aquel proyecto y no consiguiéndolo, se conformó.

Llegado el diez de mayo, los novios, juzgando inútiles las ceremonias religiosas, pues no habían invitado á nadie, después de unos momentos pasa-

dos en la alcaldía, arreglaron sus maletas y tomaron en la estación de Saint-Lazare el tren de las seis de la tarde que les llevó hacia Normandía.

Apenas habían cambiado veinte palabras hasta el momento de entrar en el vagón. Cuando arrancó el tren se miraron y se echaron á reir para ocultar cierto malestar que no querían dejar aparecer.

El tren atravesaba lentamente la larga estación de las Batignolles y salvó luego la fea llanura que se extiende desde las fortificaciones al Sena.

Duroy y su mujer de cuando en cuando pronunciaban algunas palabras inútiles y luego volvían á las ventanillas.

Después de atravesar el puente de Asniéres, sintiéronse alegres al ver el río cubierto de barcas, pescadores y paseantes. El sol, sol poderoso de mayo, esparcía su luz oblicua sobre las barcas y el río, que parecía inmóvil, sin corriente ni remolinos, cuajado á impulsos del calor y de la luz del día que terminaba. En mitad del río había una barca de vela que habiendo desplegado dos grandes triángulos de lona blanca para aprovechar el menor soplo de viento, parecía un gran pájaro dispuesto á volar.

Duroy murmuró:

—Me gustan los alrededores de París. Recuerdo algunas meriendas que fueron verdaderamente deliciosas.

—¡Y los paseos en canoa! ¡Cuánto me gusta deslizarme por el agua al ponerse el sol!

Callaron luego, como si no se atrevieran á continuar hablando de lo pasado, y permanecieron mudos, saboreando quizá la poesía de los recuerdos.

Duroy, sentado frente á su esposa, le tomó la mano y se la besó lentamente.

—Cuando estemos de vuelta—dijo—iremos alguna vez á comer á Chatou.

—¡Tendremos tanto qué hacer!—murmuró Magdalena, en un tono que quería significar que lo agradable debía subordinarse á lo útil.

Jorge continuaba estrechando su mano y preguntándose de qué modo y por qué transición llegaría á las caricias. No se hubiese turbado ante la ignorancia de una niña inocente, pero la inteligencia viva y despierta de Magdalena le turbaba. Temía parecerle torpe, demasiado tímido, brutal, harto lento ó presuroso.

Estrechaba la mano que no le devolvía su presión ni contestaba á su llamamiento. De pronto, dijo:

—Me parece raro que seas mi esposa.

—¿Por qué?—preguntó ella sorprendida.

—No lo sé. Me extraña. Tengo ganas de besarte y me admira que tenga derecho á hacerlo.

Magdalena le presentó la mejilla y él la besó como hubiera besado la de una hermana.

—La primera vez que te vi—añadió Jorge—en

aquella comida á que me invitó Forestier, pensé: «¡Diablo! ¡si pudiera pillar una mujer así!» Ya lo he conseguido; ya la tengo.

—¡Tiene gracia!—contestó la joven mirándole y sonriéndole.

«Soy demasiado frío. Debo parecerle estúpido. Debiera ir á paso de carga», pensaba Duroy.—Y al cabo de un momento, preguntó:

—¿Cómo conociste á Forestier?

Magdalena contestó con malicia provocativa:

—¿Acaso vamos á Ruán para hablar de él?

—¡Qué tonto soy!—exclamó Duroy ruborizándose.—Me intimidas mucho.

—¿Yo? ¿De veras? ¿A cuenta de qué?

Se había sentado el joven junto á ella, que, de pronto, exclamó:

—¡Ah! ¡un ciervo!

El tren atravesaba el bosque de Saint-Germain y un cervatillo asustado saltó uno de los caminos.

Mientras Magdalena miraba por la ventanilla, con la cabeza inclinada, el joven estampó un beso apasionado sobre los ricillos de su nuca.

Permaneció unos instantes inmóvil y luego dijo:

—Me haces cosquillas; basta.

Pero Duroy no se apartaba y acariciaba con los labios y con el rizado bigote la carne blanca.

—Deja, deja—murmuró Magdalena apartándose.

Pero él le hizo volver la cabeza y se lanzó sobre su boca como un halcón sobre su presa.

Ella le rechazaba, trataba de soltarse. Y, al conseguirlo, repitió:

—¡Ea, basta, basta!

Pero él no la oía, besábala con ansia y avidez y trataba de derribarla en los asientos del vagón.

Se soltó haciendo un gran esfuerzo y dijo levantándose con vivacidad:

— Vaya, estate quieto, Jorge. Ya no somos niños. Paréceme que podemos esperar hasta Ruán.

El estaba sentado, con el rostro encendido y calmado por aquella observación razonable. Cuando recobró su sangre fría dijo:

—Bueno, esperaré; pero no me comprometo á pronunciar veinte palabras hasta que lleguemos, y aun no hemos atravesado Poissy.

—Seré yo la que hable.

Y se sentó junto á él.

Y habló con precisión de lo que harían á su vuelta. Debían conservar la habitación en que ella vivía con Forestier; pues Duroy heredaba el empleo y el sueldo del difunto en la *Vie Française*.

Por otra parte, antes de su unión había dispuesto la joven todos los detalles de la vida común con un tacto de hombre de negocios.

Se habían asociado bajo el régimen de la separación de bienes y previsto todos los casos que podían ocurrir: muerte, divorcio, nacimiento de uno ó más hijos. Duroy aportaba cuatro mil francos al matrimonio; pero mil quinientos los tomó á présta-

mo. El resto provenía de las economías realizadas durante el año. La joven aportaba cuarenta mil que, á lo que decía, le dejó Forestier.

Magdalena citaba al difunto como modelo:

—Era un muchacho muy metódico, muy sesudo, muy laborioso. Hubiera hecho fortuna en breve tiempo.

Duroy no la escuchaba, absorto en otros pensamientos.

Ella se interrumpía á veces para seguir el curso de una idea íntima y luego proseguía:

—Dentro de tres ó cuatro años puedes ganar de treinta á cuarenta mil francos anuales; es lo que hubiera ganado Forestier.

Jorge, á quien impacientaba la lección, respondió:

—Creo que no íbamos á Ruán para hablar de él.

Le dió un papirotazo en la mejilla y respondió riendo:

—Es verdad, me reconozco culpable.

Duroy se había puesto las manos en las rodillas, como los chicos modositos.

—Pareces tonto.

—¡Bah! es el papel que me destinas y no he de apartarme de él.

—¿Por qué?—preguntó Magdalena.

—Porque tomas la dirección del matrimonio y hasta la de mi persona. Ya sé, por otra parte, que te corresponde esto, por ser viuda.

Quedó ella admirada:

—¿Qué quieres decir?

—Que tienes una experiencia que iluminará mi ignorancia, y una práctica del matrimonio que disipará mi inocencia de soltero; ¡eso es!

—¡Tiene gracia!—exclamó la joven.

—No queda otro recurso. Yo no conozco á las mujeres y tú conoces á los hombres, vaya, y ya que eres viuda tendrás que educarme, vaya, y puedes empezar en seguida, vaya!

Magdalena exclamó regocijada:

—¡Oh! si cuentas conmigo para eso...

Y Duroy pronunció con ese acento de colegial que balbucea la lección:

—Sí, vaya, cuento con ello. Espero que me darás una educación sólida en veinte lecciones... diez para los elementos... lectura y gramática... diez para perfeccionarse y para la retórica... Yo no sé nada, vaya.

—¡Qué loco eres!—pronunció ella.

—Ya que veo que me tratas con franqueza, imitaré tu ejemplo, y te diré, amor mío, que cada vez te adoro más y que Ruán me parece muy lejos.

Hablaba ahora con entonaciones de actor, haciendo unos visajes que divertían mucho á su esposa, acostumbrada desde antiguo á las bromas y maneras de los literatos.

Mirándole con el rabillo del ojo le hallaba verdaderamente encantador, sintiendo las ganas que se

sienten de coger y comer una fruta desde el árbol á pesar de que la razón aconseja esperar la hora de la comida para saborearlo.

Entonces, ruborizándose ligeramente á impulsos de los pensamientos que la asaltaban, dijo:

—Oye, discípulo; cree mi experiencia, mi gran experiencia. Los besos en un vagón resultan desaboridos. Dañan el estómago.

Se ruborizó más y añadió:

—No hay que segar trigo que no grane.

Sentíase excitado por las picardías que adivinaba en aquella linda boca; é hizo la señal de la cruz y masculló unas palabras como si rezara una oración. Luego dijo:

—Acabo de ponerme bajo la protección de San Antonio, patrón de las tentaciones. Ahora seré de bronce.

La noche adelantaba lentamente cubriendo como de un ligero velo de transparente sobre la amplia campiña de la derecha. El tren seguía el curso del Sena, y los jóvenes se pusieron á mirar el río, parecido á una cinta de metal pulido que reflejara el incendio de una puesta de sol sobre su brillante superficie. El color rojo fundíase poco á poco en tintas más obscuras, tristes y sombrías. Y los campos se anegaban en la obscuridad con ese estremecimiento siniestro de muerte que cada crepúsculo produce á la tierra.

Aquella melancolía de la noche entrando por las

ventanillas, sobrecogía las almas, tan alegres poco antes, de los dos esposos, que estaban ahora silenciosos.

Se habían acercado uno á otro para contemplar la agonía de aquel día resplandeciente de Mayo.

En Mantes encendieron la luz del vagón, que esparcía su luz temblorosa por el acolchado gris de los asientos.

Duroy estrechó el talle de su mujer, atrayéndola hacia sí. Su agudo deseo se había transformado en una ternura lánguida, en un ansia de caricias tranquilas, de esas que calman á los niños.

Murmuró en voz baja:

—Te querré mucho, Magda.

Aquel acento cariñoso conmovió á la joven, la hizo estremecer, y le ofreció los labios inclinándose hacia él, porque había puesto la cabeza sobre su pecho.

Fué un beso largo, mudo y profundo, luego un estremecimiento, un abrazo loco y brusco, una corta lucha, un acoplamiento rápido y torpe. Luego quedaron uno en brazos de otro, algo desilusionados, cansados y tiernos aun, hasta que el silbido de la locomotora anunció la próxima estación.

Arreglándose el pelo, dijo la joven:

—¡Qué tontería! Somos unos chiquillos.

Pero él la besaba las manos pasando de una á otra con rapidez febril, y contestó:

—Te adoro, Magda mía.

Permanecieron inmóviles casi hasta Ruán, mejilla contra mejilla, mirando la obscuridad de la noche por las ventanillas, donde aparecían á veces las luces de las casas; y se entregaban á sus ensueños, contentos de sentirse tan próximos, y en la espera de un abrazo más íntimo y más libre.

Fueron á una fonda cuyas ventanas daban al muelle, y se acostaron, después de tomar un bocado. La camarera les despertó al día siguiente á las ocho.

Después de beber el té que les dejaron en la mesilla de noche, Duroy miró á su esposa, y con el impulso de un hombre dichoso que acaba de hallar un tesoro, la estrechó entre sus brazos, balbuceando:

—¡Ah, Magda! comprendo que te quiero mucho... mucho... mucho...

Sonrió ella con sonrisa satisfecha y confiada, y murmuró en tanto que le devolvía sus besos:

—Y yo también... quizá.

Duroy estaba inquieto por la visita á sus padres. Varias veces había advertido á su mujer y la había sermoneado y preparado. Creyó oportuno repetir sus advertencias.

—Ten presente que son labriegos, no de teatro, sino auténticos.

—Ya lo sé—contestó riendo;—bastante me lo has dicho. Ea, levántate y deja que me levante.

Saltó Duroy de la cama, y dijo poniéndose los calcetines:

—Estaremos mal en casa, muy mal. No hay más que una mala cama de jergón en mi cuarto. En Canteleu no se conocen los colchones de muelles.

Magdalena parecía encantada.

—Mejor. Me gustará dormir así... cerca de... junto á ti... y que me despierte el canto de los gallos.

Se había puesto un peinador, un gran peinador de franela blanca que Duroy reconoció en seguida. Al verlo sintió una impresión desagradable. ¿Por qué? Su mujer tenía una docena de aquellos vestidos de mañana. No era natural que desechara toda su ropa blanca y comprara otra nueva; pero le indignaba que su ropa de noche, su ropa de amor, fuera la misma que usó con el otro. Antojábasele que aquel vestido tibio y suave al tacto, debía guardar reminiscencias de Forestier.

Fuése hacia la ventana encendiendo un cigarrillo.

La vista del puerto, del ancho río cubierto de buques de ligeros mástiles, de vapores pesados, cuyas bodegas vaciaban con gran ruido máquinas poderosas, le conmovió, por más que de antiguo conociera tal espectáculo. Y exclamó:

—¡Qué hermoso es eso!

La joven acudió á su lado, y apoyándose con abandono en su espalda, quedó maravillada y encantada á un tiempo, mientras repetía:

—Sí, es muy bonito, muy bonito; no creía yo que hubiera tantos vapores.

Marcharon al cabo de una hora, pues debían almorzar con los viejos, á quienes se había prevenido desde días antes. Un simón descubierto se encargó de transportarlos, armando un estrépito infernal con su caja y sus muelles desvencijados. Siguieron un largo paseo no muy lindo, atravesaron después unas praderas regadas por un arroyo, y después empezaron á subir la cuesta.

Magdalena, cansada, dormitaba acariciada por el sol que la calentaba deliciosamente en el fondo del simón destartalado, como si estuviera tendida en un baño tibio de luz y de aire campestre.

Su marido la despertó.

—Mira—dijo.

Estaban á los dos tercios de la cuesta, en un punto famoso por el panorama que desde allí se descubre, y que se enseña á todos los viajeros.

Desde allí se domina el ancho valle, largo y amplio que el claro río recorre de un extremo á otro formando extensas ondulaciones. Se le veía llegar del fondo manchado de verdura por las islas é islotes, y describiendo una curva antes de atravesar Ruán.

Luego la ciudad aparecía en su orilla derecha, anegada en la niebla matutina, iluminados por el sol los tejados, con sus miles de campanarios ligeros, puntiagudos ó achatados, delicados y trabaja-

dos como gigantescas joyas, sus torres cuadradas ó redondas, rematadas en coronas heráldicas, sus campanas, sus campanillas, toda la multitud de sus remates góticos dominados por la flecha aguda de la catedral, sorprendente aguja de bronce fea, rara y desmesurada, la más alta que hay en el mundo.

Enfrente, al otro lado del río, se levantaban las cilíndricas, ahumadas chimeneas de los talleres y fábricas del vasto arrabal de Saint-Sever.

Más numerosas aun que sus hermanos los campanarios, erguían hasta el horizonte casi sus altas columnas de ladrillos y arrojaban á la inmensidad azul su aliento negro.

La más alta de todas, tan elevada como la pirámide de Cheops, la segunda de las cimas debidas á la humana ciencia, que casi podía competir con la flecha de la Catedral, la gran chimenea de la *Foudre* parecía la reina del pueblo laborioso de los talleres, así como su vecina era la reina de la multitud puntiaguda de los monumentos sagrados.

A lo lejos, más allá de la ciudad obrera, había un bosque de pinabetes; y el Sena, después de atravesar por entre ambas ciudades, continuaba su camino, corría á lo largo de una colina ondulada y arbolada en la cima, mostrando á trechos su esqueleto de piedra blanca, y luego desaparecía en el horizonte, después de describir una gran curva. Subían y bajaban el río fragatas y navíos remolcados por barcas pequeñas como moscas que lanzaban boca-

nadas de humo negro. Las islas se tocaban casi una con otra ó dejaban entre sí anchos intervalos, como los granos desiguales de un rosario de jaspe verde.

El cochero esperaba que los viajeros acabaran de asombrarse. Sabía por experiencia lo que duraba la admiración de las diversas clases de viajeros.

Pero apenas habían vuelto á ponerse en marcha, Duroy advirtió, á un par de cientos de metros, una pareja de labriegos que venían en dirección contraria, y saltó del coche gritando:

—¡Ahí están! ¡Son ellos! Bien les reconozco.

Andaban el hombre y la mujer con paso irregular, balanceándose y chocando de cuando en cuando sus respectivos hombros. El hombre era bajo, rehecho, colorado y algo barrigudo, vigoroso á pesar de su edad; la mujer era alta, seca, encorvada, triste, la verdadera mujer de fatiga del campo, que ha trabajado desde la niñez, y que no ha reído jamás, en tanto que su marido bromea de continuo, trincando con los parroquianos.

Magdalena había bajado también del coche y miraba llegar aquellos dos pobres seres con una opresión que no previera. No reconocían á su hijo en aquel hermoso caballero, y no hubieran imaginado jamás que fuese su nuera aquella linda señora del vestido claro.

Andaban aprisa y sin hablar en busca del hijo es-

perado, sin fijarse en aquellas personas de la ciudad á quienes seguía un coche.

Pasaban. Jorge, que reía, gritó:

– Buenos días, papá Duroy.

Se detuvieron ambos en seco, estupefactos primero y más asombrados aún á cada momento.

La vieja fué la primera que se repuso, y preguntó sin adelantar un paso:

—¿Eres tú, hijo mío?

El joven contestó:

—¡Sí, soy yo, mamá Duroy!—y yendo hacia ella la besó en ambas mejillas con ruido.

Luego abrazó á su padre, que se había quitado su gorra, una gorra á la moda de Ruán, de seda negra, muy alta, como las que llevan los ganaderos.

Jorge anunció:

—Mi mujer.

Los campesinos miraron á Magdalena. La miraron como se mira un fenómeno, con un temor inquieto, acompañado de una aprobación satisfecha por parte del padre y de una enemistad celósa por la de la madre.

El labriego, que era hombre de buen humor, embebido de una alegría de sidra dulce y alcohol, tomó confianza y preguntó con sus puntos y ribetes de socarronería:

—¿Te la podemos besar?

—¡Ya lo creo!—contestó el hijo.

Y Magdalena, de buena ó mala gana, ofreció sus

mejillas á los besos sonoros del labriego, que se enjugó después los labios con el dorso de la mano.

La vieja besó á su vez á su nuera con una reserva hostil. No, aquella no era la nuera que soñara, la fresca y colorada campesina, de carnes duras y apretadas. Aquella parecía una «arrastrada» con sus faralaes y su almizcle.

Es de advertir que para la vieja todos los perfumes eran almizcle.

Pusiéronse todos en marcha detrás del coche que llevaba el equipaje de los recién casados.

El viejo cogió el brazo de su hijo, y quedándose un poco atrás, preguntó con interés:

—¿Y qué tal van los negocios?

—Bien, muy bien.

—Me alegro, me alegro. ¿Y tu mujer, tiene dinero?

—Cuarenta mil francos.

El viejo lanzó una especie de silbido de admiración y sólo pudo exclamar: «¡Diablo!» Tal fué la admiración que le produjo la suma. Luego añadió con una gran seriedad:

—¡Como guapa, es guapa!—pues la encontraba de su gusto, y en otro tiempo pasaba por ser voto en la materia.

Magdalena y su suegra andaban sin decir una palabra cuando las alcanzaron los dos hombres.

Llegaron á una aldea, á una aldehuela edificada á orillas del camino, compuesta de diez casas por

lado, casas de pueblo y barracas rústicas, unas de ladrillo y otras de tapia, techadas con paja unas y de pizarra otras. El café del tío Duroy decía: «Buenavista,» y era una casita compuesta de piso bajo y desván, situada á la entrada del pueblo. Una rama de pino colgada encima de la puerta, indicaba que los bebedores podían entrar.

Dos mesitas cubiertas con sendas servilletas, muy juntas, estaban preparadas. Una vecina, que había acudido para ayudar, saludó haciendo una profunda reverencia al ver una dama tan bella y luego, reconociendo á Jorge, exclamó:

—¿Eres tú, chiquillo?

—Sí, soy yo, tía Brulín—contestó alegremente.

Y la besó como lo hiciera con sus padres.

Luego, dirigiéndose á su mujer, añadió:

—Ven á nuestro cuarto; te quitarás el sombrero.

La hizo entrar por la puerta de la derecha á una habitación fría, embaldosada, muy blanca, con las paredes encaladas y cortinas de algodón. Aquel cuarto limpio y triste tenía por todo adorno un crucifijo sobre una pila de agua bendita, dos láminas representando á Pablo y Virginia bajo una palmera azul y Napoleón I montado en un caballo amarillo.

Apenas estuvieron solos, besó á Magdalena:

—Buenos días, Magda. Estoy contento de ver á los viejos. Cuando estoy en París no me acuerdo de ellos; pero al verlos me alegro lo indecible.

Su padre gritaba golpeando el tabique:

—Ea, ea, la sopa está servida.

Fué preciso sentarse á la mesa.

El almuerzo resultó largo y suculento, pero nada delicado. El tío Duroy, al que habían puesto alegrillo la sidra y algunos vasos de vino, soltó el chorro de sus dicharachos y cuentos, de aquellos que reservaba para las grandes ocasiones, casos capaces de hacer ruborizar á una piedra y que achacaba á sus amigos. Jorge, que ya se los sabía de memoria, reía de buena gana sin embargo, sintiendo la innata atracción de la tierra, embriagado por el aire natal, encantado al volver á ver los sitios que le fueron familiares en su infancia y recordando con alegría todo lo que conociera, hasta lo más nimio: una mancha en la fachada de una casa, la señal de un cuchillo en una puerta, una silla coja que le traía á la memoria un hecho antiguo, el olor de la tierra, del hogar, del arroyo, del estercolero y el soplo vivificante, cargado de resina, que llegaba del bosque cercano.

La tía Duroy no hablaba, siempre triste y severa, espiando con la mirada á su nuera, por la que ya sentía odio, el odio de la vieja obrera, de la vieja campesina de dedos nudosos y miembros deformados por las rudas labores contra aquella mujer de la capital que le inspiraba una repulsión instintiva, como la que se siente por los malditos, por los réprobos, por los seres impuros criados para la pere-

za y el pecado. Se levantaba á cada instante para ir á buscar platos ó verter en las copas la bebida amarilla y agria del jarro ó la sidra dorada y espumosa de las botellas, cuyo tapón saltaba con alegre ruido.

Magdalena hablaba y comía poco, permanecía triste, con su sonrisa habitual en los labios; pero entre aburrida y resignada. Sentíase desilusionada, amargada. ¿Por qué? Ella fué quien quiso ir allí. No ignoraba que iba á casa de unos labriegos sin fortuna. ¿Cómo se los había imaginado ella, que habitualmente no era soñadora?

¿Lo sabía acaso? Las mujeres esperan siempre lo contrario de lo que ha de ocurrir. ¿Los creyó más poéticos? No, pero quizá más nobles, más afectuosos, más parecidos á los que crean los literatos, aun cuando no los deseara tales cuales aparecen en las novelas. ¿Por qué, pues, le chocaban por mil detalles insignificantes, invisibles, por sus groserías y naturaleza de rústicos, por sus palabras, por sus ademanes y por su alegría?

Recordaba á su madre, de quien jamás hablaba á nadie, una institutriz seducida, educada en Saint-Denis y muerta de miseria y pesar cuando Magdalena tenía doce años. Un desconocido hizo educar á la niña. Quizá su padre. No lo sabía á punto fijo, por más que tuviera ciertos indicios.

El almuerzo se alargaba. Algunos parroquianos entraban, estrechaban la mano del tío Duroy, reconocían á su hijo y mirando á la joven guiñaban ma-

liciosamente los ojos como queriendo decir: «¡Anda, anda! ¡Buen gusto ha tenido el pícaro!»

Otros, menos íntimos, se sentaban junto á las mesas pidiendo diversas bebidas y jugaban al dominó armando gran estrépito con las fichas.

La tía Duroy iba y venía de continuo, sirviendo á los clientes con su sempiterna expresión de tristeza, cobrando, limpiando las mesas con su delantal azul.

El humo de las pipas de arcilla y de los cigarros de cinco céntimos llenaba la sala. Magdalena tuvo un acceso de tos y dijo:

—¿Salgamos un poco? No puedo más.

Aun no habían terminado. El tío Duroy se medio amoscó. Ella fué á sentarse fuera de la puerta en el camino, esperando que su suegro y marido acabaran de tomar café y las copas.

Jorge salió pronto.

—¿Vamos hasta el Sena?

—¡Oh, sí! vamos.

Bajaron la montaña, alquilaron un bote en Croisset y pasaron el resto de la tarde junto á una isla, á la sombra de unos sauces, soñolientos ambos, sintiendo el suave calor de la primavera, mecidos por las ondas del río.

Subieron al anochecer.

La comida de la noche, á la luz de una vela, pareció aún más triste á Magdalena. El tío Duroy,

que estaba algo chispo, callaba. La suegra continuaba con su cara de pocos amigos.

La débil luz lanzaba á las paredes grises las sombras acaricaturadas de las cabezas y de los ademanes. A veces se veía una mano gigantesca levantar un tenedor parecido á una horca y llevarlo á la boca que se abría como las fauces de un monstruo, si alguien, volviéndose un poco, presentaba su perfil á la llama amarilla y temblorosa.

Cuando acabaron de comer, Magdalena llevó hacia la puerta á su esposo, pues no podía resistir la pesada atmósfera de la sala, donde flotaba de continuo olor á tabaco malo y á bebidas no mejores.

Cuando estuvieron solos, Duroy le dijo:

—Ya te aburres.

Ella quiso protestar.

—No, no porfíes; lo veo. Si quieres, marcharemos mañana.

—Bueno, sí—murmuró.

Andaban despacio. Hacía una noche tibia, cuya sombra profunda parecía poblada de suaves ruidos, de soplos, de roces misteriosos. Entraron en una avenida estrecha, bajo árboles muy altos, entre dos filas de arbustos negrísimos.

—¿Dónde estamos?—preguntó la joven.

—En el bosque.

—¿Es grande?

—Uno de los mayores de Francia.

Olíase el perfume peculiar de los bosques produ-

cido por la tierra fresca, por los árboles, el musgo, la hierba seca y la savia de las yemas y ramillas. Levantando la cabeza, Magdalena veía las estrellas por entre la copa de los árboles y aun cuando ni la más leve brisa moviera las ramas, sentía en torno de ella la vaga palpitación de aquel mar de hojas.

Un estremecimiento singular conmovió su alma y su cuerpo; una confusa angustia le oprimió el corazón. ¿Por qué? No sabía; pero se le antojaba que estaba perdida, sumergida, rodeada de riesgos y peligros, abandonada de todos, sola, sola en el mundo, bajo aquella bóveda viviente que se estremecía encima de ella.

Murmuró:

—Tengo un poquillo de miedo. ¿Volvámonos?

—Bien.

—Y... ¿marcharemos mañana?

—Sí, mañana.

—Por la mañana.

—Como quieras, Magda.

Llegaron á su casa. Los viejos estaban acostados. La joven durmió mal, despertada sin cesar por los ruidos, para ella nuevos, que se oyen en el campo: el grito del mochuelo, el gruñido de un cerdo encerrado en una pocilga que había bajo la ventana, el canto del gallo, que chilló desde media noche.

Se levantó y estaba dispuesta á marchar cuando apenas apuntaba el día.

Cuando Jorge dijo á sus padres que iba á marchar, quedaron estupefactos; después comprendieron el por qué.

Su padre le preguntó:

—¿Te volveremos á ver pronto?

—Sí, en verano.

—Me alegro.

La vieja gruñó:

—Celebraré que no te arrepientas de lo que has hecho.

Les dejó doscientos francos de regalo para calmar su descontento, y cuando á las diez llegó el simón que un muchacho había ido á avisar, abrazaron á los viejos labriegos y se fueron.

Al bajar la colina, Duroy soltó una carcajada.

—¿Ves? Ya te había avisado. No debiste conocer á los señores Du Roy de Cantel.

Ella se echó á reir también y replicó:

—Ahora me siento encantada. Son unas buenas gentes á quienes querré mucho. Les enviaré mil regalitos desde París.

Luego murmuró:—Du Roy de Cantel... Ya verás como nadie extraña eso. Diremos que hemos pasado ocho días en las posesiones de tus padres.

Y acercándose á él le besó una de las guías del bigote, diciéndole:—Buenos días, Jorge.

Y él, pasándole el brazo por la cintura, replicó:

—Buenos días, Magda.

A lo lejos, en el fondo del valle, el ancho río arrastraba sus aguas parecido á una amplia cinta de plata á los rayos del sol naciente y todas las chimeneas de los talleres vomitaban humo, y los campanarios se erguían sobre la vieja ciudad, como amenazándola.

II

Los Du Roy habían vuelto á París hacía dos días y el periodista había vuelto á sus antiguas tareas, esperando el momento oportuno de abandonar los sueltos para consagrarse de un modo definitivo á la política, substituyendo al pobre Forestier.

Iba á su casa aquella tarde, con el corazón alegre, para comer y con ansia de besar á su esposa, bajo cuyo encanto se hallaba y de la que sufría la insensible dominación. Pasando por la tienda de una florista, junto á la iglesia de Nuestra Señora de Loreto, se le ocurrió comprar un ramillete para Magdalena y tomó un hermoso mazo de rosas apenas entreabiertas.

En cada uno de los descansillos de la escalera, se miraba en el espejo que le recordaba su primera visita.

Llamó y vino á abrirle el mismo criado, que conservara por consejo de su mujer.

—¿Ha vuelto la señora?—preguntó Jorge.

—Sí, señor.

Al pasar por el comedor, quedó asombrado viendo tres cubiertos y, como la cortina de la sala estaba levantada, vió que Magdalena ponía en un búcaro un ramillete de rosas parecido al suyo. Sintióse contrariado, descontento, como si le hubiesen robado su idea y el placer que de ella esperaba.

Al entrar preguntó:

—¿Has invitado á alguien?

—Sí y no—contestó sin volverse y arreglando las flores;—mi antiguo amigo el conde de Vaudrec tiene la costumbre de comer aquí los lunes y hoy viene como antes.

—Muy bien—replicó Jorge.

Permanecía detrás de ella con el ramillete en la mano, sintiendo ganas de ocultarlo, de tirarlo. Sin embargo, dijo:

—¡Toma; te he traido rosas!

Volvióse bruscamente la joven y exclamó:

—¡Cuánto me alegro que hayas pensado en mí!

Y le tendió los brazos y le besó con impulso tan verdadero, que se sintió consolado.

Tomó las flores, las olió y con vivacidad infantil las colocó en el búcaro que hacía pareja con el que ya tenía flores. Luego, mirando el efecto que producían ambos, exclamó:

—¡Qué bonito! Ahora ya tengo adornada mi chimenea.

Y añadió:

—Vaudrec es muy simpático; en seguida serás gran amigo suyo.

Un campanillazo anunció la presencia del conde. Entró desembarazadamente, como si estuviese en su casa. Después de besar galantemente los dedos de la joven, volvióse hacia su marido y le tendió cordialmente la mano, preguntándole:

—¿Cómo vamos, querido Du Roy?

No tenía su empaque de antaño, sino una expresión afable que revelaba que había variado la situación. El periodista, sorprendido, trató de aparecer amable para corresponder á su finura. Al cabo de cinco minutos hubiera podido creerse que eran amigos de la infancia.

Entonces Magdalena, que estaba radiante de alegría, dijo:

—Les dejo un momento, porque he de dar una ojeada á la cocina.

Y salió, seguida por las miradas de los dos hombres.

Cuando volvió, hablaban de espectáculos teatrales y estaban tan completamente de acuerdo, que una especie de amistad se despertaba en ellos al advertir tal paridad de pareceres.

La comida fué excelente, íntima y cordial; y el conde permaneció en la casa hasta una hora avanzada, pues parecía gustarle el bienestar que se respiraba en aquel hogar recién creado.

Magdalena dijo á su marido cuando hubo salido el conde:

—¿Verdad que es un cumplido caballero? Tratándole se advierte. Es un buen amigo, seguro, adicto, fiel. ¡Ah! Sin él...

No terminó su pensamiento y Jorge respondió:

—Sí, es muy amable. Creo que seremos buenos amigos.

Sin hablar más de aquel asunto, Magdalena dijo:

—¡Ah! Hemos de trabajar antes de acostarnos. No te he podido hablar de ello antes de comer. He recibido noticias graves de Marruecos. Laroche-Mathieu, el futuro ministro, me las ha comunicado. Hay que hacer un gran artículo, uno de esos que producen mucha sensación. Sé hechos y cifras. Vamos á ponernos á trabajar sin perder momento. Toma la lámpara.

Pasaron al despacho.

Los mismos volúmenes que antes se alineaban en la biblioteca que ahora aparecía coronada por los tres jarrones que Forestier comprara en el golfo Juan la víspera de su muerte. Bajo la mesa había la piel de oso que calentó los pies del difunto, y apenas sentado, Du Roy se apoderó del portaplumas de marfil algo mascado, en la punta, por los dientes del otro.

Magdalena se apoyó en la chimenea y después de encender un cigarrillo, relató las noticias que tenía, expuso sus ideas y el plan del artículo que soñaba.

Du Roy la escuchaba con atención, tomando notas y al acabar, ella le hizo objeciones, examinó de nuevo el asunto, lo desarrolló y expuso, no ya el plan de un artículo, sino el de una campaña contra el gobierno. El artículo que iban á escribir sería el que iniciara el ataque. Su mujer, interesada, había dejado de fumar, pues las ideas de Jorge despertaban en ella otras de gran trascendencia.

De cuando en cuando, decía:

—Sí... sí... Muy bien... excelente...

Cuando acabó de hablar, dijo Magdalena:

—Bueno, empecemos.

Pero Du Roy era premioso sobre todo al empezar sus artículos. Ella, que veía sus apuros, le apuntaba palabras y conceptos al oído y de cuando en cuando, como si vacilara ó vacilando realmente, preguntaba:

—¿Era esto lo que querías decir?

—Sí—contestaba su marido.

Empleaba la joven flechazos agudos y venenosos de mujer para mortificar al presidente del Consejo y se burlaba á un tiempo de su cara y de su política de un modo gracioso que provocaba la risa y al propio tiempo asombraba por lo justo de las observaciones.

Du Roy añadía á veces algunas líneas para dar más alcance y dureza á un ataque. Conocía á fondo el arte de las reticencias que hubo de cultivar cuando escribía los sueltos, y cuando algún hecho que

Magdalena daba como seguro, le parecía dudoso ó comprometedor, tenía la habilidad de dejarlo adivinar y de que se impusiera la inteligencia con mayor fuerza que si lo afirmara.

Cuando estuvo listo el artículo, Jorge lo leyó declamándolo. Encontráronlo admirable de común acuerdo y sonreían, encantados y sorprendidos, como si acabaran de revelarse uno á otro. Se miraban fijamente, admirados y enternecidos, y se abrazaron con ansia, con un ardor de amor, que de su inteligencia se comunicaba á sus cuerpos.

Du Roy cogió la lámpara.

—Y ahora á la camita—exclamó con los ojos encandilados.

Ella contestó:

—Pase usted, dueño mío, ya que alumbra usted el camino.

Pasó él primero y ella le siguió haciéndole cosquillas en el cuello para que anduviera más aprisa.

El artículo se publicó con la firma de Jorge Du Roy de Cantel y armó gran cisco. Se trató de él en la Cámara. Walter felicitó á su autor y le encargó la sección política de la *Vie Française*. Boisrenard volvió á los Ecos.

Entonces empezó en el periódico una campaña hábil y violenta contra el ministerio. El ataque era siempre diestro y oportuno, tan pronto irónico como serio, en broma ó virulento y hería con una precisión que encantaba á los enemigos del gobier-

no. Los otros periódicos citaban sin cesar á la *Vi Française* y recortaban párrafos enteros de sus artículos. Los ministros deliberaron para ver si era posible amordazar con una prefectura aquel enemigo desconocido y encarnizado.

Du Roy era célebre entre los políticos. Comprendía que aumentaba su influjo viendo cómo le saludaban y estrechaban su mano. Su mujer le causaba admiración y estupor por la ingeniosidad de su inteligencia, por la habilidad de sus informes y la extensión de sus conocimientos.

A menudo hallaba en su salón al volver á casa, un diputado, un senador, un general, un magistrado que trataban á Magdalena como una antigua amiga, con gran seriedad y compostura. ¿Dónde conoció á tanta gente? En sociedad, decía. Pero, ¿cómo había sabido captarse su confianza y su afección? No lo comprendía.

—Sería una gran diplomática, pensaba.

A veces llegaba tarde á comer. Acudía acalorada, jadeante, temblorosa y antes de quitarse el sombrero, decía: Buenas noticias; imagínate que el ministro de Justicia acaba de nombrar dos magistrados que formaron parte de las comisiones mixtas. ¡Vamos á darle un recorrido bueno; pero bueno!

Y daban aquel recorrido y otro y otro. El diputado Laroche-Mathieu, que comía en casa de Du Roy cada martes, siguiendo el turno del conde de Vaudrec que inauguraba la semana, apretaba vigo-

rosamente las manos del marido y de la esposa con gran alegría. No cesaba de repetir:

—¡Pardiez! ¡Vaya una campaña! Es imposible que no alcancemos nuestro objeto.

Esperaba pescar la cartera de Negocios Extranjeros, que deseaba mucho tiempo hacía.

Era uno de esos políticos de muchas conchas, sin convicciones, sin grandes medios, sin audacia y sin conocimientos serios, abogado de provincia, guapetón, que hacía equilibrios entre los partidos radicales, especie de jesuita republicano y de seta liberal de dudosa bondad, congénere de los cientos y cientos que crecen en el estercolero del sufragio universal.

Su maquiavelismo de aldea le hacía pasar por listo entre sus camaradas, entre todos los abortados y fracasados que alcanzan un acta. Era asaz cuidadoso y elegante y familiar y amable para abrirse camino. Alcanzaba triunfos en sociedad, en la sociedad revuelta y turbia de los altos funcionarios.

Todos decían: «Laroche será ministro,» y él lo creía con mayor fe que los demás.

Era uno de los principales accionistas del periódico del tío Walter, asociado suyo en muchas empresas bancarias.

Du Roy le sostenía con confianza y quizá esperando algo de él en lo porvenir. Continuaba la obra de Forestier á quien Laroche-Mathieu había pro-

metido condecorar al llegar el día de la victoria. La condecoración se ostentaría en el pecho del nuevo marido de Magdalena. Nada tenía aquello de extraño, en suma.

Tan natural era que los compañeros de Du Roy se traían una broma que empezaba ya á molestarle.

Le llamaban Forestier.

Tan pronto como llegaba al periódico, decía un redactor: «Oye, Forestier.»

Fingía no oir y buscaba entre sus papeles los que necesitaba. Entonces la voz repetía con más fuerza: «¡Eh! ¡Forestier!» Y se oían risas ahogadas.

Cuando Du Roy iba al despacho del director, el que le había llamado, decía:

—Dispensa; quiero hablarte á ti. No sé por qué te confundo siempre con el pobre Carlos. Debe ser que tus artículos se parecen mucho á los suyos. Todos lo han notado.

Du Roy no respondía, pero rabiaba y sentía una cólera sorda contra el difunto.

El mismo Walter había declarado un día que le hacían notar la semejanza de estilo entre las crónicas políticas del nuevo redactor y las que publicaba Carlos.

—Sí, se parece al estilo de Forestier; pero más jugoso, más vivo, más viril.

Otro día Du Roy, abriendo por casualidad el armario donde se guardaban los boliches, había visto que los de su predecesor tenían una gasa en el

mango y que el suyo, aquel en que le enseñara á jugar Saint-Potin, tenía un lazo azul. Todos habían sido colocados en el mismo estante y delante de ellos había un letrero, como en los museos, que decía: «Antigua colección Forestier y C.ª, Forestier Du Roy sucesor, con patente de invención, G. P. E. G. Artículos duraderos que pueden servir en todas ocasiones, incluso para viaje.»

Cerró el armario con calma, pronunciando en voz alta:

—En todas partes hay imbéciles y envidiosos.

Pero se sentía herido en su orgullo y en su vanidad de escritor que producen esa irritabilidad siempre despierta, tan viva en el simple gacetillero como en el genial poeta.

La palabra «Forestier» desgarraba su oído; temía oirla y se ruborizaba si la escuchaba.

Aquel nombre era para él una burla mordaz, más que una burla, casi un insulto. Parecía decirle: «Es tu mujer la que hace tu trabajo como hacía el del otro. Sin ella nada serías.»

Comprendía que Forestier no hubiera sido nada sin Magdalena; pero en cuanto á él ya era distinto.

Al volver á su casa continuaba la obsesión. La casa entera le recordaba al difunto, el mobiliario, los adornos, todo cuanto tocaba. Durante los primeros días de su matrimonio no pensaba en ello; pero la broma que se traían sus compañeros había

producido en su espíritu una especie de llaga que una porción de cosas insignificantes envenenaban.

No podía tocar un objeto sin que creyera ver sobre él la mano de Carlos. Sólo veía y usaba cosas que le pertenecieron, cosas que él había comprado y querido y poseído. Empezaba también á molestar á Du Roy el recuerdo de las relaciones que existieron entre Carlos y su mujer.

A veces le asombraba aquella rebelión íntima, que no comprendía, y se preguntaba: «¡Qué diablos me pasa! No estoy celoso de los amigos de Magdalena; no me preocupa lo que hace; entra y sale cuando le parece, y el solo pensamiento de ese tonto de Carlos me saca de mis casillas.»

Y añadía mentalmente: «Bien mirado era un idiota; quizá eso es lo que me hiere. Me molesta que Magdalena se casara con semejante tonto.»

Y repetía de continuo: «¿Cómo se comprende que una mujer tan lista haya querido á semejante animal?»

Y su rencor aumentaba cada día por mil detalles insignificantes que le molestaban como alfilerazos, que le recordaban el difunto. Bastaba para ello una palabra de su esposa, del criado ó de la camarera.

Una noche Du Roy, á quien gustaban las golosinas, dijo:

—¿Por qué no pones nunca entremeses?

—Es verdad—contestó alegremente la joven—

nunca me acuerdo. Como que Carlos no los podía tragar...

La interrumpió con un movimiento de impaciencia que no pudo reprimir.

—¿Sabes que ya empieza á cargarme Carlos? Todo el día Carlos por aquí, Carlos por allá, á Carlos le gustaba esto, Carlos no podía tragar aquello. Ya que Carlos ha reventado, lo mejor es que se le deje en paz.

Magdalena miraba á su esposo con estupor, no comprendiendo aquella súbita cólera. Pero, como era lista, adivinó lo que le ocurría á Du Roy y como le halagaba, calló. Pensó que eran pueriles aquellos celos póstumos que aumentaban de día en día; pero no se dió por aludida.

A él le avergonzaba aquella irritación que no supo ocultar. Aquella noche, mientras escribían un artículo se le enredaron los pies en la piel que había debajo de la mesa. La arrojó lejos de sí de un puntapié y preguntó riendo:

—¿Carlos tenía siempre las patas frías?

—¡Oh!—replicó ella riendo también—sentía terror por los resfriados; no tenía bueno el pecho.

—Bien lo demostró—repuso Du Roy con ferocidad. Y añadió con galantería, besando la mano de Magdalena:

—Afortunadamente para mí.

Al acostarse, acosado aún por la misma idea, preguntó:

—¿Acaso Carlos se ponía gorro de dormir?

—No, se ataba un pañuelo á la cabeza.

Jorge se encogió de hombros y exclamó con el desdén de un sér superior:

—¡Qué mentecato!

Desde entonces habló continuamente de Carlos. Le recordaba sin cesar y únicamente le llamaba «ese pobre Carlos» con una expresión de lástima infinita.

Cuando volvía del periódico donde le habían llamado dos ó tres veces Forestier, se vengaba persiguiendo con burlas atroces la memoria del muerto. Recordaba sus defectos, sus ridiculeces, sus tonterías, enumeraba unas y otros con complacencia y procuraba aumentarlos como si quisiera combatir en el corazón de su mujer la influencia de un rival temido.

Y repetía:

—Dime, Magda, ¿te acuerdas del día en que ese calabacín de Forestier afirmaba que los hombres gruesos son más vigorosos que los flacos?

Luego quiso saber acerca del difunto una porción de detalles íntimos y secretos, que la joven, medio avergonzada, no quería decir. Pero él insistía con ahinco.

—Vaya, cuenta, cuéntame eso. Debía estar grotesco en aquel momento ¿verdad?

Ella murmuraba entre dientes:

—¡Déjale en paz, hombre!

—No, no. ¡Dime! ¡Debía estar gracioso en la cama ese animal!

Y terminaba casi siempre diciendo:

—¡Qué bruto era!

Una noche mientras fumaba un cigarrillo junto á la ventana, el calor le sugirió la idea de un paseo.

—¿Quieres venir hasta el Bosque, Magda?

— Con mucho gusto.

Subieron á un coche descubierto y fueron, por los Campos Elíseos, á la Avenida del Bosque de Boulogne. Era una de aquellas noches sin brisa en que la atmósfera de París, caldeada, entra en el pecho, como el vapor de un horno. Un ejército de simones paseaba bajo los árboles una multitud de enamorados. Aquellos coches pasaban uno tras otro, sin descanso.

Jorge y Magdalena se divertían mirando aquellas parejas abrazadas, pasando ante ellos, la mujer vestida de claro, el hombre de obscuro. Era algo así como un río de amantes, corriendo hacia el bosque, bajo el cielo estrellado y ardiente. No se oía más ruido que el sordo de las ruedas. Los dos seres que iban en cada coche pasaban, pasaban enlazados, pegados uno á otro, alucinados por el deseo, ansiando el abrazo completo y próximo. Las tibias sombras parecían henchidas de besos. El aire parecía más pesado y sofocante, penetrado como se hallaba de aquellas ternuras flotantes, del amor bestial que todos parecían respirar. Todas aquellas gentes apare-

jadas, embriagadas de un mismo deseo sintiendo igual ardor, parecían difundir fiebre en torno suyo. Todos aquellos coches cargados de amor, sobre los cuales parecían revolotear caricias, lanzaban á su paso una especie de soplo sensual, sutil y perturbador.

Jorge y Magdalena sintiéronse á su vez invadidos por el contagio de aquella ternura. Se dieron cariñosamente la mano sin hablar oprimidos por lo sofocante del aire y por la emoción que les embargaba.

Cuando llegaron al recodo que hay pasadas las fortificaciones, se besaron y ella murmuró algo turbada:

—Somos tan niños como cuando íbamos á Ruán.

La gran corriente de coches se separaba allí donde empiezan las malezas. En el camino de los Lagos que seguían los jóvenes, había menos coches, pero la sombra espesa de los árboles, el aire purificado por las hojas y por la humedad de los arroyuelos que se oían correr por la espesura, una especie de frescura que provenía del ancho espacio nocturno ataviado de estrellas, daban á los besos de las parejas un encanto más penetrante y una sombra más misteriosa.

Jorge murmuró:

—¡Oh, Magda mía!—Y la estrechó entre sus brazos.

Ella le dijo:

—¿Recuerdas el bosque de tu país? ¡Cuán siniestro era! Parecía estar poblado de fieras y no tener fin. Aquí, en cambio, se está muy bien; esto es bonito. Palpitan caricias en el aire y sé que Sévres está al otro lado del bosque.

Du Roy replicó:

—¡Bah! En el bosque de mi tierra no hay más que ciervos, zorras, gamos y jabalíes y de trecho en trecho una casa de guardabosque (1)

Aquella palabra, aquel nombre del muerto salido de su boca, le sorprendió como si alguien se lo hubiera gritado del fondo de un jaral, y calló bruscamente, sobrecogido de nuevo por aquel malestar raro y persistente, por aquella irritación celosa, roedora, invencible, que le carcomía la existencia desde algún tiempo á aquella parte.

Al cabo de un minuto, preguntó:

—¿Paseábais algunas veces así con Carlos?

—Sí, muchas veces.

De pronto, Jorge sintió ganas invencibles de volver á su casa, algo así como un deseo nervioso que le oprimía el corazón. La imagen de Forestier se había apoderado de su mente y no la dejaba en paz. Sólo podía hablar y pensar en él.

Con intención maligna preguntó:

—Dime, Magda.

—¿Qué?

—¿Le pusiste los cuernos á ese pobre Carlos?

(1) *Forestier*, en francés.

—Qué tonto estás con tu manía—murmuró ella con desdén.

Pero Jorge no renunciaba á su idea.

—Ea, Magda mía, no seas testaruda, dí la verdad, confiésalo. ¿No le pusiste los cuernos? Confiesa que le hiciste cornudo.

Ella callaba molestada por aquella palabra, que no es del agrado de ninguna mujer.

Emperrándose, insistió:

—Vaya, hay que confesar que tenía la cabeza á propósito. ¡Oh, sí, sí! Me gustaría saber que Forestier fué cornudo. Tenía una facha que ni pintiparada.

Parecióle que su mujer sonreía, acosada quizá por algún recuerdo.

—¡Ea, dilo! ¿Qué importa ya? Tendría gracia que me lo confesaras.

Se estremecía de esperanza y de ganas de que Carlos, el odioso Carlos, el muerto detestado y execrado hubiera padecido aquel ridículo vergonzoso. Y, sin embargo... sin embargo, otra emoción más confusa aguijoneaba su curiosidad y hacía que repitiera:

—Magda, Magdita, dímelo, te lo ruego. Era digno de serlo. Razón hubieras tenido tú de sobras. Confiesa, Magda, no seas terca.

Sin duda, le hacía gracia á la joven aquella insistencia, porque se reía.

Jorge le cuchicheaba al oído:

—Bueno, dímelo, dímelo.

Ella se alejó con movimiento seco y declaró bruscamente:

—Estás estúpido. ¿Acaso se contesta á tales preguntas?

Dijo estas palabras con tono tan singular que un estremecimiento de frío corrió por las venas de Du Roy, que permaneció alelado, como si hubiera recibido una conmoción moral.

El coche pasaba entonces junto al lago, en el que el cielo parecía haber derramado sus estrellas. Dos cisnes, apenas visibles, nadaban en la sombra.

Jorge gritó al cochero:

—Volvámonos.

Y el coche dió media vuelta y desanduvo el camino, cruzando con los demás coches, cuyos faroles brillaban como ojos desmesurados en el seno de las tinieblas.

¡De qué modo tan raro le dijo aquéllo! Du Roy se preguntaba: «¿Es una confesión?» Y la casi certidumbre de que engañara á su primer marido le hacía montar en cólera. Dábanle ganas de pegarla, de extrangularla, de arrancarla el pelo.

¡Oh! si le dijera: «Pero monín, de haberle engañado hubiese sido contigo», ¡con qué gusto la hubiera besado y estrechado y adorado!

Permanecía inmóvil, con los brazos cruzados, con el espíritu agitado. Sentía fermentar en su pecho aquel rencor y aquella cólera que se apodera

de los machos ante los caprichos del deseo de las hembras. Por primera vez, sentía la angustia confusa del esposo que sospecha. ¡Estaba celoso, celoso por cuenta del muerto! Eran unos celos raros y vivísimos en que se mezclaba una punta de odio hacia Magdalena. Habiendo engañado al otro, ¿cómo podía tener confianza en ella?

Después se calmó poco á poco, reaccionó contra su angustia y pensó: «Todas las mujeres son unas perdidas; hay que servirse de ellas y no servirlas jamás.»

La amargura del corazón subíale á los labios en palabras de desprecio y asco. No las pronunció sin embargo. Se repetía: «El mundo pertenece á los fuertes; hay que ser fuerte. No hay que penar por nada.»

El coche andaba aprisa. Atravesaron las fortificaciones. Du Roy miraba una claridad rojiza que se veía enfrente, semejante al resplandor de una fragua gigantesca, y oía un rumor confuso, inmenso, continuo, compuesto de ruidos innumerables y diferentes, un rumor sordo, próximo, lejano, una palpitación vaga y enorme, el aliento de París que jadeaba, en aquella noche de verano, como un coloso rendido de cansancio.

Jorge pensaba:

—Bien tonto seré si esto me empacha. Cada cual para sí. La victoria es para los atrevidos. Todo es

egoismo. El egoismo de la ambición y la fortuna vale más que el de la mujer y del amor.

El arco de triunfo de la Estrella aparecía de pie á la entrada de la ciudad sobre sus dos piernas monstruosas, especie de gigante informe que parecía dispuesto á ponerse en marcha para bajar la amplia avenida.

Jorge y Magdalena formaban parte del desfile de coches que volvían hacia su hogar, hacia la cama tan deseada, la eterna pareja, callada y abrazada. Parecía que la humanidad entera se deslizara por su lado, loca de alegría, de placer, de dicha.

La joven, que presintió algo de lo que pensaba su marido, dijo:

— ¿En qué piensas, amigo mío? Hace media hora que no has pronunciado una palabra.

El contestó de mala gana:

—Pienso en todos esos imbéciles que se besan y me pregunto si no hay algo más elevado en este mundo.

—¡Ya!... Sin embargo, algunas veces gusta.

—Sí, cuando no hay nada mejor que hacer.

El pensamiento de Jorge se entretenía en despojar á la vida de su ropaje poético, movido de una ira reconcentrada:

—Sería bien torpe en molestarme, en pensar de continuo, en tratar de averiguar como desde hace algún tiempo.

Se le apareció la imagen de Forestier sin irritar-

le. Parecióle que acababan de reconciliarse, que volvían á ser amigos. Tenía ganas de decirle:

—Hola, viejo.

Magdalena, á quien aquel silencio molestaba, preguntó:

—¿Vamos á tomar un sorbete á Tostoni?

La miró de soslayo. Su perfil blanco le apareció iluminado por una guirnalda de luces de gas que anunciaban un café concierto.

Pensó:

—Es linda. Tanto mejor. A un pícaro otro mayor, compañera. Si vuelvo á atormentarme por tu culpa, es que hará frío en el Polo Norte.

Y luego contestó:

—Sí, con mucho gusto, querida.

Y para que no adivinara nada la besó.

Pareció á la joven que los labios de su marido estaban helados.

Sonreía, sin embargo, como siempre, al darle la mano para bajar ante los escalones del café.

III

Al día siguiente, al entrar en la redacción, Du Roy fué á encontrar á Boisrenard.

—Querido amigo;—le dijo—vengo á pedirte un favor. Hace algún tiempo que hace gracia á algunos llamarme Forestier. A mí maldita la que me hace. ¿Quieres hacerme el favor de avisar, como quien no hace la cosa, á los compañeros, que abofetearé al primero que de nuevo se permita esa broma? Ellos verán si esa gracia vale la pena de batirse. Me dirijo á ti porque eres un hombre calmoso que puede impedir resoluciones violentas, y también porque me serviste de testigo en mi duelo.

Boisrenard se encargó de la comisión.

Du Roy salió para asuntos del periódico. Al volver nadie le llamó Forestier.

Al volver á su casa oyó voces de mujer en el salón. Preguntó al criado quiénes eran.

—Las señoras Walter y la señora de Marelle.

Palpitóle el corazón y luego pensó:

—Toma, veamos—y abrió la puerta.

Clotilde estaba junto á la chimenea, iluminada por un rayo de luz. Pareció á Jorge que palidecía algo al verle. Después de saludar á la señora Walter y á sus dos hijas, sentadas á guisa de centinelas, á los lados de su madre, se volvió hacia su antigua querida. Ella le tendió la mano, que tomó y estrechó con toda intención, como para recordarle que no había dejado de amarla. La joven contestó á su apretón.

Du Roy preguntó:

—¿Cómo le ha ido á usted desde que nos vimos hace un siglo?

—Bien, gracias,—contestó ella con desembarazo — ¿y usted, Buen-Mozo?

Y volviéndose hacia Magdalena preguntó:

—¿Permites que le llame Buen-Mozo?

—Como quieras, querida, yo permito cuanto tú quieras.

En aquellas palabras parecía ocultarse una punta de ironía.

La señora Walter hablaba de una fiesta que iba á dar Jaime Rival en su habitación de soltero, un gran asalto de armas al que asistirían muchas señoras, y decía:

—Será muy interesante; pero no podremos asistir porque mi marido estará fuera y no tenemos quien nos acompañe.

Du Roy se ofreció en seguida y la señora Walter aceptó:

—Se lo agradeceremos mucho mis hijas y yo.

Jorge miraba á la más joven de las señoritas Walter y pensaba:

—Esta Susanita no está mal del todo; vaya, vaya.

Parecía una muñeca rubia, algo baja, pero finita, con el talle esbelto, marcadas las caderas y garganta, con los ojos de esmalte azul gris muy hermosos, que parecían dibujados por un pintor detallista y caprichoso, y la piel demasiado blanca, lisa, pulida, sin matices, y los cabellos formando una nube ligera, graciosa, encantadora, parecida á las cabelleras de esas muñecas de lujo á las que acarician y llevan niñas mucho menos altas que su juguete.

La hermana mayor, Rosa, era fea, flacucha, insignificante, una de esas solteras en quienes nadie se fija, á quienes no se habla y de las cuales no se habla nunca.

Su madre se levantó y dijo á Jorge:

—Bueno; pues cuento con usted el jueves á las dos.

—No faltaré, señora.

Apenas hubo salido, la señora de Marelle se levantó también:

—Hasta la vista, Buen Mozo.

Y le estrechó la mano con fuerza y mucho rato; él se sintió conmovido por aquella confesión silen-

ciosa y sintió un nuevo deseo por aquella mujercita franca y descaradilla, que quizá le amaba de veras.

«Mañana iré á verla», pensó.

Apenas estúvieron solos Magdalena se echó á reir de un modo franco y alegre, y mirándole fijamente dijo:

—¿Sabes que has inspirado una pasión á la señora Walter?

—¡Bah!—contestó incrédulo.

—Como te lo digo. Me ha hablado de ti con un entusiasmo grande. ¡Es tan raro en ella ese calor! ¡Dice que quisiera hallar dos maridos como tú para sus hijas!... Por fortuna, tratándose de ella no me apuro.

Jorge no comprendía qué quería decir:

—¿Cómo no?

Magdalena replicó á fuer de quien está seguro de lo que dice:

—Oh, la señora Walter es una de esas mujeres de las que nadie ha murmurado jamás, jamás. Es honrada á carta cabal. A su marido le conoces tan bien como yo. Pero ella es distinto. Bastante ha sufrido por haberse casado con un judío; pero le ha sido fiel. Es una buena mujer.

—Yo creí que también era judía—replicó Du Roy sorprendido.

—¿Ella? No. Es patronesa de todas las buenas obras de la Magdalena. Se casó por la iglesia. No sé

si el director hizo un simulacro de bautizo ó si el cura hizo la vista gorda.

Jorge murmuró:

—¿De modo... que... le gusto?

—Sí, y por completo. Si no estuvieras casado, te aconsejaría que pidieras la mano de Susana... á menos que te guste Rosa...

Jorge replicó retorciéndose el bigote:

—¡Oh! Aun no se han comido los gusanos á la madre.

Magdalena se impacientó:

—Oye, chiquillo, no te hagas ilusiones. No me das miedo. No es á su edad cuando se comete la primera falta. Se empieza antes.

Jorge pensaba: «Quizá sí que hubiera podido casarme con Susana».

Luego se encogió de hombros: «¡Bah! ¿Acaso me hubiera aceptado jamás su padre?»

Sin embargo se prometió observar en lo sucesivo el papel que le haría la señora Walter; pero sin preguntarse si algún día sacaría partido de sus observaciones.

Toda la noche recordó escenas de sus amores con Clotilde, recuerdos tiernos y sensuales á un tiempo. Recordaba sus monerías, sus arranques de ternura, sus escapatorias. Y se repetía: «Sí, verdaderamente es muy graciosa. Mañana iré á verla».

Apenas hubo almorzado al día siguiente se fué á

la calle de Verneuil. La misma criadita le abrió la puerta, y le preguntó con aquella familiaridad de los criados de la gente de medio pelo:

—¿Cómo está usted, caballero?

—Bien ¿y tú? Gracias, muchacha.

Entró en el salón, donde una mano torpe hacía escalas en el piano. Era Laurita. Pensó que iba á besarle. Se levantó gravemente, saludó con ceremonia, como hubiera podido hacerlo una persona mayor, y se retiró de un modo digno.

Tenía tal aspecto de mujer ultrajada, que Jorge quedó sorprendido. Su madre entró. El le tomó las manos y se las besó.

—¡Cuánto he pensado en usted!

—Y yo—dijo ella.

Se sentaron. Se sonreían mirándose y tenían ansia de besarse en la boca.

—Te amo, Clotildita.

—Yo también.

—Entonces ¿no me guardas rencor?

—Sí y no... Me causó mucha pena tu casamiento, pero me dije que tenías razón y que un día ú otro volverías.

—Es que no me atrevía; temía ser mal recibido, por más que tenía muchas ganas de verte. Y ¿qué le ha pasado á Laurita? Apenas me ha saludado y salió furiosa.

—No lo sé. No se le puede hablar de ti desde que te has casado. Creo que está celosa.

—¡Bah!

—Sí, amigo mío. Ya no te llama Buen-Mozo, te llama señor Forestier.

Du Roy se ruborizó y después, acercándose á la joven:

—Dame un beso—dijo.

Se lo dió.

—¿Dónde podremos vernos?

—En la calle de Constantinopla.

—¡Ah! ¿No está alquilada la habitación?

—No. La conservé; pensé que un día ú otro volverías.

Se le dilató el pecho de orgullo; aquella mujer le amaba con amor verdadero, profundo.

—¡Te adoro!—murmuró, y añadió luego:—¿Cómo está tu marido?

—Bien. Ha pasado un mes en casa. Anteayer marchó.

Du Roy se echó á reir.

—¡Qué oportuno!

—Sí, es verdad—replicó ella cándidamente;—pero confiesa que cuando está en París tampoco es importuno. ¿No te parece?

—Sí, es un hombre como hay pocos.

—Y á ti ¿qué tal te prueba tu nueva vida?

—Ni bien ni mal. Mi mujer es una camarada, un socio.

—¿Y nada más?

—Nada más... en cuanto al corazón...

—Comprendo. Sin embargo, es cariñosa.

—Sí: pero no me entusiasmo.

Se acercó á Clotilde y murmuró:

—¿Cuándo nos veremos?

—Mañana... si quieres.

—Sí. ¿A las dos?

—A las dos.

Se levantó para marcharse y luego dijo, algo turbado:

—De aquí en adelante me quedo el piso de la calle de Constantinopla por mi cuenta. No faltaba más sino que aun pagaras tú.

Ella le besó las manos con adoración y dijo:

—Haz lo que quieras. Me basta haberlo conservado para vernos de nuevo en él.

Du Roy se fué muy satisfecho.

Al pasar ante el escaparate de un fotógrafo un retrato de señora le hizo recordar á la señora Walter: «No debe estar mal aun» pensó.—¿Cómo diablos no había yo notado?... Tengo ganas de ver qué cara me pone el jueves.

Se frotaba las manos con íntima alegría, la alegría que engendra la buena suerte en todas sus formas, la alegría egoista del hombre diestro que triunfa, la alegría sutil compuesta de vanidad halagada y de sensualidad satisfecha que produce la ternura de las mujeres.

El jueves dijo á Magdalena:

—¿No vienes al asalto de Rival?

—No; no me divierte eso; iré a la Cámara de diputados.

El se fué á buscar á la señora Walter en landau descubierto, porque hacía un tiempo admirable.

Al verla se sintió sorprendido, porque le pareció más linda y joven que nunca. Llevaba un vestido claro algo escotado que, bajo las blondas, dejaba adivinar la redondez de los pechos. Nunca la había visto tan fresca. La juzgó verdaderamente apetitosa. Conservaba un aspecto tranquilo y elegante, unos andares de mamá reposada que hacían que casi nadie se fijara en ella. Hablaba con discreción y para decir sólo cosas ponderadas, prudentes, pues tenía ideas metódicas, ordenadas, al abrigo de todo exceso.

Su hija Susana, con un traje color de rosa, parecía una pintura de Watteau recién barnizada, y su hermana mayor la institutriz de aquella linda muñeca.

Ante la puerta de Rival había una larga hilera de coches. Du Roy ofreció su brazo á la señora Walter y entraron.

El asalto se daba á beneficio de los huérfanos del sexto distrito de París, bajo el patronato de las esposas de todos los senadores y diputados que tenían relaciones en la *Vie Française.*

La señora Walter había prometido asistir con sus hijas, rehusando el título de dama patronera, porque no coadyuvaba más que á las sociedades de

beneficencia instituídas por el clero, no porque fuera muy devota, sino porque su matrimonio con un judío le imponía, á juicio suyo, ciertos deberes religiosos, y la fiesta organizada por el periodista parecía tener una significación republicana que podía parecer anticlerical.

En los periódicos de todos los partidos, se leyó esta nota:

«Nuestro eminente compañero Jaime Rival, ha tenido la idea tan ingeniosa como generosa de organizar en favor de los huérfanos del sexto distrito de París, un gran asalto en su linda sala de armas aneja á su habitación de soltero.

«Las invitaciones van firmadas por las señoras Laloigue, Remontel, Rissolin, esposas de los senadores de estos nombres, y por las señoras Laroche-Mathien, Percerol, Firmin, esposas de los conocidos diputados. Se echará un guante en el entreacto del asalto y lo que se recoja se entregará al alcalde del sexto distrito ó á su representante.»

Era un reclamo monstruo que el diestro periodista había ideado en favor suyo.

Jaime Rival recibía á los invitados á la entrada del piso, donde se había instalado el buffet, cuyos gastos se deducirían de lo recaudado.

Luego indicaba con amable ademán la escalerilla que conducía á los sótanos, y decía:

—Por aquí, señoras, por aquí. El asalto se verifica en los sótanos.

Acudió presuroso á saludar á la mujer de su director, y luego, estrechando la mano de Du Roy:

—Hola, Buen-Mozo.

Jorge quedó sorprendido.

—Quién le ha dicho que...

—La señora Walter, que está presente y á la que agrada el nombre.

La señora Walter se ruborizó.

—Sí, confieso que si le conociera más haría como Laurita, le llamaría Buen-Mozo. No puede estar mejor escogido el nombre.

Du Roy replicó riendo:

—Le ruego á usted que se decida, señora.

—No, no somos bastante íntimos.

—¿Quiere usted dejarme esperar que algún día lo seremos?

—El tiempo dirá.

Du Roy se apartó para dejar pasar á las señoras hacia la escalerilla y la brusca transición de la luz del día á la claridad amarilla del gas, tenía algo de lúgubre. Subía un olor á mohoso mezclada con perfumes de toda especie, verbena, iris y violeta.

Se oía en aquel agujero gran ruido de voces, un rumor de muchedumbre agitada.

El subterráneo estaba adornado con guirnaldas de gas y linternas á la veneciana, ocultas entre el follaje que tapaba las paredes desconchadas. Sólo se veía verdura por todas partes. El techo estaba

adornado también con plantas y el suelo cubierto de hojas y flores.

Los invitados alababan el buen gusto del huésped. En el fondo había una tarima para los tiradores entre dos filas de sillas para los jueces.

En el subterráneo había bancos alineados á derecha é izquierda, que podían contener doscientas personas, y se había invitado á cuatrocientas.

Ante la tarima, los tiradores, esbeltos, con el pecho sacado, erguidos, se exhibían ante el público. Se les nombraba; se señalaba á los maestros y á los aficionados, todas las notabilidades de la esgrima. En torno de ellos había unos señores de levita, jóvenes y viejos, que tenían algo así como un aire de familia con los tiradores en traje de combate. También deseaban ser vistos; eran los príncipes de la espada vestidos de paisano; los peritos en botonazos.

Casi todos los bancos estaban ocupados por mujeres, que armaban gran ruido de ropas almidonadas y seda y un fuerte murmullo de voces. Se abanicaban como en el teatro, porque hacía un calor de estufa en aquel sótano. Un bromista gritaba de cuando en cuando: «¡Sorbetes! ¡limonada! ¡cerveza!»

La señora Walter y sus hijas ocuparon los sitios que se les había reservado en primera fila. Du Roy, después de instalarlas iba á retirarse, diciendo:

—Me veo obligado á dejarlas á ustedes, seño-

ras, porque los hombres no pueden acaparar los bancos.

La señora Walter, contestó vacilando:

—Tengo ganas de retenerle. Me indicará usted el nombre de los tiradores. Mire, si se queda en pie al extremo de este banco no molestará á nadie.

Le miraba con sus ojos cariñosos, y repitió insistiendo:

—Vamos, quédese usted... señor... señor Buen Mozo... Le necesitamos.

Jorge contestó:

—La obedezco... con mucho gusto, señora.

Por todas partes decían:

—¡Qué bonito! ¡Qué bien ideado! refiriéndose al sótano.

Jorge conocía muy bien aquella sala abovedada; recordaba la mañana que pasó en ella, el día antes de su duelo, sólo, en frente del blanco que había en el extremo y que se le antojaba un ojo enorme y temible.

Se oyó la voz de Jaime Rival en la escalera.

—Va á principiar el asalto, señoras.

Seis caballeros, con las levitas muy prietas para hacer resaltar el tórax, subieron á la tarima y se sentaron en las sillas del jurado.

Circularon sus nombres: el general Raynaldil presidente, un hombrecillo con grandes bigotes; e pintor José Roudet, un tío calvo y barbudo; Mattheo de Ujar, Simón Ramoncel, Pedro de Carvin,

tres mozos elegantes, y Gaspar Merleron, un gran tirador.

Se pusieron dos tablillas en la pared, una á derecha, á la izquierda otra. Aquélla decía: «M. Crevecœur, y ésta: M. Plumeau.

Eran dos maestros, dos buenos maestros de segunda fila. Aparecieron ambos, cenceños, con aspecto militar, los ademanes harto duros. Después del saludo que hicieron como dos autómatas, empezaron á atacarse parecidos á dos pierrots-soldados que se atacaran por broma, á causa de sus trajes de tela y piel blancas.

De cuando en cuando se oía la palabra: «¡tocado!» Y los seis señores del jurado inclinaban la cabeza asintiendo. El público no veía más que dos figuras que se agitaban alargando los brazos; no comprendía nada; pero estaba contento. Sin embargo aquel par de tiradores le parecían poco graçiosos y un tantico ridículos. Recordaban á los luchadores de madera que el día de año nuevo venden en los bulevares.

Los dos primeros tiradores fueron substituídos por los señores Plantón y Carapín, uno paisano y militar el otro. Aquél era pequeñín y éste muy gordo. Hubiérase dicho que el primer golpe de florete le deshincharía como á un elefante de goma. La gente reía. El señor Plantón saltaba como un mono. El señor Carapín sólo movía el brazo, inmovilizado el cuerpo por la gordura, y cada cinco mi-

nutos se tiraba á fondo con tal esfuerzo que parecía haber adoptado la resolución más enérgica de su vida.

Después se levantaba con gran esfuerzo. Los aficionados declararon que tiraba muy bien, y los demás lo creyeron.

Luego aparecieron los señores Porión y Lapalme, un profesor y un aficionado que se entregaron á una gimnasia desenfrenada, acometiéndose con furia, obligando á los jueces á huir llevándose las sillas, atravesando y volviendo á atravesar la tarima de un extremo á otro, avanzando uno y retrocediendo otro á saltos vigorosos y cómicos. Daban unos saltitos hacia atrás que hacían reir á las señoras y únas acometidas que causaban alguna emoción. Aquel asalto á paso gimnástico fué caracterizado por un guasón desconocido que gritó: «¡No corráis, que vamos á la hora!» La asistencia encontró aquello de mal gusto y prorrumpió en un ¡chit! enérgico. Los peritos dijeron que los campeones mostraron gran vigor, pero que no siempre estuvieron oportunos. La primera parte terminó con un asalto entre Jaime Rival y el famoso profesor belga Lebégne. Rival gustó mucho á las mujeres. Era un buen mozo, ágil, flexible, y mucho más gracioso que cuantos le precedieron. En su modo de ponerse en guardia y de tirarse á fondo había una elegancia que contrastaba con los ademanes enérgicos, pero vulgares, de su adversario.

—Se ve en seguida que es hombre fino, decían.

Tocó más veces que su contrincante. Le aplaudieron.

Desde hacía algunos minutos oíase un ruido en el piso de encima que alarmaba á los espectadores. Era un gran ruido de pies, acompañado de carcajadas. Los invitados que no pudieron bajar al sótano se divertían seguramente á su guisa. Unos cincuenta hombres estaban amontonados en la escalera de caracol.

El calor era tremendo en el sótano. Alguien gritaba:

—¡Aire! ¡Bebidas!

Y el mismo bromista de siempre chillaba:

—¡Horchata! ¡Limonada! ¡Cerveza!

Rival compareció muy colorado, vestido aún para el asalto.

—Voy á buscar refrescos –dijo.

Y corrió hacia la escalera; pero la comunicación estaba interceptada. Tan fácil hubiera sido agujerear el techo como atravesar la pared humana que había en los escalones.

Rival gritaba:

¡Hagan pasar sorbetes para las señoras!

Cincuenta voces repetían:

—¡Helados!

Por fin apareció una bandeja; pero sólo traía copas vacías, pues los refrescos se los habían ya tragado los de la escalera.

Una voz recia exclamó:

—Hace aquí un calor insoportable. Acabemos pronto y larguémonos.

Otra voz gritó:

—¡Que se recojan las limosnas!

Entonces cinco ó seis señoras empezaron á circular entre los bancos y se oyó el ruido de las monedas cayendo en las bolsas.

Du Roy nombraba á los hombres célebres á la señora Walter. Eran hombres de mundo, periodistas, los de los grandes periódicos antiguos que miraban con reserva la *Vie Française*, por ser duchos ya en achaques de periodismo. Habían visto morir muchas de esas hojas político-económicas, hijas de combinaciones sospechosas, al caer un ministerio. Se veía también pintores y escultores, que son, en general, hombres de sport, un poeta académico, dos músicos y muchos nobles extranjeros cuyos nombres adornaba Du Roy con la partícula Rast *(Rastaquouère)*, para imitar, según decía, á los ingleses, que ponen Esq. en sus tarjetas.

Alguien le gritó:

—Buenas tardes, amigo.

Era el conde de Vaudrec. Pidiendo á las señoras que le dispensaran, fué á estrecharle la mano.

Al volver dijo:

—Es muy amable Vaudrec. Es un noble de vieja cepa.

La señora Walter no contestó. Estaba algo can-

sada y el pecho se le levantaba con esfuerzo al respirar, lo cual atraía las miradas de Du Roy. De cuando en cuando encontraba la mirada de «la patrona,» una mirada turbia, vacilante, que se detenía un instante en él y huía en seguida. Y él pensaba:

—Toma... toma... toma... ¿Acaso también «he hecho» ésta?

Las señoras que pedían para los pobres pasaron. Tenían las bolsas llenas de plata y oro. Un nuevo anuncio se fijó en la tarima. Decía así: ¡Grrrran sorpresa! Los miembros del jurado volvieron á sus sitios. La gente esperó. Aparecieron dos mujeres florete en mano, en traje de sala, con unas mallas obscuras, una falda muy corta y un plastrón tan abultado en el pecho que les obligaba á llevar la cabeza alta. Eran lindas y jóvenes. Sonreían al saludar á la concurrencia. Se las aclamó.

Se pusieron en guardia. Los espectadores se cuchicheaban bromas más ó menos finas.

Los jueces sonreían y aprobaban los botonazos murmurando un ¡bravo! á media voz.

Al público le gustó mucho aquel número y lo demostró á la pareja, que encendía deseos en los hombres y despertaba en las mujeres el gusto que siente el público parisién por las gracias un tanto verdes, por las elegancias acanalladas, por todo lo gracioso y lindo del género dudoso, por las cantantes de café-concierto y los *couplets* de opereta.

Cada vez que una de las muchachas tiraba á fondo, el público se estremecía. La que daba la espalda al público, una espalda regordeta, hacía que todos los ojos se encandilaran; y no era precisamente los movimientos de su muñeca lo que admiraban los hombres.

Se las aplaudió con frenesí.

Siguió un asalto de sable que no miró nadie, pues todos se fijaban en lo que ocurría arriba. Durante algunos minutos se oyó gran ruido de muebles removidos, arrastrados por el suelo, como si se desocupara el piso. Luego, de pronto, se oyó un piano y el ruido de pies que se movían á compás. La gente de arriba, para indemnizarse de no ver nada, se entretenía en bailar.

Resonó una gran carcajada en la sala de armas, y como el deseo de bailar se apoderó de las mujeres, empezaron á hablar en voz alta, sin cuidarse de lo que pasaba en la tarima.

Les chocaba la idea de aquel baile organizado por los rezagados. No debían aburrirse. Todos hubieran querido hacerles compañía.

Pero dos nuevos adversarios se habían saludado y se pusieron en guardia con tanta autoridad, que todas las miradas siguieron sus movimientos.

Atacaban y retrocedían con gracia elástica, con vigor mesurado, con tal seguridad y fuerza, con tal sobriedad de ademanes, que la multitud quedó sorprendida y encantada.

Su rapidez, su prudente flexibilidad, sus movimientos prontos, tan calculados que parecían lentos, atraían y cautivaban las miradas por el solo poder de su perfección. El público comprendía que se le presentaba un espectáculo tan hermoso como raro, que dos grandes artistas le enseñaban lo mejor que es posible ver en su género, cuanto dos maestros pueden en habilidad, en astucia, en ciencia razonada y destreza física.

Nadie hablaba; sólo había ojos para ver. Luego, cuando se hubieron estrechado la mano, después del último botonazo, estallaron gritos clamorosos. El entusiasmo llegaba á su colmo. Todos conocían sus nombres: eran Sergent y Ravignac.

Los hombres se habían vuelto pendencieros; miraban á sus vecinos como provocándoles. Se hubieran batido por un quítame allá esas pajas. Hasta los que no habían empuñado jamás un florete, imitaban con su bastón los ataques y paradas.

Poco á poco la multitud subía por la escalerilla. Por fin se iba á beber. La indignación fué general cuando se supo que los del baile habían saqueado el buffet y que se habían largado gruñendo que no tiene sentido común invitar á las gentes para no dejarles ver nada.

No quedaba ni un dulce, ni una gota de champagne, jarabes ó cerveza, ni un pastelillo, ni una fruta, nada, nada. Lo habían saqueado todo.

Las criadas daban cuenta de los detalles de aquel

estrago, con cara compungida, aun cuando la risa les escarabajeaba la garganta. «Las señoras se mostraban más intrépidas que los hombres, afirmaban, y habían comido y bebido hasta no más.» Se hubiera creído escuchar los relatos de los que sobrevivieron al asalto y saco de una ciudad durante la Invasión.

Fué preciso marcharse. Algunos hombres se indignaban pensando en la moneda de oro que habían soltado y más aun en los que se atracaron de lo lindo sin soltar un céntimo.

Las señoras patronesas habían recogido más de tres mil francos. Pagados todos los gastos, quedaron doscientos veinte francos para los huérfanos del sexto distrito.

Du-Roy, acompañando á la familia Walter, esperaba su carruaje. Por el camino, sentado enfrente de «la patrona» vió otra vez que le dirigía tiernas miradas. Y pensó: ¡Creo que pica, pardiez!» y sonreía pensando que verdaderamente tenía suerte con las mujeres, pues la señora de Marelle, después de su reconciliación parecía amarle con frenesí.

Entró muy alegre en su casa.

Magdalena le aguardaba en el salón.

—Tengo noticias—dijo.—El asunto de Marruecos se complica. Es posible que dentro de algunos meses se envíe allí una expedición. En todo caso esto servirá para derribar el ministerio y para que

Laroche-Mathieu pesque la cartera de Negocios Extranjeros.

Du Roy, para fastidiar á su mujer, fingió no creerlo. No serían bastante locos para hacer la segunda edición de Túnez.

Ella se encogía de hombros con impaciencia.

—¡Te digo que sí! ¡Te digo que sí! ¿No comprendes que se trata de un asunto de muchos millones? Hoy, querido, en las combinaciones políticas, no hay que decir: «Buscad la mujer», sino: «Buscad el negocio.»

Du Roy murmuró: «¡Bah!» con desdén para excitarla.

Se enfadó:

—Eres tan cándido como Forestier.

Quería ofenderle y esperaba palabras de cólera. Pero él sonrió replicando:

—Como ese cornudo de Forestier.

Ella permaneció un instante como sobrecogida.

—¡Oh! ¡Jorge!

—¡Qué! ¿No me confesaste la otra noche que Forestier los llevaba?—replicó con insolencia.

Y añadió:

—¡Pobre hombre!—con tono de profunda piedad.

Magdalena le volvió la espalda sin dignarse contestarle. Luego, al cabo de un minuto de silencio, repuso:

—El martes tenemos invitados; la señora Laro-

che-Mathieu vendrá á comer con la vizcondesa de Percemur. ¿Quieres invitar á Rival y á Norbert de Varenne? Iré mañana á invitar á las señoras Walter y de Marelle. Quizá venga también la señora Rissolin.

Desde algún tiempo aquella parte creábase relaciones aprovechando la influencia política de su marido para atraer á su casa, de buena ó mala gana, á las esposas de los senadores y diputados que necesitaban el apoyo de la *Vie Française*.

Du Roy replicó:

—Muy bien; me encargo de Varenne y de Rival.

Estaba contento y se frotaba las manos, pues sabía ya el modo de fastidiar á su mujer, y satisfacer el confuso rencor, los roedores celos que se despertaron en él la noche que fueron al Bosque. No hablaría nunca de Forestier sin tacharle de cornudo. Comprendía que aquello acabaría por hacer rabiar á Magdalena. Y durante la noche halló diez ocasiones de pronunciar con bondadosa ironía: «Ese cornudo de Forestier.»

Ya no sentía odio por el muerto ahora que resultaba su vengador.

Su esposa parecía no oirle y permanecía enfrente de él tranquila y sonriente.

Al otro día quiso ir en persona á casa los Walter, antes que fuera su mujer para invitarles. Quería ver si la señora daba muestras de quererle. Sentíase

halagado en su amor propio. Y luego... ¿por qué no... si podía?

Fué á las dos al bulevar Malesherbes. Le hicieron entrar en el salón. Esperó.

Apareció la señora Walter, que le alargó la mano alegremente.

—¿Qué buen viento le trae á usted?

—Ningún viento, sino el deseo de verla á usted. No sé qué fuerza me ha traído aquí y he venido no sé por qué, pues nada tengo que decirle. ¡Aquí estoy! ¿Me perdona usted esta visita fuera de hora y la franqueza de mi explicación?

Dijo aquellas palabras medio en serio, medio en broma, sonriendo.

Ruborizada y asombrada, contestó la señota Walter:

Verdaderamente... no comprendo... me sorprende usted...

Du Roy añadió:

—Es una declaración en broma, para no asustarla.

Estaban sentados cerca uno de otro. Tomó la cosa en broma.

— De modo que... ¿es una declaración seria?

—Ya lo creo. Hace mucho tiempo que se la quería hacer, mucho tiempo; pero no me atrevía. Dicen que es usted tan severa, tan rígida...

Había recobrado ella toda su firmeza. Le contestó:

—¿Por qué ha escogido usted este día.

—No lo sé.

Luego bajó la voz:

—O porque desde ayer sólo en usted pienso.

—Ea, basta de niñerías; hablemos de otra cosa—replicó palideciendo.

Pero el joven cayó á sus pies tan bruscamente, que sintió miedo. Quiso levantarse, pero él, teniéndola abrazada por la cintura no la dejaba mover y repetía con acento apasionado:

—Sí, es verdad que la amo locamente hace mucho tiempo. No me conteste usted. ¡Qué quiere usted, estoy loco! La amo... ¡Oh! ¡Si supiera cuanto la amo!

Sofocada, jadeante, trataba de hablar y no acertaba á pronunciar una palabra. Le rechazaba con las manos. Le había cogido el pelo para impedir que se le acercara aquella boca que buscaba la suya. Y volvía rápidamente la cabeza á derecha é izquierda, cerrando los ojos para no verle.

El la tocaba á través del vestido, la palpaba y ella se sentía desfallecer al sentir aquella caricia brutal. Se levantó bruscamente y quiso abrazarla, pero al sentirse libre, se escapó echándose hacia atrás y huía de sillón en sillón.

Juzgó Du Roy ridícula aquella persecución y se dejó caer en una silla fingiendo que sollozaba, tapándose la cara con las manos.

Luego se levantó, y diciendo: «¡Adiós, adiós!» se fué.

Cogió tranquilamente el bastón al llegar al vestíbulo y se marchó diciendo: «¡Voto al chápiro! ¡Creo que ya está!» Y pasó por telégrafos para avisar á Clotilde que la esperaba al día siguiente.

Al volver á su casa preguntó á su mujer:

—¡Y qué! ¿Vendrán mañana todos tus invitados?

—Sí. Unicamente la señora Walter no sabe si podrá venir. Vacila; me ha hablado de no sé qué compromiso, de un caso de conciencia. Me ha chocado mucho; parecía no estar en su cabal juicio. Pero creo que de todos modos vendrá.

—Sí, es claro que vendrá—replicó Du Roy encogiéndose de hombros.

No lo daba por seguro, sin embargo, y estuvo inquieto hasta la hora de la comida.

Por la mañana Magdalena recibió una esquelita de la esposa del director:

«He conseguido zafarme del compromiso é iré á su casa. Mi marido no podrá acompañarme».

Du Roy pensó: «Hice muy bien en no volver á su casa; ahora ya está tranquila. Hay que ir con cuidadito».

Esperaba, sin embargo, su llegada con alguna inquietud. Entró pálida, tranquila, algo fría, algo altiva. El se mostró muy humilde, discreto y sumiso.

Las señoras Rissolín y Laroche-Mathieu acompañaban á sus maridos. La vizcondesa de Percemur habló del gran mundo. La señora de Marelle estaba arrebatadora con un vestido amarillo y negro, un traje español que moldeaba su lindo talle, su garganta y sus brazos y hacía resaltar enérgicamente su cabecita de pájaro.

Du Roy tenía á su derecha á la señora Walter y durante la comida sólo le habló de asuntos serios, con un respeto exagerado. De cuando en cuando miraba á Clotilde. «Es mucho más bonita y fresca,» pensaba. Luego sus miradas se fijaban en su esposa, que también le gustaba por más que conservara contra ella un rencor tenaz, malévolo.

La señora Walter le excitaba por la dificultad de la conquista y por la novedad que siempre agrada á los hombres.

Quiso ella marcharse temprano y Du Roy dijo:

—La acompañaré á usted.

Rehusó. El joven insistía:

—¿Por qué no quiere? Me ofende en lo vivo. Creeré que no me ha perdonado usted. Vea usted cuán tranquilo estoy.

—No puede usted abandonar á sus invitados.

—¡Bah!—hizo sonriendo;—dentro de veinte minutos vuelvo á estar aquí. Si rehusa usted me herirá en el corazón.

—Bueno, acepto—murmuró.

Pero apenas estuvieron en el coche le cogió la mano y se la besó apasionadamente:

—La amo á usted; la amo—dijo.—Deje que se lo diga. No la tocaré, pero quiero repetirle que la amo.

—¡Oh!... ¡después de lo que me ha prometido usted! No está bien... no está bien...

Pareció Du Roy hacer un gran esfuerzo y dijo con acento ronco:

—Ya ve usted cómo me domino, y... sin embargo... Déjeme sólo decirle que la amo... Deje que se lo diga cada día... sí, permítame ir á su casa cinco minutos para decirle de rodillas estas dos palabras... mirando su rostro adorado.

Ella le había entregado su mano y balbuceaba jadeando:

—No, no puedo; no quiero. Piense usted en lo que dirían... los criados... mis hijas... No, no; es imposible...

—No puedo vivir sin verla—replicó.—En su casa ó en otra parte es preciso que la vea, aunque no sea más que un minuto cada día, que estreche su mano, que respire el aire que levanta su vestido, que contemple las líneas de su cuerpo y admire esos grandes hermosos ojos que me enloquecen.

Escuchaba la cuitada, estremeciéndose, aquella vulgar música de amor, y balbuceaba:

—No... no... es imposible... ¡Cállese usted!

El le hablaba en voz baja, casi al oído, comprendiendo que á aquella mujer sencilla había que con-

quistarla poco á poco; decidirla á dar una cita, donde ella quisiera primero, donde quisiera él después.

—Oigame... Es preciso... la veré... la esperaré junto á su puerta... como un mendigo... Si no baja usted, subiré yo... pero la veré... mañana, sí, mañana.

—No venga usted; no. Piense usted en mis hijas. No le recibiré.

—Entonces, dígame usted dónde la veré... en la calle... en cualquier parte... con tal que la vea... La saludaré... Le diré: «La amo», y me iré.

Ella vacilaba, sin saber qué resolver. Cuando el coche entraba en su casa, murmuró rápidamente:

—Mañana, á las tres y media, entraré en la Trinidad.

Y luego, bajando, dijo al cochero:

—Lleve usted al señor Du Roy á su casa.

Al entrar el joven, preguntóle Magdalena:

—¿A dónde has ido?

—A poner un telegrama urgente—replicó.

La señora de Marelle dijo acercándose:

—Supongo que me acompañará usted, Buen-Mozo. Sólo así me atrevo á venir desde tan lejos á su casa.

Y volviéndose hacia Magdalena:

—¿No te dan celos, verdad?

La señora Du Roy contestó lentamente:

—No, no muchos.

Los invitados se iban. La señora Laroche-Ma-

thieu parecía una criadita provinciana. Era la hija de un notario. Se casó Laroche con ella cuando era un simple abogadillo. La señora Rissolin, vieja y presumida, parecía una comadrona á medio educar. La vizcondesa de Percemur las trataba con desdén olímpico. Su «mano blanca» estrechaba con repugnancia aquellas otras vulgares.

Clotilde, envuelta en encajes, dijo á Magdalena al salir:

—Tu comida ha estado muy bien; dentro de poco tendrás el mejor salón político de París.

Apenas estuvo á solas con Jorge, le estrechó entre sus brazos.

—¡Ah! Buen-Mozo mío, ¡cada día te amo más!

El simón en que iban daba tumbos y saltos como una embarcación.

—No se está tan bien aquí como en nuestro cuartito.

—¡Oh, no!—replicó el joven. Pero pensaba en la señora Walter.

IV

La plaza de la Trinidad estaba casi desierta, alumbrada por un sol de Julio. Un bochorno insoportable reinaba en París, como si el aire de las alturas, pesado y requemado, hubiese caído sobre la tierra. Se respiraba con dificultad.

Los surtidores soltaban el agua como de mala gana. Parecían cansados de manar y el líquido de los pilones, en el que flotaban hojas y trozos de papel, tenía un color verdoso y parecía espeso.

Un perro se bañaba en aquella agua. Algunas personas, sentadas en los bancos de la plaza, miraban con envidia al animal.

Du Roy sacó el reloj. No eran más que las tres. Llevaba, pues, treinta minutos de adelanto.

Reía pensando en aquella cita. «Las iglesias le sirven para todo», pensaba. «La consuelan de haberse casado con un judío, la dan notoriedad en el

mundo político, una gran distinción en la buena sociedad y un abrigo para sus citas galantes. He ahí lo que tiene servirse de la religión para todo y en todas ocasiones, como un *en-tout-cas*. Si hace buen tiempo, sirve de bastón; si aprieta el sol, se convierte en sombrilla, si llueve se transforma en paraguas, y si no se sale se le deja en el recibidor. Hay centenares como esa que maldito lo que les importa Dios; pero que de cuando en cuando se sirven de él de un modo poco decoroso. Si se les propusiera ir á una fonda se indignarían, y, en cambio, les parece muy natural hacerse el amor al pie de los altares.»

Andaba lentamente junto al surtidor. Miró la hora en el reloj del campanario que adelantaba dos minutos al suyo. Señalaba las tres y cinco.

Pensó que estaría mejor en la iglesia y entró.

Se respiraba allí una frescura de subterráneo que Du Roy aspiró con delicia. Después dió la vuelta á la nave para conocer bien el templo.

Otros pasos regulares, interrumpidos á veces y que volvían á resonar al poco rato, contestaban á sus pisadas cuyo eco sonoro subía hasta la alta bóveda. Tuvo curiosidad de ver aquel paseante y le buscó. Era un señor grueso, calvo, que miraba todo y llevaba las manos cruzadas á la espalda.

De trecho en trecho se veía alguna vieja rezando.

Sobrecogía al espíritu una sensación de soledad,

de desierto, de reposo. La luz, tamizada por los cristales, no hería la vista.

A Du Roy le pareció que «se estaba al pelo» allí.

Volvió hacia la puerta y consultó de nuevo el reloj. Sólo eran las tres y quince. Se sentó en la nave central deplorando que no pudiera echar un cigarrillo. Al otro extremo del templo resonaba el andar acompasado del paseante.

Alguien entró. Volvióse Jorge bruscamente. Era una mujer del pueblo, con sayas de lana; una pobre mujer que cayó de rodillas junto á la primera silla y permaneció inmóvil, con las manos cruzadas, la mirada en lo alto y el alma sumida en la oración.

Du Roy la miraba con interés, preguntándose qué pena, qué dolor, qué desesperación destrozaban aquel corazón humilde. Quizá tenía un marido que la apaleaba, quizá un hijo moribundo.

Murmuraba mentalmente: «¡Pobres seres! ¡Cuánto padecen!» Y sintió cólera contra la implacable naturaleza. Luego reflexionó que aquellos desdichados creían por lo menos que alguien se cuidaba de ellos allá arriba y que se les llevaba una cuenta corriente con debe y haber. ¿Allá arriba? ¿Dónde?

Y Du Roy, á quien el silencio del templo inspiraba ensueños de alto vuelo, juzgando á la creación en un instante, pronunció entre dientes

—¡Cuán tonto es todo esto!

Se oyó un crujir de faldas. Era ella

Du Roy se levantó vivamente. Ella no le dio la mano, y murmuró en voz baja:

—Dispongo de poco tiempo. Póngase usted de rodillas, junto á mí, á fin de que no se fijen en nosotros.

Y avanzó por la nave central buscando un sitio poco visible, á fuer de conocedora de aquel lugar. Tenía el rostro cubierto por un espeso velo y andaba casi sin hacer ruido.

Cuando llegó cerca del coro se volvió y murmuró en aquel tono misterioso que se emplea siempre en las iglesias:

—Será mejor á los lados del coro; aquí se nos notaría mucho.

Saludó el tabernáculo del altar mayor inclinando la cabeza y haciendo una ligera reverencia, se fué hacia la derecha, anduvo unos pasos hacia la salida y luego, tomando una resolución, se arrodilló en un reclinatorio.

Jorge tomó posesión del reclinatorio vecino, y cuando ya estuvieron inmóviles como si rezaran, le dijo:

—Gracias, gracias. La adoro á usted. Quisiera decírselo de continuo, explicarle cómo empecé á amarla, cómo me sedujo usted la primera vez que la ví... ¿Me permitirá usted algún día expresarle cuánto siento?

La señora Walter le escuchaba meditando pro-

fundamente, como si nada hubiese oído, y por fin contestó:

—Estoy loca dejándole hablar así, loca por haber venido, loca por hacer lo que hago, por dejarle creer que esta... esta... esta aventura puede continuar. Es preciso que olvide usted esto y que no me hable de ello jamás.

Esperó una respuesta. Buscaba Du Roy una adecuada, palabras decisivas, apasionadas; pero como no podía unir la acción á la palabra, sentíase cortado.

Al cabo dijo:

—No espero nada, nada. La amo á usted. Haga usted lo que quiera, se lo repetiré tantas veces y con tal fuerza y ardor que acabará usted por creerlo. Quiero que mi ternura la penetre, que llene su alma palabra á palabra, día por día, hora por hora, á fin de que la impregne como un líquido que cae gota á gota, á fin de que la ablande y le obligue un día á contestarme: «Yo también le amo.»

Se estremeció como si de pronto le hubiera caído encima un gran peso y suspiró:

—¡Oh, Dios mío!

Ella contestó anhelante:

—No debiera decirle esto. Me siento culpable y despreciable, yo... que tengo dos hijas... pero no puedo... no puedo... Jamás creyera... no hubiera pensado jamas... pero no puedo remediarlo... no puedo. Escuche usted... escuche usted... no he

amado á nadie más que á usted; se lo juro. Le amo desde hace un año; en secreto; en lo más íntimo de mi corazón. ¡Ah! ¡cuánto he sufrido! He luchado, he vacilado... en vano... le amo á usted...

Y lloraba al decir esto, tapándose la cara, con el cuerpo estremecido por lo violento de su emoción.

Jorge murmuró:

—Deme la mano; deje que la toque, que la estreche...

Apartó lentamente la mano del rostro, bañado en llanto y una lágrima pronta á escaparse temblaba entre las pestañas.

Du Roy le tomó la mano y se la estrechó:

—¡Ah! ¡Si pudiera beber sus lágrimas!

Ella, en voz baja y conmovida, que parecía un gemido, contestó:

—No abuse usted de mí... ¡me he perdido!

Du Roy sintió ganas de reirse. ¿Cómo abusar de ella en tal sitio? Puso sobre su corazón la mano de la cuitada y preguntó:

—¿Oye usted cómo late?

No se le ocurrió otra cosa.

El paseante se acercaba. Había examinado uno por uno todos los altares y daba la vuelta por las naves laterales. Cuando la señora Walter oyó que se acercaban los pasos, arrancó su mano de las de Jorge y se cubrió con ella la cara.

Permanecieron ambos inmóviles, como si rezaran con ardiente fe. El obeso caballero pasó junto

á ellos, les lanzó una mirada indiferente y se alejó hacia el otro extremo de la iglesia, siempre con las manos á la espalda.

Pero Du Roy que deseaba obtener una cita en otro sitio, preguntó:

—¿Dónde la veré mañana?

No contestó. Parecía inanimada, cambiada en estatua de la oración.

—¿Quiere usted que nos veamos en el parque Monceau?

Volvió hacia él su rostro descubierto, lívido, que expresaba un dolor y un padecimiento profundos y dijo:

—Déjeme... déjeme ahora... váyase... váyase por unos minutos... padezco demasiado cerca de usted... quiero rezar... no puedo... déjeme rezar... sola... cinco minutos... no puedo... déjeme implorar á Dios... que me salve... déjeme cinco minutos...

Tenía una fisonomía tan trastornada, un rostro tan doloroso, que Du Roy se levantó, y vacilando, dijo:

—¿Vuelvo luego?

Hizo un movimiento afirmativo y Du Roy se fué hacia el coro.

Entonces trató la infeliz de rezar. Hizo un esfuerzo de invocación sobrehumana para llamar á Dios y con el cuerpo vibrante y el alma trastornada gritó: ¡Piedad!

Cerraba los ojos con rabia para no ver al que acababa de marcharse. Le alejaba de su pensamiento, luchaba contra él; pero en vez de la aparición celeste que esperaba, veía el bigote rizado del joven.

Desde hacía un año luchaba así cada día contra aquella obsesión cada vez más fuerte, contra aquella imagen que llenaba sus sueños, que estremecía su cuerpo y turbaba sus noches. Se sentía aprisionada como un pájaro entre redes, dominada, vencida, impulsada hacia aquel macho que la conquistó con sólo el color de sus ojos y su bigote rizado.

En aquella iglesia, cerca de Dios, se sentía más débil y abandonada que en su propia clase. Ni siquiera podía rezar; sólo podía pensar en él. Sentía ya que se hubiese alejado. Luchaba sin embargo como una desesperada, se defendía, llamaba en su auxilio todas las fuerzas de su espíritu. Prefiriera morir á caer de aquella manera ella, que jamás delinquió. Murmuraba palabras de súplica; pero escuchaba el paso de Jorge, que cada vez se alejaba más.

Comprendía que todo había terminado, que la lucha era inútil. No quería ceder, sin embargo, y tuvo una de esas crisis que sobrecogen á las mujeres. Temblaba y comprendía que iba á caer entre las sillas lanzando alaridos.

Alguien se acercaba con paso rápido. Volvió la cabeza. Era un sacerdote. Entonces se levantó, corrió hacia él con las manos juntas, y balbuceó:

—¡Sálveme! ¡oh! ¡Sálveme usted!

Se detuvo sorprendido.

—¿Qué desea usted, señora?

—Quiero que me salve. Tenga piedad de mí. ¡Sí no acude usted en mi auxilio, estoy perdida!

La miraba, pensando si estaría loca. Luego repuso:

—¿En qué puedo servirla?

Era un hombre aun joven, carilleno, cuidadosamente afeitado, un vicario de ciudad acostumbrado á las penitentes ricas.

—Reciba usted mi confesión, y aconséjeme, sosténgame, dígame lo que he de hacer.

—Confieso todos los sábados de tres á seis.

Le cogió la señora Walter el brazo, y repitió:

—¡No, no! ¡En seguida! ¡En seguida! ¡Es preciso! ¡Está aquí, en este templo! ¡Me espera!

El sacerdote preguntó:

—¿Quién la espera?

—¡Un hombre... que va á perderme... que va á... si no me salva usted!... No puedo huir... Soy demasiado débil... Demasiado débil... ¡tan débil!...

Y cayó de rodillas, sollozando:

—¡Tenga usted piedad de mí, padre mío! ¡Sálveme en nombre de Dios, sálveme!

Y le cogía la sotana para que no pudiera escapársele. El sacerdote miraba para ver si alguien presenciaba aquella escena.

Comprendió que le era preciso ceder, y dijo:

—Levántese usted. Precisamente tengo la llave del confesonario.

Y buscando en el bolsillo sacó un manojo de llaves, escogió una y se dirigió con paso rápido hacia uno de aquellos cajones de madera, que vienen á ser las cajas para las basuras del alma, donde los creyentes vacían sus pecados.

Entró en el confesonario, y la señora Walter balbuceó con fervor, con un impulso apasionado de esperanza:

—Bendecidme, padre mío, porque he pecado...

. . . . . .

Du Roy, después de dar la vuelta al coro, bajó por la nave de la izquierda. Llegaba al centro cuando encontró al señor calvo, que continuaba andando acompasadamente, y pensó: «¿Qué diantres hará aquí este prójimo?».

El paseante acortó el paso y miró á Jorge con visibles ganas de hablarle. Cuando estuvo cerca, saludó y dijo cortesmente:

—Le pido que me dispense, caballero, pero ¿podría usted decirme en qué época se construyó este monumento?

Du Roy contestó:

—A fe mía que no lo sé; creo que hará veinte ó veinticinco años. Es la primera vez que entro aquí.

—Lo mismo digo. No estuve aquí jamás.

Entonces el periodista preguntó con interés:

—Me parece que lo examina usted con gran cuidado. Veo que estudia usted los detalles.

—No—contestó con resignación el señor gordo; —no, caballero, aguardo á mi mujer, que me ha dado cita aquí y que ya tarda.

Calló, y después de unos instantes añadió:

—Fuera hace mucho calor.

Du Roy le miraba y le parecía un buen hombre. De pronto se le antojó que se parecía á Forestier.

—¿Es usted provinciano?

—Sí, señor, soy de Rennes. Y usted, caballero, ¿ha entrado por curiosidad en esta iglesia?

—No, espero á una mujer.

Y, saludándole, el periodista se alejó sonriendo.

Acercándose á la puerta, vió á la mujer que rezaba de rodillas. Pensó: «¡Demonio, que tenaz es esta mujer!» Ahora ya no le conmovía ni la compadecía.

Fué despacio hacia el sitio á donde dejara á la señora Walter.

Miraba desde lejos y quedó pasmado no viéndola. Creyó que se había engañado de columna y llegó hasta la última. ¡Se había marchado! Estaba sorprendido y furioso. Luego pensó que quizá le buscaba y dió otra vuelta por la iglesia. No hallándola, fué á sentarse en la silla que había ocupado y esperó. Quizá volvería.

Pronto oyó un cuchicheo que llamó su atención. No había visto á nadie en aquel rincón. ¿De dónde

provenía el cuchicheo? Se levantó para ver y notó el confesonario. Se acercó á él. Reconoció á la penitente. ¡Se confesaba!...

Sintió un violento deseo de cogerla por los hombros y arrancarla de allí. Pero después pensó: «¡Bah! ahora le toca al cura; mañana me tocará á mí.» Y se sentó esperando que la confesión terminara.

Esperó largo rato. Por fin, la señora Walter se levantó y fué hacia él. Tenia una expresión fría y severa.

—Caballero—le dijo,—le ruego que no me acompañe, que no me siga, que no venga solo á mi casa, pues no sería recibido. ¡Adiós!

Y se fué con digno continente.

Dejó que se alejara, pues no le gustaba oponerse á los acontecimientos. Luego, al ver al cura que salía del confesonario, se dirigió á él y, mirándole cara á cara, le dijo:

—¡Si no llevara usted sayas, no sería bofetada la que llevara usted!

Luego dió media vuelta y salió de la iglesia silbando entre dientes.

De pie en el atrio el buen señor obeso, cansado de aguardar, examinaba la gran plaza y las calles que en ella desembocaban.

Al pasar Du Roy cerca de él se saludaron.

El periodista se fué á la redacción. Apenas entró comprendió que algo raro pasaba y entró bruscamente en el gabinete del director.

Este, de pie, nervioso, dictaba un artículo con frase entrecortada, é interrumpiéndose, daba órdenes á los reporters, hacía recomendaciones á Boisrenard y abría el correo.

Cuando entró Du Roy, lanzó una exclamación de alegría:

—¡Ah! qué suerte, ¡aquí está el Buen-Mozo!

Se detuvo algo confuso y se excusó.

—Dispense usted que le llame así; estoy turbado por este trajín. Y como oigo que mi mujer y mis hijas no paran en todo el día de llamarle así, se me pega la costumbre. ¿Supongo que no le he molestado á usted?

—No, de ninguna manera. Ese nombre no tiene nada de ofensivo.

—Bueno, pues así le bautizo Buen-Mozo, como todos—repuso Walter.—El caso es que hay graves acontecimientos. El ministerio ha caído por trescientos diez votos contra ciento dos. Ya no se trata de vacaciones y estamos á veintiocho de Julio. España se enfada por lo de Marruecos y esto es lo que ha hecho caer á Durand de l'Aine y comparsas. Hay una batahola de mil diablos. Marrot forma nuevo gabinete. Boutin d'Acre va á Guerra y nuestro amigo Laroche-Mathieu á Negocios Extranjeros. El se queda el Interior y la Presidencia. Vamos á convertirnos en un periódico oficioso. Hago el editorial indicando el camino que deben seguir los ministros.

Sonrió y repuso:

—Es decir, el camino que ellos quieren seguir. Pero necesito algo acerca de Marruecos, una actualidad, una crónica que arme ruido. Hágame usted algo de eso.

Du Roy reflexionó un momento y luego dijo:

—Ya dí en el clavo. Daré un estudio sobre la situación política de nuestras colonias africanas, Argelia en el centro y Túnez y Marruecos á los lados; la historia de las razas de ese gran territorio y el relato de una excursión al gran oasis de Fignig, donde no ha penetrado ningún europeo y causa del actual conflicto. ¿Le parece á usted bien?

—Admirable. ¿Qué título le pone?

—De Túnez á Tánger.

—Soberbio.

Du Roy rebuscó en la colección de la *Vie Française* su primer artículo «Memorias de un cazador de Africa» y remozándolo, rebautizándolo, arreglándolo, en poco menos de una hora estuvo el refrito á punto, con algunos datos nuevos y muchos elogios al nuevo gabinete.

El director, después de leer el artículo, declaró:

—Muy bien... muy bien... Es usted un gran periodista. Le felicito á usted.

Y Du Roy se fué á comer, muy contento de su jornada, á pesar de lo que le ocurriera en la Trinidad, pues comprendía que tenía ganada la partida.

Su mujer le esperaba con ansia. Al verle, exclamó:

—¿Ya sabes que Laroche es ministro?

—Sí, ahora acabo de hacer un artículo sobre Argelia relativo á tal asunto.

—¿Qué artículo has hecho?

—Ya lo conoces, es el primero que hicimos juntos: las «Memorias de un cazador de Africa», revisado y corregido.

—¡Ah, ya!—respondió sonriendo.

Después de reflexionar unos momentos, añadió:

—Ahora recuerdo... aquella continuación... que no hiciste... ahora se puede hacer... Será una serie muy oportuna.

Du Roy se sentó á la mesa.

—Sí, sí, tienes razón. Ahora que ha muerto ese cornudo de Forestier nada se opone á ello.

Magdalena replicó vivamente con tono seco:

—Esta broma es de mal género y dura ya demasiado. Te ruego que renuncies á ella.

Iba á contestar con ironía, pero en aquel instante le entregó el criado un telegrama sin firma que decía:

«Estaba loca. Perdóneme y venga mañana á las cuatro al parque Monceau.»

Con el corazón henchido de alegría dijo á su mujer, mientras guardaba el telegrama:

—No te enfades, Magda. No reincidiré. Conozco que es una broma tonta.

Y empezó á comer.

Mientras comía repetíase aquellas palabras:

«Estaba loca. Perdóneme y venga mañana á las cuatro al parque Monceau.»

Cedía, pues. Aquello quería decir:

«Me rindo; soy suya, dónde y cuándo quiera.»

Y se echó á reir.

Magdalena preguntó:

—¿Qué te ocurre, hombre?

—Nada, que me acuerdo de un cura que tiene la facha más estrafalaria que he visto.

Du Roy llegó á la cita del día siguiente á la hora en punto. En los bancos estaban sentados hombres aplanados por el calor y niñeras que parecían soñar mientras los niños se revolcaban por la arena de los paseos.

Halló á la señora Walter junto á una ruina, cerca de una fuente. Daba la vuelta á la columnata con expresión inquieta y triste.

Apenas le hubo saludado, dijo:

—¡Cuánta gente hay en este jardín!

Du Roy aprovechó la ocasión:

—Es verdad; ¿quiere venir á otro sitio?

—¿Dónde?

—A cualquier lado; á un coche. Bajando la cortinilla estará usted resguardada.

—Sí, sí, es mejor; aquí me muero de miedo.

—De aquí á cinco minutos puede usted ir á la

puerta que da al bulevar exterior. Estaré allí con un coche.

Y marchó casi corriendo. Cuando ya estuvo la señora Walter instalada en el coche y hubo cerrado la ventanilla, preguntó:

—¿Dónde ha mandado usted que nos lleven?

Jorge contestó:

—Descuide usted; el cochero ya tiene instrucciones.

Habíale dado la dirección del piso de la calle de Constantinopla.

—No puede usted figurarse—continuó la señora Walter—lo que he padecido, lo que padezco. Ayer estuve dura, lo sé; pero quería huir, huir á toda costa. Tengo miedo de estar sola con usted. ¿Me perdona?

—Sí, sí; ¿cómo no perdonarla amándola como la amo?

—Escuche... ha de prometerme que me respetará... que no hará... que no... sino no podré volver á verle.

Du Roy no contestó de pronto. Sonreía de aquel modo que turbaba á las mujeres. Después contestó:

– Soy su esclavo.

Entonces le contó cómo había advertido que le amaba cuando supo que se casaba con Magdalena Forestier. Recordaba detalles y fechas para probar su amor. De repente calló. El coche acababa de detenerse. Du Roy abrió la portezuela.

—¿Dónde estamos?

—Baje usted y entre en esta casa—replicó Du Roy.—Estaremos seguros.

—Pero ¿qué casa es?

—Es la mía. Era mi habitación de soltero, que he vuelto á tomar por unos días, á fin de que podamos vernos sin temor á una sorpresa.

No se decidía á bajar del simón, pues le asustaba la idea de aquella entrevista á solas.

—No... no... ¡no quiero!

Du Roy exclamó con energía:

—Juro respetarla. Entre. Vea; ya nos miran. Se formará un grupo. Aprisa... aprisa... baje.

Y para convencerla más, repitió:

—Juro que la respetaré.

Un tabernero les miraba con curiosidad desde la puerta de su tienda. Sintió miedo la señora Walter y se metió en el portal.

Iba á subir la escalera. Du Roy la detuvo:

—No, aquí, en los bajos.

Y abrió la puerta del piso.

Apenas la hubo cerrado, cogió á la señora Walter como una presa. En vano luchaba y le rechazaba balbuceando:

—¡Dios mío! ¡ah! ¡Dios mío!

Le besaba el cuello, los ojos, los labios con verdadero frenesí, sin que pudiera evitar sus caricias furiosas; y á pesar de rechazarle, de apartar la cabeza, le devolvía sus besos.

De pronto dejó de luchar, y vencida, resignada, se dejó desnudar por él. Le quitó con gran rapidez y destreza todas las prendas de vestir, con la ligereza de una camarera.

Ella le había arrancado el corsé de las manos para ocultarse la cara con él, y permanecía en pie, blanca y sonrosada, en el centro de la habitación.

Le dejó las botas y la llevó en brazos á la cama. Ella le murmuró al oído con voz apagada:

—Le juro... le juro... que no he tenido ningún amante.

Como una soltera hubiera dicho:

—Le juro que soy virgen.

Y Duroy pensaba:

—Maldito lo que me importa.

V

Empezaba otoño. Los Du Roy habían pasado todo el verano en París, haciendo una enérgica campaña en favor del ministerio durante las vacaciones parlamentarias.

Aunque sólo principiaba octubre, las Cámaras iban á reanudar sus tareas porque los asuntos de Marruecos tomaban mal cariz.

Nadie creía que se enviase una expedición á Tanger, por más que un diputado de la derecha, el conde de Lambert-Larazín, en un discurso muy aplaudido, hubiera dicho poco antes de disolverse el parlamento, que apostaba su bigote contra las patillas del presidente del Consejo que el nuevo gabinete no podría por menos de enviar una expedición á Marruecos, aunque no fuera sino por amor á la simetría, como cuando se ponen dos jarrones encima de la chimenea. Y añadiera: «Africa es para

Francia algo parecido á una chimenea, señores, una chimenea que consume nuestra leña mejor, una chimenea de gran tiraje que se enciende con billetes de Banco.»

»Os habéis permitido el lujo de adornar el ángulo izquierdo con un objeto tunecino que os cuesta caro; ya veréis como el señor Marrot quiere imitar á su predecesor y adorna el ángulo derecho con un objeto marroquí.»

Este discurso, que se hizo célebre, sirvió á Du Roy para escribir diez artículos sobre la colonia argelina, sosteniendo con energía que debía enviarse una expedición militar, aun cuando no creyera que se llegara á intentar. Había pulsado la cuerda patriótica y atacado á los españoles con todo el arsenal de los argumentos despreciativos que se emplea contra los pueblos cuyos intereses son opuestos á los del pueblo que se defiende.

La *Vie Française* había adquirido una gran importancia desde que era órgano oficioso. Daba, antes que ninguno de los grandes periódicos, las noticias políticas, indicaba las intenciones de los ministros y todos los diarios de París y provincias buscaban su información en sus columnas. Se la citaba, se la temía, y se la empezaba á respetar. No era ya el órgano sospechoso de algunos agiotistas políticos, sino del gabinete. Laroche-Mathieu era el alma del periódico y Du Roy el portavoz. El tío Walter, diputado mudo y director cauteloso, se

ocupaba misteriosamente de un gran negocio de unas minas de cobre de Marruecos.

El salón de Magdalena era un centro influyente, adónde acudían cada semana varios ministros. Hasta el presidente del Consejo había comido dos veces en su casa, y las mujeres de los hombres de Estado que tiempo antes vacilaban en pasar el umbral de su puerta, se alababan de ser amigas suyas y le hacían más visitas que visitas les hacía Magdalena.

El ministro de Negocios Extranjeros, reinaba como dueño en la casa. A cada instante iba allí llevando despachos, notas, informaciones, que dictaba tan pronto á Du Roy como á su esposa, ni más ni menos que si fueran sus secretarios.

Cuando Jorge quedaba á solas con Magdalena, después de marcharse el ministro, se enfurecía contra éste pronunciando palabras soeces ó haciendo reticencias malévolas acerca de aquel «piojo resucitado.»

Magdalena se encogía de hombros con desprecio, y repetía:

—Haz como él; llega á ministro y harás lo que te cuadre. Pero hasta entonces, cállate.

El se retorcía el bigote y la miraba de soslayo.

—Aun no saben de lo que soy capaz, —decía;— alguna vez lo verán.

Y ella replicaba filosóficamente:

—Vivir para ver.

A la mañana del día de la reunión de las Cáma-

ras, la joven, aun acostada, hacía mil recomendaciones á su marido que se vestía para ir á almorzar con el señor Laroche-Mathieu y recibir instrucciones antes de la sesión para el artículo del día siguiente de la *Vie Française*, pues el tal artículo debía ser una especie de declaración oficiosa de los reales proyectos del ministerio.

—No te olvides sobre todo de preguntarle si el general Belloncle irá á Orán; esto sería muy significativo.

Jorge, nervioso, contestó:

—Sé tan bien como tú lo que hay que preguntar. No me fastidies con tus tonterías.

—Querido,—replicó tranquilamente la joven,—lo que sé es que siempre olvidas la mitad de lo que te encargo que preguntes al ministro.

—Ya me fastidia tu ministro; es un botarate.

—No mi ministro ni el tuyo; más útil te es á ti que á mí.

Jorge se volvió hacia ella.

—Dispensa; pero creo que á mí no me hace la corte.

Ella dijo lentamente:

—A mí tampoco; pero labra nuestra fortuna.

—Si debiera escoger entre tus adoradores, preferiría esa estantigua de Vaudrec. ¿Qué demonios se hace? Hay ocho días que no le he visto.

Magdalena replicó sin inmutarse:

—Está delicado. Me ha escrito que está en cama con un ataque de gota. Debieras ir á preguntar por él. Sabes que te estima mucho y le placería.

—Sí, pasaré por su casa.

Estaba listo y antes de salir pensaba si se había olvidado algo. Después se acercó á la cama, besó en la frente á su mujer, y dijo:

—Hasta luego, muchacha; no vendré probablemente hasta las siete.

Y salió. El señor Laroche-Mathieu le aguardaba, pues aquel día almorzaba á las diez porque el Consejo se reunía á las doce, antes de la reapertura del Parlamento.

Cuando estuvieron á la mesa con el secretario particular del ministro, pues la señora de éste no quiso almorzar tan temprano, Du Roy indicó al ministro el espíritu del artículo, consultando las notas que tenía en algunas tarjetas, y dijo:

—¿Desea usted que cambie algo, querido ministro?

—Muy poco, amigo mío. Creo que está usted demasiado duro en lo de Marruecos. Hable usted de la expedición como si debiera verificarse; pero dejando entender que no se llevará á cabo y que no cree usted en ella. Haga que el público comprenda entre líneas que no vamos á intentar esa aventura.

—Muy bien, he comprendido y haré que me comprendan. Mi mujer me ha encargado que le pregun-

tara si el general Belloncle iría á Orán; pero después de lo que usted me ha dicho, creo que no irá.

—No—contestó el hombre de Estado.

Hablaron después de la legislatura que empezaba. Laroche se puso á perorar, preparando el efecto de las frases que algunas horas más tarde pronunciaría ante sus colegas. Agitaba la mano derecha, levantando tan pronto un tenedor como un cuchillo ó un trozo de pan, no mirando á nadie, dirigiéndose á la Asamblea invisible, expectorando su elocuencia almibarada de guapetón bien peinado. Un bigotito rizado erguía dos puntas parecidas á colas de escorpión, y su pelo alisado con brillantina estaba dividido en dos grandes ondas que adornaban su frente de buen mozo provinciano. Era demasiado grueso aun cuando joven y la barriga se le marcaba bajo el chaleco. El secretario particular comía y bebía tranquilamente, acostumbrado sin duda á tales duchas de facundia; pero Du Roy que sentía celos de la suerte del ministro, murmuraba para su capote: «¡Anda, mentecato! ¡Qué imbéciles son estos políticos!

Y comparándose al ministro charlatán, se decía: «Demonio, si tuviera cien mil francos para presentarme diputado por mi hermoso país de Ruán, para poder embromar á mis simpáticos paisanos, ¡qué hombre de Estado sería al lado de esos gaznápiros imprevisores!

Laroche Mathieu charló hasta que sirvieron el

café, después, viendo que se hacía tarde, pidió el coche y estrechó la mano á Du Roy, diciéndole:

—¿De modo que estamos conformes?

—Del todo, querido ministro, cuente usted conmigo.

Du Roy se fué despacio al periódico para empezar su artículo, pues no tenía nada que hacer hasta las cuatro. A aquella hora debía ver á Clotilde en la calle de Constantinopla adonde iba dos veces por semana, los lunes y viernes.

Pero al entrar en la redacción le entregaron un telegrama cerrado de la señora Walter, que decía:

«Es necesario que te hable hoy. Es muy grave, muy grave. Espérame á las dos en la calle de Constantinopla. Te puedo prestar un gran servicio.

«Tu amiga hasta la muerte,

VIRGINIA».

Jorge exclamó:

—¡Voto va!... ¡qué lata!

Y malhumorado se fué á la calle, demasiado irritado para trabajar.

Desde hacía seis semanas procuraba en vano romper con ella, pues no conseguía cansar su cariño.

Después de su caída tuvo un acceso de espantosos remordimientos y en tres citas sucesivas había abrumado á su amante con reproches y maldicio-

nes. Aburrido de aquellas escenas, y ya harto de aquella mujer madura y trágica, se alejó, pensando que de aquel modo terminaría la aventura. Pero entonces ella se agarró desesperadamente á él, lanzándose en brazos de aquel amor, como el que se lanza al río con una piedra al cuello. No se negó á su ternura por debilidad, por complacencia, por miramientos y se halló aprisionado en una pasión desenfrenada y fatigosa, y perseguido por una ternura invencible.

Quería verle cada día, le llamaba á cada momento por medio de telegramas, para verse un instante en una calle, en una tienda, en un jardín público.

Le repetía entonces, en algunas frases, siempre las mismas, que le adoraba y le idolatraba y luego se despedía jurando que «era feliz habiéndole visto».

Aparecía la pobre mujer muy diferente de lo que él se la imaginara, procurando seducirle por medio de gracias pueriles, de niñerías de amor, ridículas á su edad. Como hasta entonces había sido completamente honrada, virgen de corazón, desconocedora de toda sensualidad, se despertó en aquella mujer de cuarenta años algo así como una especie de primavera marchita con flores mal abiertas, con botones abortados; y hubo una rara expansión de amor de niña, de amor tardío, ardiente y cándido, con impulsos imprevistos, con gritos de adolescente, con cariños pegajosos y molestos. Le escribía á lo mejor diez cartas en un día, cartas tontamente

locas, de rarísimo estilo, parecido al de los orientales, lleno de nombres de animales y pájaros.

Apenas estaban solos le besaba con mimos y cariñitos de muchacha sin gracia, dando saltos que sacudían su pecho harto voluminoso, con muecas que resultaban grotescas. Le daba horror singularmente oirse llamar de continuo «Ratita mía», «Perrito mío», «Gato mío», «Alhajita mía», «Mi pájaro azul», «Mi tesoro», y ver como se entregaba fingiendo un pudor infantil que no sentía, y jugando como una pensionista depravada.

Preguntaba á lo mejor:

—¿De quién es esta boca?

Y cuando él no contestaba aprisa, repetía hasta la saciedad, hasta desesperarle:

—Es mía.

Parecíale á Jorge que debiera comprender que en amor hay que tener un tacto, una prudencia, una delicadeza exquisita, y que habiéndose entregado ya entrada en años debiera hacerlo con una especie de ímpetu contenido, severo, quizá con lágrimas; pero lágrimas á lo Didón, no á lo Julieta.

Repetía sin cesar:

—¡Cuánto te amo, chiquillo! ¿Me quieres tú tanto, bebé mío?

Jorge no podía oir pronunciar «chiquillo» ó «bebé» sin acometerle un deseo invencible de llamarla «vieja mía.»

La infeliz le decía:

—¡Qué locura hice entregándome! Pero no lo siento. ¡Es tan dulce amar!

Todas aquellas palabras le parecían irritantes á Jorge pronunciadas por aquella boca que algunas veces se le antojaba querer imitar á las damas jóvenes del teatro.

Le exasperaba también por su torpeza en el abrazo. Excitada por los besos de aquel guapo muchacho que había encendido su sangre, le estrechaba con un ardor torpe que daba ganas de reir á Du Roy y le recordaba los viejos que tratan de aprender á leer.

Cuando hubiera debido oprimirle entre sus brazos, mirándole ardientemente, con aquella mirada profunda y terrible que tienen algunas mujeres maduras, soberbias en su último amor, cuando hubiera debido morderle sin decir una palabra, aplastándole bajo su carne dura y cálida, cansada, pero infatigable, se zarandeaba como una niña y ceceaba para ser graciosa.

—¡Te quiero tanto, amor mío! ¡Dale un beso á tu mujercita!

Sentía entonces unas ganas indecibles de lanzar un terno y largarse dando portazo.

Al principio se habían visto muchas veces en la calle de Constantinopla; pero Du Roy, que temía un encuentro con Clotilde, rehusaba casi siempre tales citas.

Tenía que ir de continuo á su casa, á comer ó á

almorzar. Le alargaba la mano por debajo de la mesa; le besaba detrás de las puertas. El se entretenía en jugar con Susana que le distraía con sus salidas. En aquel cuerpo de muñeca alentaba una inteligencia sutil é inquieta, pronta siempre á la réplica como los títeres de feria. Se burlaba de todo y de todos con mordaz oportunidad. Jorge excitaba su charla, la impulsaba á la ironía y eran grandes amigachos.

Le llamaba á cada instante.

—Oiga, Buen-Mozo. Venga acá, Buen-Mozo.

El abandonaba la mamá para ir con la muchacha que le decía picardías al oído, y ambos se reían como locos.

Poco á poco el amor de la señora Walter le inspiró una repugnancia invencible; no podía verla, ni oirla, ni pensar en ella sin cólera. Cesó, pues, de ir á su casa, de contestar á sus cartas, de ceder á sus ruegos.

Comprendió la cuitada que no la amaba ya, y padeció de un modo horrible. Pero se encarnizó, le espió, le siguió, le aguardó dentro de un coche con las ventanillas cerradas á la puerta del periódico, de su casa, en las calles donde pensaba encontrarle.

Dábanle ganas de maltratarla, de injuriarla, de golpearla, de decirle claramente: «¡Váyase al diablo! ¡no la puedo tragar!» Pero no se atrevía á causa de la *Vie Française*; y trataba, á fuerza de desdenes,

de palabras duras, hacerle comprender que aquello había terminado, que debía terminar.

Procuraba ella, sobre todo, atraerle á fuerza de astucia á la calle de Constantinopla y Du Roy temblaba pensando que un día se encontrarían las dos mujeres frente á frente, en la puerta.

Su afección por la señora de Marelle había aumentado durante el verano. La llamaba su «muchacho» y le gustaba de veras. Sus naturalezas tenían muchos puntos de contacto. Uno y otra eran de la raza aventurera de los vagabundos de la vida, de esos vagabundos de sociedad que se parecen mucho, sin advertirlo, á los gitanos sin casa ni hogar.

Pasaron un verano de amor delicioso, un verano de estudiantes que se divierten, yendo tan pronto á Bougival como á Argenteuil, á Poissy, á Maissons, pasando horas y horas en un bote, cogiendo flores á lo largo de las orillas del río. Gustábanle á ella las fritadas, los guisotes de los tabernuchos, las glorietac de follaje, los gritos de los marineros. A él le gustaba ir con Clotilde en el imperial de un tren de las afueras y atravesar, bromeando y riendo, la fea campiña de París, donde pululan las asquerosas quintas de tenderos y comerciantes.

Y cuando tenía que volver para cenar en casa la señora Walter, aborrecía á la vieja querida, recordando la joven que acababa de abandonar y que había agotado sus deseos y su ardor entre las hierbas de los ribazos.

Creíase casi libre de la «Patrona» á quien había expresado de un modo claro y casi brutal su resolución de romper, cuando recibió en el periódico el telegrama llamándole, á las dos, á la calle de Constantinopla.

Volvía á leerlo, andando: «Es preciso que te vea hoy. Es grave, muy grave. Espérame á las dos en la casa de la calle de Constantinopla. Puedo prestarte un gran servicio. Tu amiga hasta la muerte. —VIRGINIA.»

Pensaba: «¿Qué demonios me querrá esa vieja gaviota? De fijo que no tiene nada que decirme. Me repetirá que me adora. Pero hay que verla. Habla de un gran servicio y quizá es verdad. ¡Y Clotilde que ha de venir á las cuatro! Tendré que despachar á la otra antes de las cuatro. ¡Con tal que no se encuentren! ¡Qué estúpidas son las mujeres!

Pensó que la suya era la sola que no le molestaba. Vivía á su guisa, parecía quererle mucho en las horas destinadas al amor, pues no le gustaba que se alterara el orden habitual de sus ocupaciones.

Iba andando despacio hacia el punto de cita, maldiciendo interiormente á la vieja.

—Ya verá de qué modo la recibo si no tiene nada que decirme. El vocabulario de Cambrone resultará académico comparado con el mío. En primer lugar le digo que no vuelvo á su casa.

Y entró para esperar á la señora Walter.

Llegó casi en seguida, y apenas le hubo visto, exclamó:

—¡Ah! ¿Has recibido mi telegrama? ¡Qué suerte!

El puso cara de perros.

—Lo hallé en el periódico cuando me iba á la Cámara. ¿Qué es lo que me quieres?

Se había levantado el velo y se le acercaba con timidez con aquel aire de los perros que reciben más palos que caricias.

—¡Qué cruel eres para mí!... ¡De qué modo me hablas!... ¿Qué te he hecho? ¡No puedes imaginar cuánto sufro!

—Supongo que no vas á fastidiarme otra vez, gruñó Du Roy.

Estaba junto á él, esperando una sonrisa, un ademán para echarse en sus brazos.

—Para tratarme así—murmuró—no valía la pena de perseguirme; debías haberme dejado continuar honrada y dichosa como antes. ¿Te acuerdas de lo qué me decías en la iglesia y cómo me hiciste entrar á la fuerza en esta casa? ¡Y ahora me hablas y me recibes como á una mendiga! ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Cómo me maltratas!

Du Roy dió una patada y dijo con violencia:

—¡Ea, calla! Basta ya. Cada vez que te veo dices lo mismo. Diríase que te violé á los doce años, cuando eras pura como un ángel. No, querida, no ha habido seducción de menor. Te has entregado á mí voluntariamente. Te doy las gracias, te estoy

reconocido, pero esto no quiere decir que haya de estar cosido toda la vida á tus sayas. Tú tienes marido; yo tengo mujer. No somos libres ni uno ni otro. Hemos tenido un capricho y nada más. Se acabó.

—¡Qué brutal, qué grosero, qué infame eres! No, no era ya una niña; pero no había faltado jamás, no había amado...

Du Roy le cortó la palabra:

—Ya me lo has repetido veinte veces por lo menos. Ya lo sé. Pero tenías dos hijas... me parece que no te desfloré...

—¡Oh, Jorge, esto es indigno!...—exclamó ella retrocediendo.

Y llevando ambas manos al pecho empezó á sollozar desesperadamente.

Cuando Du Roy vió aquel llanto, cogió el sombrero y dijo:

—Me voy. ¿Me has hecho venir para ver tal representación?

Dió ella un paso para atajarle y sacando el pañuelo del bolsillo se lo llevó á los ojos con brusco ademán. Adquirió firmeza su voz por un esfuerzo de voluntad y dijo, interrumpiéndose de cuando en cuando:

—No... he venido para... para darte una noticia... una noticia política... para darte medio de ganar cincuenta mil francos... ó quizás más... si quieres...

Du Roy, amansándose del todo, dijo:

—¿Qué dices? ¿De qué modo?

—Anoche sorprendí por casualidad algunas palabras de mi marido y de Laroche. No se ocultaban de mí; pero Walter recomendó que no te dijeran nada porque serías capaz de revelarlo todo.

Du Roy había dejado el sombrero en una silla y escuchaba con gran atención.

—Entonces ¿qué hay?

—Que se van á apoderar de Marruecos.

—No lo creo. He almorzado con Laroche y no me ha dicho una palabra de ello á pesar de haberme casi dictado las intenciones del ministerio.

—No, querido, no; te han engañado porque no quieren que sepas su combinación.

—Siéntate—dijo Jorge.

Se sentó él en un sillón y ella, cogiendo un taburete, se sentó entre las piernas del joven y añadió con voz cariñosa:

—Como siempre pienso en ti, escucho ahora cuanto dicen.

Y le explicó que desde tiempo atrás pensaba que tramaban algo á sus espaldas, y que se servían de él pero temiéndole.

Y añadió:

– Cuando se ama se vuelve una astuta.

La víspera lo había comprendido todo. Era un negocio, un gran negocio preparado misteriosamente. Sonreía la señora Walter, satisfecha de su astu-

cia, y se exaltaba hablando como mujer de banquero acostumbrada á las maquinaciones de las jugadas de bolsa, á las evoluciones de los valores, á las altas y bajas, que arruinan en dos horas de especulación á millares de tenderos y rentistas, que han colocado sus capitales en empresas garantidas por los nombres de personajes de alto copete, políticos y banqueros.

—Es una jugada soberbia—añadía—es una gran jugada. Walter es quien lo ha hecho todo y hay que confesar que lo entiende.

A Jorge le impacientaban aquellas digresiones.

—Bueno. Veamos de qué se trata.

—Ahí va. La expedición á Tanger estaba decidida desde que Laroche tomó la cartera de Negocios Extranjeros, y poco á poco han acaparado todo el empréstito de Marruecos que estaba á 65. Lo han comprado muy hábilmente por medio de agentes desacreditados, sospechosos, que no pueden inspirar ninguna desconfianza. Han burlado hasta á los Rothschild, que extrañaban tanta demanda de marroquí. Les han contestado nombrando á los intermediarios, gente sin crédito ni dinero. Esto ha tranquilizado á los grandes banqueros. Ahora es cuando va á decidirse la expedición y apenas estemos en Tánger el Estado garantizará la deuda marroquí. Nuestros amigos habrán ganado cincuenta ó sesenta millones. ¿Comprendes ahora la jugada? ¿Comprendes que teman la menor indiscreción?

Había apoyado la cabeza en el chaleco del joven y se estrechaba, se pegaba á él, comprendiendo que le interesaba, dispuesta á todo á cambio de una caricia, de una sonrisa.

Preguntó Du Roy:

—¿Estás segura?

—¡Ya lo creo!

—Si es así son listos de veras. En cuanto á Laroche, ese me la paga... ¡Que se vaya con cuidadito!... Sí, mucho cuidado... Ministro y todo le puedo reventar...

Luego reflexionó y murmuró:

—Hay que aprovechar la noticia.

—Puedes comprar aún papel marroquí. Está á setenta y dos.

—Ya, pero no tengo dinero disponible.

Ella le miró con expresión suplicante.

—¿Sabes lo que pensaba, monín? Que si fueras un buen chico dejarías que yo te prestara.

Du Roy contestó bruscamente, casi con dureza:

—No, eso no.

—Escucha—replicó ella con acento suplicante, —hay una cosa que puedes hacer sin pedir dinero prestado. Yo quería comprar diez mil francos de ese papel para tener algún dinerillo de repuesto. Pues tomo veinte mil y vamos á partir. Ya comprenderás que no voy á reembolsar á Walter, así es que no hay que hacer desembolso alguno. Si la operación sale bien, ganarás setenta mil francos;

si no me deberás diez mil francos que me reembolsarás cuando puedas.

—No—replicó Du Roy,—no me gustan tales combinaciones.

Entonces ella, para decidirle, le expuso mil razones, le probó que en realidad exponía diez mil francos bajo palabra, que corría riesgos, y que quien le adelantaba el dinero no era ella, sino el Banco Walter.

Le demostró, además, que fué él quien había hecho en la *Vie Française* la campaña toda que preparó tal negocio, y que sería muy cándido si no se aprovechaba.

Aun vacilaba. Entonces ella añadió:

—Piensa que en realidad es Walter quien te adelanta tal dinero, y que le has prestado servicios que valen mucho más.

—Bueno, sea. Jugamos á medias. Si perdemos te pagaré mi parte.

Quedó tan contenta que se levantó, y cogiéndole la cabeza con ambas manos, se la besó con avidez.

Al principio no se defendió; pero después, como atreviéndose cada vez más, le colmaba de caricias, pensó que Clotilde llegaría en breve, y que si cedía perdería tiempo y dejaría en brazos de la vieja un ardor que valía más guardar para la joven.

La rechazó suavemente.

—Ea, ea, seamos formales—dijo.

Le miró con tristeza.

—¡Ah, Jorge! ¿Ni siquiera puedo besarte?

—No, hoy no; tengo jaqueca y eso me daña.

Entonces volvió á sentarse entre sus piernas, y preguntó:

—¿Vendrás mañana á comer á casa?

Vaciló un punto, pero no se atrevió á rehusar.

—Sí, con mucho gusto.

—Gracias, alma mía, gracias.

Frotaba lentamente su mejilla con el pecho del joven, con movimiento regular y cariñoso, y uno de sus largos cabellos negros se enredó en un botón del chaleco. Lo notó y se le ocurrió una idea loca, una de esas ideas supersticiosas que muchas veces tienen las mujeres. Arrolló poco á poco ese cabello al botón; después hizo lo mismo con el botón siguiente y con el otro. En cada botón ató un cabello.

Al levantarse se le arrancarían. ¡Qué dicha que él la hiciera daño! Sin saberlo llevaría algo suyo, un ricillo de sus cabellos que nunca le había pedido. Era un lazo con el que pensaba atraérselo, un lazo secreto, un talismán. Sin quererlo pensaría en ella, soñaría en ella y la querría más al día siguiente.

De pronto dijo Du Roy:

—Te he de dejar; me esperan en la Cámara antes que termine la sesión y no puedo faltar.

—¡Ya!—exclamó ella entristecida.

Pero después, resignándose:

—Bueno, vete; pero no faltes mañana á comer.

Y se apartó bruscamente. Sintió en la cabeza un dolor agudo como si la hubieran pinchado con agujas. Latíale el corazón; estaba satisfecha de haber padecido por él.

—¡Adiós!

El la estrechó entre sus brazos con una sonrisa compasiva y la besó friamente los ojos.

Pero ella, enloquecida por aquel contento, repitió: «¡Ya!» Y su mirada suplicante indicaba el cuarto, cuya puerta estaba abierta.

Du Roy se apartó y dijo:

—Me marcho; llegaría tarde.

Entonces ella le ofreció su boca que él tocó apenas, y luego, dándole la sombrilla que se olvidaba, dijo:

—Vamos, vamos, son más de las tres.

Salió antes que él, repitiendo:

—Mañana á las siete.

—No faltaré.

Se separaron, tomando distintas direcciones.

Du Roy llegó hasta el bulevar exterior y luego bajó por el de Malesherbes. Pasando por una confitería vió un montón de castañas heladas y pensó: «Voy á comprar una libra para Clotilde.» Compró un cucurucho de aquellos dulces que tanto gustaban á la joven. A las cuatro estaba en casa esperándola.

Llegó con algún retraso porque su marido había venido á París por unos días.

Clotilde preguntó:

—¿Puedes venir á comer mañana? Se alegrará de verte.

—No, mañana como en casa del director. No puedo faltar.

Habíase quitado el sombrero y se quitaba el corsé que la oprimía.

Du Roy le indicó el saquito que estaba encima la chimenea:

—Te he traído castañas heladas.

Palmoteó de alegría.

—¡Cuánto te quiero!—dijo.

Tomó uno de los dulces, lo comió y añadió mirando á Jorge con sensual alegría:

—¿De modo que halagas todos mis vicios?

Comía lentamente las castañas y miraba á menudo cuántas quedaban.

—Toma, siéntate en el sillón; voy á ponerme entre tus piernas para comer los dulces. Estaré muy bien.

Du Roy sonrió, se sentó y la puso entre sus muslos abiertos como poco antes tuviera á la señora Walter.

Clotilde levantaba la cabeza para mirarle y decía con la boca llena:

—¿No sabes? Soñé contigo. Soñé que hacíamos un largo viaje en un camello. Tenía dos jorobas y

tú ibas en una y yo en otra. Llevábamos sandwichs en un papel y vino en una botella y comíamos por el camino. Pero me aburría porque no podíamos hacer más, pues estábamos lejos uno de otro y yo quería bajar.

Du Roy contestó:

—También yo quiero bajar.

Reía, se divertía oyendo su charla descosida y la incitaba á que continuara explicando tonterías que resultan agradables en boca de una mujer amada. Aquello mismo que le gustaba en Clotilde le exasperaba en la señora Walter.

Clotilde le llamaba también «chiquillo», «querido», «gato mío». Dichas por ella, agradábanle aquellas palabras. Es que éstas tienen el gusto de los labios que las pronuncian.

Pero entre tanto pensaba en el dinero que iba á ganar y bruscamente detuvo, dándole dos papirotazos en la cabeza, la charla de su amiga y le dijo:

—Oye, gatita. Voy á darte una comisión para tu marido. Dile que compre diez mil francos de Deuda marroquí y que dentro tres meses habrá ganado de sesenta á ochenta mil francos. Recomiéndale la mayor discreción. Dile de parte mía que está decidida la expedición á Tánger y que el Estado francés garantizará la Deuda marroquí. No lo digas á nadie más. Es un secreto de Estado.

Clotilde le escuchaba muy seria.

—Te doy gracias, monín. Avisaré á mi marido.

Puedes fiarte de él; es muy callado. No hay peligro.

Pero había comido ya todas las castañas; aplastó el saquito y dijo:

—Vamos á acostarnos.—Y sin levantarse, desabrochó el chaleco de Jorge.

De pronto se detuvo y cogiendo un largo cabello que colgaba de un botón, dijo riendo:

—¡Toma! Te has llevado un cabello de Magdalena. Eres un marido muy fiel.

Luego se puso á inspeccionar el cabello y murmuró:

—No es de Magdalena; es negro.

—Probablemente será de la camarera.

Pero examinaba la joven el chaleco con una atención de polizonte y encontró cabellos en cada botón. Palideció y dijo:

—¡Ah! Te has acostado con una mujer que te ha puesto cabellos en todos los botones.

Du Roy se admiraba balbuceando:

—No, tonta, no creas...

De pronto recordó, comprendió, se turbó, negó con firmeza, pero contento en el fondo de que le creyera afortunado en amores.

Clotilde continuaba encontrando cabellos. Había adivinado con su instinto de mujer y balbuceaba furiosa, airada, pronta á llorar:

—Es una mujer que te ama... ha querido que te llevaras algo de ella... ¡Ah! ¡Qué traidor eres!...

De pronto lanzó un grito, un grito de alegría nerviosa:

—¡Ah! ¡ah! es una vieja... he aquí un cabello blanco... ¡Ah! ¿Te dedicas á las viejas ahora?... ¿Cuánto te pagan, dime, cuánto te pagan? ¿Tan bajo has caído?... Siendo así ya no me necesitas; conserva á la otra.

Se levantó y se puso el corsé en un periquete.

Quería detenerla, avergonzado, y balbuceaba:

—No... Clo... no seas estúpida... no sé qué será... quédate...

Pero la joven repetía:

—No, quédate con la vieja... consérvala... haz que te hagan una sortija con su pelo... con su pelo blanco... Tienes bastante para ello...

Y con ademanes bruscos se había acabado de vestir. Al querer detenerla, le dió un bofetón, y mientras él permanecía aturdido, abrió la puerta y huyó.

Apenas estuvo solo sintió una rabia tremenda contra la estantigua de su vieja querida. ¡Buena la iba á poner á esa!

Se refrescó con agua la mejilla encendida y salió meditando su venganza. Aquella vez no perdonaría, ¡ah, no!

Bajó hasta el bulevar y en una tienda miró un cronómetro que le gustaba desde tiempo atrás y que valía mil ochocientos francos.

De pronto pensó con alegría: «Si gano mis seten-

ta mil francos, me lo compro». Y empezó á pensar en todo lo que haría con setenta mil francos.

Le nombrarían diputado, compraría el reloj, jugaría á la Bolsa... y después... después...

No quería entrar en el periódico prefiriendo ver á Magdalena antes de ver á Walter y de escribir el artículo. Fuese, pues, hacia su casa.

Al llegar á la calle Dronot se detuvo. Habíasele olvidado preguntar por el conde Vaudrec, que vivía en la Chaussée-d'Antín. Retrocedió y fué hacia allí pensando en mil cosas agradables y alegres, en la fortuna próxima y en el asqueroso Laroche y en el vegestorio de la «Patrona». No le inquietaba la cólera de Clotilde porque ya sabía que perdonaba pronto.

Preguntó al portero de la casa de su amigo:

—¿Cómo está el señor de Vaudrec? Me han dicho que estos días estaba delicado.

—El señor conde está muy malo, señor. Dicen que no pasará la noche, pues la gota ha subido al corazón.

Du Roy quedó tan sobrecogido que no sabía qué hacer. ¡Vaudrec moribundo! Ideas confusas surgían en su mente sin atreverse á confesárselas á sí mismo.

Balbuceó:

—Gracias... ya volveré...—sin saber siquiera lo que decía.

Subió á un coche y se hizo llevar á su casa.

Magdalena ya había vuelto. Entró en su cuarto y le dijo sin tardar:

—¿No sabes? Vaudrec está moribundo.

Leía la joven una carta. Levantó los ojos tres veces consecutivas y dijo:

—¿Qué?... ¿Qué dices?... Dices que...

—Te digo que Vaudrec está moribundo de un ataque de gota al corazón.

Y luego añadió:

—¿Qué piensas hacer?

Magdalena se había levantado, lívida, tembrosa; después se echó á llorar desesperadamente ocultando la cara entre las manos. Permanecía en pie, estremecida por los sollozos, aniquilada por su pena.

Pero de pronto dominó su dolor, y enjugándose los ojos, dijo:

—Voy... voy allá... no pases cuidado por mí... no sé á qué hora volveré... no me aguardes.

—Muy bien; vete.

Se estrecharon la mano y marchó, tan aprisa, que se olvidó los guantes.

Jorge, después de comer, escribió el artículo conforme querían los del ministerio, dejando entender que la expedición de Marruecos no se verificaría. Luego lo llevó al periódico, habló unos momentos con el director y se marchó fumando, con el corazón ligero.

Su esposa no había vuelto. Se acostó y se durmió.

Magdalena volvió á media noche. Jorge, bruscamente despertado, se sentó en la cama.

—¿Qué hay?

Nunca la viera tan pálida y conmovida. Murmuró:

—Ha muerto.

—¡Ah! Y... ¿no te ha dicho nada?

—Nada. Al entrar yo ya había perdido el conocimiento.

Jorge reflexionaba. Se le ocurrían preguntas que no se atrevía á formular.

—Acuéstate—dijo.

Se desnudó rápidamente y se deslizó á su lado.

—¿Había parientes en la casa cuando ha muerto?

—Sólo su sobrino.

—¿Le veía á menudo este sobrino?

—Nunca. Hacía más de diez años que no se habían hablado.

—¿Tenía otros parientes?

—No lo creo.

—Entonces... ¿heredará el sobrino?

—No sé.

—¿Era muy rico Vaudrec?

—Sí, mucho.

—¿Sabes, poco más ó menos, lo que tenía?

—No; quizá tenía uno ó dos millones.

No dijo más. Apagó la bujía y permanecieron

tendidos uno al lado de otro, despiertos, silenciosos, pensativos.

Du Roy no sentía sueño. Le parecían ahora muy poca cosa los setenta mil francos de la Deuda de Marruecos. Parecióle que Magdalena lloraba. Quiso saberlo y le preguntó:

—¿Duermes?

—No.

Tenía la voz temblorosa. Du Roy añadió:

—Me he olvidado de decirte que tu ministro nos ha engañado.

—¿Por qué?

El le explicó todos los detalles de la jugada que intentaban Laroche y Walter.

Cuando hubo acabado, Magdalena preguntó:

—¿Cómo has sabido eso?

—Permíteme que no te lo diga. Tú tienes tus informaciones, yo las mías, y las guardo. Pero te respondo de la exactitud de mis noticias.

Entonces ella murmuró:

—Sí... es posible... Ya imaginaba yo que tramaban algo prescindiendo de nosotros.

Pero Jorge, que, decididamente, no tenía sueño, se acercó á su mujer y le besó la oreja.

Ella le rechazó con vivacidad:

—Te ruego que me dejes en paz; no tengo ganas de juegos.

Du Roy dió media vuelta, resignado, y, cerrando los ojos, acabó por dormirse.

VI

El templo estaba enlutado, y en la puerta, un gran escudo con una corona encima, anunciaba que enterraban á un hidalgo.

La ceremonia acababa, los concurrentes se marchaban lentamente, desfilando ante el féretro y por delante del sobrino del conde de Vaudrec, que estrechaba las manos y devolvía los saludos.

Cuando Jorge Du Roy y su esposa hubieron salido, se dirigieron á su casa. Estaban preocupados; callaban.

Por fin, Jorge, como hablándose á sí mismo, dijo:

—Es muy raro.

Magdalena preguntó:

—¿Qué, amigo mío?

—Que Vaudrec no nos haya dejado nada.

La joven se ruborizó y dijo:

—¿Y á cuenta de qué debía dejarnos algo? ¿Había alguna razón para ello?

Luego, después de un instante de silencio, añadió:

—Quizá hay algún testamento. Aun no es tiempo de saber nada cierto.

Reflexionó Du Roy y luego dijo:

—Sí, es probable, pues era nuestro mejor amigo. Comía dos veces por semana en casa; te quería como un padre y no tenía familia; únicamente un sobrino segundo. Sí, debe haber un testamento. Con bien poco hubiera cumplido, con tal que se viera que reconocía nuestro cariño. Bien nos debía una prenda de amistad.

Magdalena replicó con expresión pensativa é indiferente:

—Sí, es posible que exista un testamento.

Al entrar en su casa el criado presentó una carta á Magdalena. Esta la abrió y luego la alargó á su marido.

Notaría del señor LAMANEUR
17, calle de los Vosgos.

«Señora:

»Tengo el honor de rogarle que se sirva pasar por mi despacho de dos á cuatro, el martes, miércoles ó jueves, para un asunto que le concierne.

Reciba usted, etc...

LAMANEUR.»

Jorge se ruborizó á su vez.

—¡Ahí está lo que decíamos! — exclamó. — Lo raro es que te llamen á ti y no á mí, que soy el jefe de la familia.

Magdalena no contestó de pronto; pero al cabo de un rato, dijo:

—¿Quieres que vayamos de aquí á un rato?

—Con mucho gusto.

Y allá fueron apenas almorzaron.

Cuando llegaron á casa el notario, el primer pasante se levantó con gran obsequiosidad y les hizo pasar al despacho del notario.

Este era un hombrecillo que parecía una bola. Su cabeza semejaba á una bola pegada á otra mayor y sostenida por las piernas tan cortas y tan gruesas, que parecían dos bolas más.

Saludó, indicó que se sentaran y luego, dirigiéndose á Magdalena, dijo:

—Señora; la he llamado para darle á conocer el testamento del conde de Vaudrec; que le concierne.

Jorge no pudo por menos de decir:

—Me lo pensaba.

El notario continuó:

—Voy á comunicarle este documento, que es bien corto por cierto.

Cogió un papel de una carpeta, y leyó:

«Yo, el infrascrito Pablo-Emilio-Cipriano-Gontramo, conde de Vaudrec, estando sano de cuerpo y espíritu, expreso aquí mis últimas voluntades.

»Pudiendo llevarnos la muerte á todo instante, quiero tomar la precaución de escribir mi testamento que quedará depositado en el estudio del señor Lamaneur.

»No teniendo herederos directos, lego toda mi fortuna compuesta de acciones de Sociedades Anónimas por valor de seiscientos mil francos y de propiedades inmuebles por valor de quinientos mil francos á la señora Clara-Magdalena Du Roy, sin ninguna carga ni condición. Le ruego que acepte este dón de un amigo difunto como prueba de una afección verdadera, profunda y respetuosa.»

El notario añadió:

—Esto es todo. Este documento lleva la fecha de agosto último y ha reemplazado á otro documento de igual naturaleza hecho hace dos años, en nombre de la señora Clara-Magdalena Forestier. Tengo en mi poder ese primer testamento que en caso de duda probaría que no ha variado en lo más mínimo la voluntad del testador.

Magdalena, muy pálida, miraba al suelo. Jorge, nervioso, se retorcía el bigote.

El notario repuso, después de un instante de silencio:

—Por de contado, caballero, que la señora no puede aceptar este legado sin consentimiento de usted.

Du Roy se levantó, y dijo en tono seco:

—Permítame que me tome tiempo para reflexionar.

El notario, que sonreía, dijo con amabilidad:

—Comprendo el escrúpulo que le hace dudar, caballero. Debo añadir que el sobrino del conde de Vaudrec que ha sabido hoy las disposiciones testamentarias de su tío se declara dispuesto á respetarlas mediante la suma de cien mil francos. A juicio mío el testamento es inatacable; pero un litigio armaría ruido, lo cual siempre es desagradable, pues ya saben ustedes que el mundo juzga á veces con malicia. De todos modos, ¿podrá usted darme á conocer sus intenciones antes del sábado?

Jorge se inclinó.

—Sí, caballero.

Luego saludó con ceremonia, hizo salir á su esposa, que permanecía muda, y salió con un aspecto tan rudo que el notario no sonrió.

Apenas hubieron entrado en su casa, Du Roy cerró bruscamente la puerta y tirando el sombrero sobre la cama, preguntó:

—¿Has sido la querida de Vaudrec?

Magdalena, que se quitaba el velo del sombrero, se volvió estremeciéndose.

—¿Yo? ¡Ah!

—Tú, sí. No se deja toda su fortuna á una mujer sin haber...

Ella temblaba sin acertar á quitar los alfileres que sostenían el velo.

—Veamos... veamos... estás loco... tú... tú eres... ¿Acaso tú mismo... no esperabas hace poco... que te dejara algo?

Jorge estaba en pie cerca de ella examinando sus menores emociones, como un magistrado que trata de espiar á un acusado. Y dijo, marcando cada palabra:

—Sí... podía dejarme algo... á mí... su amigo... tu marido... ¿oyes?... pero no á ti... á su amiga... á mi mujer. La diferencia es capital, esencial desde el punto de las conveniencias y de la opinión pública.

Magdalena le miraba fijamente á su vez de un modo profundo y singular, como si en sus ojos intentara leer algo, descubrir esos secretos que á nadie se confían en el mundo y que apenas se puede entrever por descuido. Después de un momento de silencio, articuló despacio:

—Me parece, sin embargo, que sí... que también se extrañará un legado de tal importancia, hecho á ti.

—¿Por qué?—preguntó bruscamente Du Roy.

—Porque sí...

Vacilaba, y al fin añadió:

—Porque eres mi marido... y no le conocías apenas... porque yo soy su amiga desde hace años, y su primer testamento hecho en vida de Forestier, era ya en favor mío...

Jorge andaba por la habitación. De pronto declaró:

—No puedes aceptar eso.

Magdalena contestó con indiferencia:

—Bien; pero no vale la pena de esperar el sábado y podemos avisar hoy mismo al notario.

Du Roy se detuvo ante ella y de nuevo se miraron fijamente, tratando de sondear lo más profundo de sus pensamientos. Trataban de ver desnudas sus respectivas conciencias; lucha íntima de dos seres que, viviendo uno al lado de otro, se ignoran siempre, desconfían uno de otro, se huelen, se acechan; pero que no llegan á conocerse hasta lo más recóndito del alma.

De súbito, en voz baja, le lanzó Du Roy estas palabras:

—Ea, confiesa que has sido la querida de Vaudrec.

Magdalena se encogió de hombros.

—Eres estúpido... Vaudrec me quería mucho, mucho... pero nada más... nunca.

Du Roy dió una patada.

—Mientes. No es posible.

Ella replicó tranquilamente:

—Pues así es, mal que te pese.

Volvió á pasearse y luego preguntó:

—Explícame, pues, por qué te deja toda su fortuna á ti...

Magdalena contestó:

—Muy sencillo. Como decías antes, no tenía otros amigos que nosotros, ó mejor, que yo, pues me conoció de niña. Mi madre era señora de compañía de unas parientas suyas. Venía de continuo aquí y como no tenía herederos directos, ha pensado en mí. Que me haya querido algo es posible. ¿Qué mujer no ha sido querida de tal modo? Que esta ternura oculta, secreta, haya puesto mi nombre en los puntos de su pluma cuando quiso hacer testamento ¿por qué no? Cada lunes me traía flores. Supongo que no te extrañaba que no te las diera á ti. Hoy me lega su fortuna por igual razón y porque no tiene nadie á quien ofrecerla. Creo que sería muy raro que te la dejara á ti. ¿Por qué? ¿Qué gran afección te tenía?

Hablaba con tanta calma y naturalidad, que Jorge dudaba.

Y contestó:

—De todas maneras no podemos aceptar ese legado en tales condiciones. Haría un efecto deplorable. Todos creerían lo que te he dicho y se reirían de mí. Mis camaradas están harto dispuestos á atacarme. Debo cuidar mucho de mi honor. Me es imposible permitir que mi esposa acepte un legado de tal naturaleza, de parte de un hombre que de público se ha dicho que era su amante. Forestier quizá hubiese tolerado eso; yo, no.

—Bueno, amigo mío,—replicó ella con suavidad,

—no aceptemos. Perderemos un millón y nada más.

Continuaba andando y se puso á pensar en voz alta, hablando para su mujer, pero sin dirigirse á ella.

—Sí... un millón... tanto peor... No comprendió al testar que cometía una falta de tacto, que despreciaba las apariencias... No pensó en qué posición falsa y ridícula iba á dejarme... En este mundo todo es cuestión de matices... Con haberme dejado la mitad de su fortuna, todo estaba arreglado.

Se sentó, cruzó las piernas y se puso á retorcer el bigote, operación á que se entregaba cuando sentía inquietud ó reflexionaba.

Magdalena tomó una labor y dijo escogiendo lanas:

—A mí me toca callar; reflexiona tú.

Tardó mucho en contestar; pero por fin, dijo vacilando:

—La gente no comprenderá jamás que Vaudrec te haya hecho su heredera y que yo lo haya tolerado. Recibir una fortuna de esa manera sería confesar... confesar por tu parte unas relaciones culpables y por la mía una complacencia infame... ¿Comprendes cómo se interpretaría nuestra aceptación? Sería preciso encontrar una excusa, un medio de paliar la cosa. Lo mejor sería dejar creer que ha repartido su fortuna entre nosotros dos.

—No veo el sistema de conseguirlo, el testamento está muy claro.

—Muy sencillo. Podrías entregarme la mitad de la herencia por medio de una donación entre vivos. Como no tenemos hijos, es posible. De esa manera nadie podría murmurar.

Magdalena replicó con alguna impaciencia:

—No veo como lo haríamos. El testamento está firmado por Vaudrec y me deja toda la fortuna.

—Y ¿qué necesidad tenemos de enseñar el tal testamento? Eres tonta... Con decir que el conde de Vaudrec ha repartido su fortuna entre nosotros dos, estamos al cabo de la calle. No puedes aceptar ese legado sin mi autorización. Te la doy á condición de un reparto que me prive de ser el hazme reir del mundo.

La joven le miró con fijeza.

—Como quieras. Estoy dispuesta.

Entonces Jorge se levantó y volvió á andar. Parecía vacilar y evitaba las miradas penetrantes de su esposa. Decía:

—No... quizá vale más renunciar á ello... será lo más digno... lo más honroso... Así nadie podría sospechar nada. Los más meticulosos deberían morderse la lengua.

Se detuvo ante Magdalena y dijo:

—Si te parece, vuelvo á casa el notario y le explico mis escrúpulos y que hemos decidido hacer un reparto, por conveniencia, para que no murmu-

rên. Desde el momento en que acepto yo la mitad de esa herencia nadie tiene derecho á sonreir. Equivale á decir altamente: «Mi esposa acepta porque acepto yo, su marido, que sé lo que puede hacer sin comprometerse.» De otro modo se armaría un escándalo.

Magdalena contestó:

—Como quieras.

Du Roy quiso explicarse más:

—Así, con el reparto, resulta claro como el agua. Heredamos de un amigo que no ha querido establecer diferencia alguna entre nosotros dos, que no ha querido que pueda creerse que después de su muerte ha preferido á uno ó á otro como en vida. Es natural que amara más á la mujer, pero repartiendo su fortuna, demuestra que su preferencia era puramente platónica. Cree que si lo hubiera pensado mejor, eso hiciera. No ha reflexionado, no previó las consecuencias. Como decías hace poco, á ti era á quien ofrecía flores cada semana y para ti ha sido su último recuerdo sin tener en cuenta que...

Magdalena le atajó con leve irritación en la voz.

—Bueno. Estamos conformes. No hay necesidad de tantas explicaciones. Ve en seguida á casa del notario.

—Tienes razón, allá voy—dijo ruborizándose.

Tomó el sombrero, y en el instante de partir, exclamó:

—Voy á procurar que el sobrino pase por cincuenta mil.

—No—contestó la joven con altivez.—Dale los cien mil francos que pide, y tómalos, si quieres, de mi parte.

Du Roy murmuró algo avergonzado:

—No, partiremos. Dándole cien mil, aun nos queda un millón cabal.

Y añadió:

—Hasta luego, Magda.

Se fué á explicar al notario su combinación, que achacó á su esposa.

Al día siguiente firmaron una donación entre vivos, por la cual Magdalena abandonaba quinientos mil francos á su marido.

Luego, al salir del despacho, como hacía buen tiempo, Du Roy propuso bajar á pie hasta los bulevares. Se mostraba complaciente, cuidadoso con Magdalena. Esta parecía pensativa y algo severa; aquél dichoso y alegre.

Era un día de otoño algo frío. La multitud parecía atareada y andaba á paso rápido. Du Roy llevó á su esposa al escaparate de la tienda donde había aquel cronómetro tan deseado.

—¿Quieres que te compre una alhaja?

—Como quieras—replicó con indiferencia la joven.

—¿Qué prefieres, un collar, un brazalete ó unos pendientes?

La vista de aquellos objetos de oro y pedrería, fundió aquella indiferencia de encargo, y miró con ojos encandilados todas aquellas joyas.

De pronto, movida de un deseo:

—He ahí un bonito brazalete.

Era una cadena de forma rara, de la que cada eslabón tenía una piedra distinta.

Jorge preguntó:

—¿Cuánto vale este brazalete?

—Tres mil francos, caballero.

—Si lo deja usted en dos mil quinientos, trato hecho.

El joyero dudó un momento, y respondió:

—No, es imposible.

Du Roy añadió:

—Mire, añada este cronómetro por mil quinientos francos. En total hacen cuatro mil. Si acepta, pago al contado; si no voy á otra parte.

El joyero acabó por aceptar.

—Conformes, caballero.

El periodista, después de dar su dirección, añadió:

—Haga usted grabar en el cronómetro mis iniciales J. R. C. en letras enlazadas, debajo de una corona de barón.

Magdalena, sorprendida, sonrió. Cuando salieron tomó su brazo con cierta ternura. Le parecía diestro y fuerte. Ahora que tenía rentas, quería un título. Nada más justo.

—El jueves estará todo listo, señor barón—dijo el joyero.

Pasaron por el Vaudeville. Estrenaban una pieza.

—Si quieres, esta noche iremos al teatro; veamos si hay palcos.

Hallaron uno. Du Roy propuso:

—¿Comamos en el restaurant?

—Sí, con mucho gusto.

—¿Y si fuéramos á buscar á la señora de Marelle para pasar juntos la noche? Su marido creo que ha llegado; me gustaría saludarle.

Fueron. Jorge, que temía algo el primer encuentro con su querida, estaba encantado de tenerlo ante su mujer, para evitar explicaciones.

Pero Clotilde no pareció acordarse de nada y obligó á su marido á aceptar la invitación.

La comida fué alegre y la velada encantadora.

Jorge y Magdalena volvieron tarde á casa. El gas estaba apagado. El periodista encendía fósforos para alumbrar.

Cuando llegaron al rellano del primero, la llama súbita hizo surgir del espejo sus dos rostros iluminados entre las tinieblas de la escalera.

Parecían fantasmas prestos á desaparecer, á evaporarse.

Du Roy levantó la mano para alumbrar del todo sus imágenes y dijo con risa de triunfo:

—He aquí unos millonarios que pasan.

VII

Hacía dos meses que se había realizado la conquista de Marruecos. Francia, dueña de Tánger, poseía toda la costa del Mediterráneo hasta la regencia de Trípoli y había garantizado la deuda del nuevo país anexionado.

Se decía que con ello dos ministros ganaban unos veinte millones y se citaba casi en voz alta á Laroche-Mathieu.

En cuanto á Walter nadie ignoraba que había hecho una doble jugada y ganado treinta ó cuarenta millones con el empréstito y ocho ó diez con las minas de cobre y hierro, además de la ganancia que le proporcionó la compra de inmensos terrenos comprados baratísimos antes de la ocupación y revendidos luego á compañías colonizadoras.

En pocos días se había convertido en uno de los dueños del mundo, en uno de esos banqueros más

fuertes que los reyes, que hacen inclinar las cabezas y aparecer cuanto de bajo y vil guarda el corazón humano.

Ya no era el judío Walter, dueño de una casa de banca poco recomendable, director de un periódico sospechoso, diputado agiotista, sino el señor Walter, el rico israelita. Quiso demostrarlo.

Sabiendo los apuros del príncipe de Carlsbourg, que poseía uno de los mejores palacios de la calle del arrabal San Honorato, con jardín que daba á los Campos Elíseos, propúsole comprarle en veinticuatro horas el inmueble, con todos los muebles y cuadros. Le ofrecía tres millones. El príncipe aceptó.

Al día siguiente Walter se instalaba en su nuevo domicilio.

Entonces se le ocurrió otra idea, una verdadera idea de conquistador que quiere apoderarse de París, una idea á lo Bonaparte.

Por aquellos días toda la ciudad admiraba un cuadro del pintor húngaro Karl Marcowitch, expuesto en casa Lenoble, y que representaba á Jesucristo andando sobre las olas.

Los críticos de arte, entusiasmados, declaraban que aquel cuadro era la obra maestra del siglo.

Walter lo compró por quinientos mil francos y se apoderó de él, cortando de esta manera la corriente de curiosidad que había despertado el cuadro, y conseguía hacer hablar de él.

Luego hizo anunciar por los periódicos que invitaría á todos los parisienses de nota á contemplar, en su casa, una noche, la obra magistral del húngaro, para que no pudiera decirse que había secuestrado el lienzo.

Tendría la casa abierta y acudiría quien quisiera con sólo enseñar la tarjeta de invitación.

Decía así: «Los señores Walter le ruegan les dispense el honor de ir á ver en su casa, el treinta de diciembre, de las nueve á las doce de la noche, el cuadro de Marcowitch «Jesús andando sobre las olas» iluminado por luz eléctrica.»

Luego, á guisa de nota, en caracteres diminutos se leía: «Se bailará pasadas las doce.»

Los que se quisieran quedar se quedarían y entre ellos escogería Walter sus relaciones futuras.

Los otros mirarían el lienzo, el palacio y sus propietarios con fría indiferencia insolente y se irían. Pero el tío Walter sabía que volverían, como iban á todas las casas de sus hermanos israelitas que se habían hecho ricos como él.

Era preciso ante todo que fueran á su casa los nobles arruinados que citan todos los periódicos, y de fijo que irían para ver la facha del hombre que ha ganado cincuenta millones en seis semanas; irían para contar y ver á los otros que acudieran; y porqué había tenido el tacto de invitarles á ver un cuadro cristiano, siendo él israelita.

Parecía decirles que había pagado quinientos mil

francos por la obra maestra religiosa de Marcowitch y que aquel cuadro permaneceria en la casa del judío, para poder contemplarlo.

En los círculos aristocráticos se había discutido tal invitación que, en suma, á nada comprometía.

Se iría como se va á ver acuarelas en el almacén de Petit. Si los Walter poseían una joya de arte y dejaban que todos la admiraran, estaba muy bien.

La *Vie Française* traía cada día un suelto sobre esa fiesta del treinta de diciembre y procuraba despertar la curiosidad pública.

A Du Roy le escocía la victoria del director.

Se había creído rico con los quinientos mil francos que birló á su esposa y ahora se juzgaba pobre, espantosamente pobre comparando su menguada fortuna con la lluvia de millones que había caído junto á él, sin que hubiera sabido aprovecharla.

Su cólera de envidioso aumentaba de día en día. Sentíala contra los Walter á cuya casa no había vuelto, contra su mujer que, engañada por Laroche, le había aconsejado que no comprara marroquí, y contra el ministro que se había servido de él, le había burlado y comía dos veces por semana en su mesa. Jorge le servía de secretario, de agente, de escribiente y cuando escribía lo que le dictaba, dábanle ganas de estrangular á aquel guapetón triunfante. Como ministro no brillaba mucho Laroche, y para guardar la cartera no dejaba adivinar que estaba forrado de oro. Pero Du Roy sentía aquel

oro en el acento más altanero del abogadillo, en su ademán más insolente, en sus afirmaciones más categóricas, en la confianza que demostraba en sí mismo.

Laroche reinaba en casa Du Roy, ocupando e lugar del conde de Vaudrec, hablando á los criados como pudiera hacerlo un segundo amo.

Jorge lo toleraba estremeciéndose de rabia, como un perro que quiere morder y no se atreve. Pero á veces se mostraba brutal con su esposa, la cual se encogía de hombros y le trataba de muchacho torpe. No comprendía su continuo malhumor y repetía: —No te entiendo. Te quejas siempre y tu posición no puede, sin embargo, ser mejor.

El le volvía la espalda y no le contestaba.

Había declarado al principio que no iría á la fiesta de Walter y que no volvería á poner los pies en casa del asqueroso judío.

Hacía dos meses que la señora Walter le escribía una carta cada día suplicándole que fuera á verla, que le diera una cita donde quisiera á fin de darle los setenta mil francos que había ganado para él.

Du Roy no contestaba ni leía aquellas cartas desesperadas. No es que renunciara á cobrar aquel dinero; sino que quería mostrarse altivo, humillar á aquella mujer, pisotearla. ¡Era demasiado rica!

El día de la exposición del cuadro, Magdalena le aconsejaba que fuera. Du Roy replicó:

—Déjame en paz. No me muevo de casa.

Pero después de comer dijo de pronto:

—Bueno, no habrá más remedio que ir. Vístete pronto.

Ya lo esperaba aquello Magdalena.

—Dentro de un cuarto de hora estoy lista.

El se vistió gruñendo y todavía estaba malhumorado al bajar del coche.

El palacio de Carlsbourg estaba iluminado por cuatro globos eléctricos que parecían cuatro lunas azuladas.

Una alfombra magnífica cubría los escalones y en cada uno de ellos había un criado con librea, tieso como una estatua.

Du Roy murmuró:

—¡Vaya un lujo!—y se encogió de hombros roído por la envidia.

Su esposa le dijo:

—Calla é imita.

Entraron y entregaron los abrigos á los lacayos. Muchas señoras se quitaban también los abrigos. Se oía decir:

—¡Muy bonito, muy bonito!

El vestíbulo, muy amplio, estaba cubierto de tapices que representaban la aventura de Marte y Venus. Arrancaba de allí una doble escalinata monumental. La barandilla era una preciosidad de hierro forjado, cuyo dorado antiguo fulguraba débilmente en los escalones de mármol rojo.

A la entrada de los salones dos niñas disfrazadas

de Locura, una con traje rosa y azul la otra, ofrecían ramos á las señoras. Aquello parecía una idea feliz.

Había ya mucha gente en los salones.

La mayoría de las señoras llevaban vestido de calle, para indicar sin duda que acudían allí como á una exposición cualquiera. Las que querían aguardar el baile iban descotadas.

La señora Walter, rodeada de amigas, estaba de pie en el segundo salón y contestaba á los saludos de los visitantes. Muchos no la conocían y se paseaban por allí como por un museo, sin cuidarse para nada de los dueños de la casa.

Cuando vió á Du Roy se puso lívida é hizo un movimiento para ir hacia él, pero se contuvo. El la saludó con seriedad y Magdalena con mucho mimo. Entonces Jorge dejó á su esposa y se perdió entre la multitud para escuchar las cuchufletas que no dejarían de lanzarse.

Había cinco salones seguidos, tapizados de telas preciosas, de bordados italianos ó de tapices de Oriente, con cuadros de antiguos maestros. Llamaba la atención una salita Luis XVI, tapizada de seda con ramilletes rosa sobre fondo azul. Los muebles bajos, de madera dorada y cubiertos de tela parecida á la de las paredes, eran una maravilla de finura.

Jorge reconoció á una [illegible]ción de celebridades: la duquesa de Terracine, el conde y la condesa de Ra-

venel, el general príncipe de Audremont, la linda marquesa de Dunes, y todos aquellos y aquellas que se ve en las primeras representaciones.

Le cogieron por un brazo y una voz juvenil y contenta le dijo al oído:

—¡Ah! ¿Por fin se le ve, pícaro Buen-Mozo? ¿Por qué no viene nunca?

Era Susana Walter, que le miraba con sus ojos de fino esmalte bajo una nube rizada de pelo rubio.

Se alegró de verla y le estrechó francamente la mano. Luego dijo, excusándose:

—No he podido; hace dos meses que no me he movido de casa apenas.

—Pues eso no está bien—repuso la niña.—Nos causa usted mucha pena, pues mi mamá y yo le adoramos. Yo no sé pasar un día sin verle. Ya ve que se lo digo á la cara, á fin de que no tenga usted derecho á desaparecer otra vez. Deme el brazo. Yo misma le voy á enseñar «Jesús andando sobre las olas.» Está en el fondo de la estufa. Papá lo ha puesto allí para que se tenga que pasar por todos los salones. A mi padre parece que le ha dado ahora por la vanidad.

Iban despacio entre la gente.

Algunos se volvían para mirar á aquel chico guapo y aquella lindísima muñeca.

Jorge pensaba:

—Si fuera listo de veras me hubiera casado con ésta; no era cosa imposible. ¿Cómo no se me ocu-

rrió? ¿Cómo me he dejado pescar por la otra? ¡Qué locura! Siempre se obra demasiado aprisa.

La envidia, la envidia amarga le caía en el alma gota á gota, como una hiel que corrompiera todas sus dichas y le hiciera odiosa la vida.

Susana decía:

—Venga usted á menudo ahora, Buen-Mozo. Papá es muy rico y haremos verdaderas locuras para divertirnos.

—¡Bah!—contestó siguiendo su idea;—ahora va usted á casarse con algún príncipe, algo arruinado, y ya no nos veremos.

—No,— contestó con franqueza — todavía no. Quiero casarme con uno que me guste, que me guste mucho. Soy bastante rica para dos.

El sonreía con altivez y le nombraba las personas que pasaban, gentes nobles que habían vendido sus títulos mohosos á hijas de banqueros como ella, y que vivían ahora alejados de sus esposas, pero libres, impudentes, respetados.

Y terminó así:

—Apuesto á que antes de seis meses será usted la señora marquesa, ó la señora duquesa, ó la señora princesa, y me mirará usted por encima del hombro, señorita.

Ella se indignaba, le daba golpecitos en el brazo con el abanico y afirmaba que sólo se casaría por amor.

—Ya lo veremos; es usted harto rica.

—Usted también ha heredado.

—Valiente herencia. Apenas veinte mil libras de renta. No es mucho que digamos.

—Pero su señora ha heredado también.

—Sí. Un millón entre los dos. Cuarenta mil de renta. No hay ni para coche.

Llegaban al último salón, y ante ellos se abría la estufa, gran jardín de invierno con árboles de los países tropicales, que abrigaban multitud de plantas raras. Entrando en aquella umbría se respiraba olor á tierra húmeda y perfumes distintos. La luz caía del techo como una lluvia de plata. Era una sensación extraña, suave, insana, artificial, enervante. Se andaba sobre alfombras que parecían musgo. De pronto Du Roy advirtió á la izquierda, bajo una ancha bóveda de palmeras, una gran taza de mármol blanco, que llenaban con los chorros de agua que caían de sus picos, cuatro cisnes de porcelana de Delft.

El fondo de la taza estaba cubierto de polvo de oro, y se veían en el agua enormes peces rojos, raros monstruos chinos de ojos saltones, de escamas ribeteadas de azul, mandarines del agua que recordaban, suspendidos sobre aquel fondo de oro, los raros bordados del Celeste Imperio.

El periodista se detuvo con el corazón palpitante. Pensaba: «Esto, esto es lujo; he aquí las casas que hay que habitar. Otros las consiguen. ¿Por qué yo

no?» Pensaba en los medios, no los veía y se irritaba contra su impotencia.

Su compañera callaba, pensativa. La miró de soslayo y pensó: «Con haberme casado con esta muñeca estaba hecho el milagro.»

Pero Susana pareció despertar de pronto.

—Atención—dijo.

Empujó á Jorge á través de un grupo que les barría el camino y le empujó luego hacia la derecha.

En el centro de un bosquecillo de plantas raras que extendían sus hojas temblorosas abiertas como manos de afilados dedos, se veía á un hombre inmóvil de pie sobre el mar.

El efecto era sorprendente. El cuadro, cuyos lados estaban ocultos por las plantas, parecía un agujero negro en una perspectiva fantástica.

Era preciso mirar con atención para comprender. El cuadro cortaba la mitad de la barca donde se hallaban los apóstoles apenas iluminados por los rayos oblicuos de una linterna, de la cual, uno de ellos, sentado en la borda, proyectaba toda la luz sobre Jesús que se acercaba.

Jesucristo ponía el pie sobre una ola que, sumisa, se aplanaba acariciadora bajo el paso divino que la oprimía. Todo era sombrío alrededor del Hombre Dios. Sólo las estrellas brillaban en el cielo.

Las caras de los apóstoles, á la luz escasa de la linterna, parecían contraídas por una gran sorpresa.

Era una obra poderosa é inesperada de un maestro, una de esas obras que hacen soñar durante años.

Los que la miraban quedaban silenciosos de pronto, se iban pensativos y sólo hablaban mucho más tarde del mérito de la pintura.

Du Roy, después de haberla mirado un rato, exclamó:

—Es una gran cosa poder comprar cuadros así.

Después se fué guardando bajo el brazo la manecita de Susana.

Esta le preguntó:

—¿Quiere un vaso de champagne? Vamos al buffet. Allí estará papá.

Volvieron á recorrer los salones donde cada vez había más gente, una multitud elegante de fiesta pública.

Jorge creyó oir que alguien decía:

—Es Laroche y la señora Du Roy.

Aquellas palabras rozaron su oído como esos ruidos lejanos que trae el viento. ¿De dónde venían?

Buscó y miró. Efectivamente, su esposa pasaba dando el brazo al ministro. Hablaban en voz baja, de un modo íntimo, mirándose.

Creyó que alguien cuchicheaba mirándoles y sintió un deseo brutal de lanzarse sobre ellos y aplastarles á puñetazos.

Su mujer le ponía en ridículo. Pensó en Fores-

tier. Quizá decían: «Ese cornudo de Du Roy.» ¿Quién era ella? Una intrigante, lista en verdad; pero sin gran talento. Si iba la gente á su casa era porque le temían, porque le creían fuerte; pero debían burlarse de ese matrimonio de periodistas. Nunca iría lejos con tal mujer que no daba prestigio á su casa, que se comprometía de continuo, que tenía andares de aventurera. En lo sucesivo sería como un grillete que le impidiera andar. ¡Ah! ¡Si hubiera sabido, si hubiera previsto! ¡Cuán distinto fuera su plan! ¡Qué gran partida hubiera podido ganar con Susanita como puesta! ¿Cómo fué bastante ciego para no verlo?

Llegaron al comedor, una inmensa sala con columnas de mármol y con tapices antiguos de los Gobelinos.

Walter vió á su cronista y se adelantó para estrecharle las manos. Estaba loco de alegría:

—¿Lo ha visto usted todo? ¿No has olvidado nada, Susana? ¡Cuánta gente! ¿verdad, Buen Mozo? ¿Ha visto usted al príncipe Guerche? Hace un momento ha venido á beber un vaso de ponche.

Luego se lanzó hacia el senador Rissolín y llevaba del brazo á su mujer que parecía una tienda de adornos.

Un caballero, alto y delgado, saludaba á Susana. Llevaba patillas rubias, era algo calvo; pero elegante. Jorge oyó que le llamaban el marqués de Cazolles y sintió celos de aquel hombre. ¿Desde

cuándo le conocía Susana? Sin duda desde que era tan rica. Adivinaba un pretendiente.

Le tomaron el brazo. Era Norbert de Varenne. El viejo poeta paseaba sus cabellos grasientos y su frac deslucido, con expresión indiferente y cansada.

—He aquí lo que se llama divertirse—dijo.—Pronto se bailará; después, á la cama; y las niñas estarán contentas. Beba usted champagne, es excelente.

Se hizo llenar una copa y, saludando á Du Roy, que había tomado otra, dijo:

—Bebo al desquite de la inteligencia sobre los millones.

Y añadió con acento suave:

—No es que los envidie; protesto por principio.

Jorge no le escuchaba. Buscaba á Susana que había salido con el marqués de Cazolles. Dejando entonces bruscamente á Varenne, se lanzó en persecución de la joven.

Le detuvo un grupo que iba á refrescar. Y después topó de manos á boca con la señora de Marelle.

Continuaba viendo á ésta; pero no á su marido, que le estrechó con efusión la mano, y le dijo:

—Le doy á usted las gracias por el consejo que dió por mediación de Clotilde. He ganado cerca de cien mil francos con la Deuda marroquí. A usted se los debo. Es usted un buen amigo.

Los hombres se volvían para mirar aquella morenita elegante y linda. Du Roy respondió:

—A cambio de ese servicio, permítame que tome el brazo de su esposa. Hay que separar á toda costa las parejas matrimoniales.

El señor de Marelle se inclinó.

—Muy bien. Si no nos vemos, dentro de una hora nos encontraremos aquí.

—Perfectamente.

Los dos jóvenes se perdieron entre la multitud. Clotilde decía:

—¡Qué ganga es saber ser comerciante y entender los negocios! ¡Qué suerte tienen esos Walter!

—¡Bah!—replicó Jorge;—los hombres fuertes llegan siempre por un medio ú otro.

—He ahí dos muchachas que tendrán veinte ó treinta millones de dote cada una. Y Susana es linda además.

Du Roy no contestó. Su propio pensamiento, formulado por otros labios, le irritaba.

Clotilde no había visto aún «Jesús andando sobre las olas.» Se propuso llevarla allí.

Mientras iban, se entretenían en burlarse de las fachas de los que veían. Saint-Potin pasó junto á ellos ostentando gran número de condecoraciones, lo cual les divirtió mucho. Un ex-embajador que pasó detrás de él, llevaba muchas menos.

Du Roy dijo:

—¡Qué revoltijo!

Boisrenard, que le estrechó la mano, había adornado también su ojal con la cinta amarilla y verde que lució el día del duelo.

La vizcondesa de Percemur, rechoncha y emperifollada, hablaba con un duque esmirriado en la salita Luis XVI.

Jorge murmuró:

—Una conversación galante.

Detrás de un grupo de arbustos, casi ocultos, vió á su mujer y Laroche. Parecían decir: «Nos hemos dado una cita aquí, una cita pública, porque nos burlamos de la opinión.»

La señora de Marelle reconoció que aquel Jesús de Marcowitch era admirable, y volvieron ambos en busca del marido.

Du Roy preguntó:

—¿Y Laurita está aún enfadada?

—Sí, como siempre; no quiere verte y desaparece cuando le hablan de ti.

Jorge no contestó. La enemistad de aquella niña le apenaba.

Susana les salió al encuentro detrás de una puerta, diciendo:

—¡Ah! ¿Está usted aquí? Ea, Buen-Mozo, va usted á quedarse solo. Me llevo á la bella Clotilde para enseñarle mi habitación.

Y ambas mujeres se alejaron deslizándose á través de la multitud con aquel movimiento ondulante,

de culebra, que saben tomar cuando están entre una muchedumbre.

Casi en seguida, una voz murmuró:

—¡Jorge!

Era la señora Walter. Añadió en voz baja:

—¿Qué cruel es usted! ¡Cuán inútilmente me hace padecer! He encargado á Susanita que se llevara á Clotilde á fin de decirle una palabra. Oiga, es preciso... preciso, que le hable esta noche... ó bien... no sabe usted qué haré. Id á la estufa. Hallará una puerta á la izquierda y saldrá al jardín. Siga la avenida que viene frente á la puerta y verá una glorieta. Espéreme allí. Dentro de diez minutos estoy. ¡Si no quiere le juro que armo un escándalo aquí, en este momento!

Du Roy contestó con altanería:

—Estaré.

Se separaron. Pero Jaime Rival por poco le retarda la cita. Le tomó por el brazo y le contó una porción de cosas con gran exaltación. Sin duda venía del buffet. Pudo endosarlo al señor de Marelle; esquivó á su mujer y á Laroche, que parecían muy entusiasmados, y se fué al jardín.

El fresco de la noche le sorprendió como un baño helado y por precaución se ató él pañuelo al cuello. Luego siguió lentamente la avenida, deslumbrado aún por la luz de los salones.

A derecha é izquierda veía arbustos cuyas hojas se estremecían. A veces, á través de las hojas se

veían destellos de luz que venían de las ventanas del palacio.

En mitad de la avenida, vió una sombra blanca. La señora Walter, escotada, con los brazos desnudos, se le acercó y balbuceó:

—¡Ah! ¿Aquí estás? ¿Quieres matarme acaso?

Du Roy contestó tranquilamente:

—Nada de drama ¿eh? ó me largo ahora mismo.

Ella le había cogido por el cuello y le murmuraba casi tocando su cara con sus labios:

—Pero ¿qué te he hecho? ¡Te portas como un miserable! ¿Qué te he hecho?

Jorge trataba de rechazarla.

—Has arrollado cabellos á todos los botones de mi chaleco la última vez que nos vimos, lo cual por poco me cuesta reñir con mi mujer.

Ella quedó sorprendida, negando con la cabeza.

—Poco le importa eso á tu mujer. Alguna de tus queridas sería la que se quejara.

—No tengo queridas.

—No mientas. Entonces, ¿por qué no quieres venir á comer una vez siquiera por semana? Es atroz lo que padezco. Sólo en tí pienso, sólo á ti veo; no me atrevo á pronunciar una palabra para no decir tu nombre. Tu recuerdo, siempre presente, me anonada, me deja sin saber qué hacer ni qué decir y permanezco todo el día como una tonta, pensando en ti.

Du Roy la miraba con asombro. Ya no era la

casquivana que hacía la niña, era una mujer desesperada, capaz de todo.

Sintió que nacía un proyecto vago en su mente y contestó:

—Querida, el amor no es eterno. Se ama y se deja de amar. Pero cuando la cadena persiste, resulta insoportable. No quiero más pasión. Esta es la verdad. Sin embargo, si fueras razonable y me recibieras como á un amigo, vendría como antes. ¿Te sientes capaz de eso?

Puso ambos brazos desnudos sobre el frac de Jorge y murmuró:

—Soy capaz de todo para verte.

—Entonces bien; somos amigos y nada más.

Ella balbuceó:

—Convenidos.

Luego, acercándole el rostro:

—Un beso... el último.

El la rechazó suavemente.

—No, no es eso lo pactado.

La cuitada se volvió enjugándose dos lágrimas y luego, sacándose del pecho un paquetito atado con una cinta de seda, lo ofreció á Du Roy.

—Toma. Es tu parte de beneficios en lo de Marruecos. ¡Estaba tan contenta de haber ganado esto para ti! Toma, tómalos...

—No, no quiero este dinero...

Entonces ella se indignó.

—¡Ah! No me harás tal desprecio. Es tuyo y sólo

tuyo. Si no lo tomas lo tiro á una cloaca. ¿No querrás eso, verdad?

Cogió Du Roy el paquetito y lo embolsó.

— Entremos,—dijo, — podrías pillar un enfriamiento.

—¡Mejor! ¡ojalá muriera!

Le tomó una mano, se la besó con pasión, con desesperación, con rabia y se fué hacia el palacio.

El volvió poco á poco, reflexionando, y entró en el invernáculo con la frente altanera y la boca sonriente.

Su esposa y Laroche no estaban ya. La gente se marchaba. Poca quedaría para el baile. Vió á Susana dando el brazo á su hermana. Fueron hacia él para rogarle que bailara el primer rigodón con el conde de Latour-Ivelín.

Se admiró.

—¿Quién es?

Susana respondió maliciosamente:

—Un nuevo amigo de mi hermana.

Rosa se ruborizó.

—¡Qué mala eres, Susana! Ese señor no es más amigo de mí que de ti.

—Ya me entiendo—replicó su hermana con una sonrisa.

Rosa, enfadada, le volvió la espalda y se fué.

Du Roy cogió familiarmente el codo de Susana y dijo con acento cariñoso:

—Oiga usted, nena, ¿cree usted que soy su amigo?

—Sí.

—¿Tiene usted confianza en mí?

—Entera.

—¿Recuerda lo que le decía hace poco?

—¿Qué?

—¿De su matrimonio?

—Sí.

—Bueno; ¿quiere prometerme una cosa?

—¿Cuál?

—Consultarme cada vez que alguien pida su mano, y no aceptar á nadie sin oir mi consejo.

—Bueno.

—Esto es un secreto entre nosotros. No diga una palabra á sus padres.

—Ni una.

—¿Lo promete?

—Lo juro.

Rival llegaba muy atareado.

—Señorita, su papá dice que vaya al baile.

—Vamos, Buen-Mozo.

Pero éste se excusó. Quería marchar en seguida, reflexionar á solas. Había pensado algo muy decisivo. Buscó á su mujer. La encontró en el buffet tomando chocolate con dos caballeros desconocidos. Les presentó á su marido sin nombrarles á ellos.

Al poco rato dijo Du Roy:

—¿Vámonos?

—Como quieras.

Le dió el brazo y fueron hacia la salida. En los salones quedaba poca gente.

—¿Dónde está la señora Walter? Quisiera despedirme.

—Es inútil. Querría que nos quedáramos para el baile y ya tengo bastante.

—Es verdad, tienes razón.

Por el camino no hablaron. Pero apenas estuvieron en su habitación, Magdalena, sonriente y sin quitarse el velo siquiera, dijo:

—Tengo una sorpresa para ti.

—¿Cuál?—gruñó con malhumor Jorge.

—Adivina.

—No haré tal esfuerzo.

—¿No? Bueno. Pasado mañana es primero de año.

—Sí.

—Es la ocasión de los aguinaldos.

—Sí.

—He aquí el tuyo, que Laroche me ha dado hace poco.

Y le presentó una cajita negra que parecía un estuche de joyas.

La abrió con indiferencia, y vió la cruz de la Legión de honor.

Palideció levemente, luego sonrió, y declaró:

—Hubiese preferido diez millones. Poco le cuesta eso.

Ella, que esperaba un transporte de alegría, se irritó de aquella frialdad.

—En verdad que no se te entiende. Nada te satisface ahora.

El contestó tranquilamente:

—No hace sino pagarme su deuda. Aun me debe más.

Se admiró su esposa de su acento, y replicó:

—Sin embargo, es honroso á tu edad.

—Todo es relativo; más podía tener.

Tomó el estuche, lo puso abierto en la chimenea, miró unos instantes la estrella brillante, y después de encogerse de hombros se acostó.

El *Diario Oficial* del 1.º de Enero anunció, en efecto, el nombramiento de don Próspero Jorge Du Roy, publicista, para el grado de caballero de la Legión de honor, por servicios excepcionales. Su nombre estaba escrito en dos palabras, lo cual agradó más á Jorge que la misma condecoración.

Una hora después de haber leído aquella noticia, recibió una carta de la señora Walter que le suplicaba que fuera á comer á su casa, para celebrar aquella distinción. Vaciló unos momentos, echó al fuego la carta, escrita en términos ambiguos, y dijo á Magdalena:

—Comeremos en casa los Walter.

—¡Toma!—exclamó sorprendida su mujer,—creía que no querías ir más allí.

—He cambiado de parecer.

Cuando llegaron, la señora estaba sola en el saloncito Luis XVI, que era el de sus recepciones íntimas. Vestía de negro y había empolvado sus cabellos, lo cual la favorecía mucho. De lejos parecía una anciana; de cerca una joven, y mirándola bien, un engaño viviente y encantador.

—¿Está usted de luto?—preguntó Magdalena.

Contestó tristemente:

—Sí y no. No he perdido á ninguno de los míos; pero he llegado á la edad en que se lleva el luto de la propia vida. Hoy lo llevo para inaugurarlo; en lo sucesivo lo llevaré en el corazón.

Du Roy pensó: «¿Durará tal resolución?»

La comida fué un tanto aburrida. Susana charlaba, Rosa parecía preocupada. El periodista fué muy felicitado.

Al terminar se fueron paseando y hablando hacia la estufa. Du Roy iba detrás con la señora Walter. Esta le retuvo por el brazo.

—Oiga—le dijo en voz baja.—No le hablaré de nada, jamás... Pero venga á verme, Jorge. Ya ve que no le tuteo. No puedo vivir sin usted, no puedo. Es una tortura indecible. Le veo y le siento siempre en todas partes; de día y de noche. Es como si me hubiera usted dado un veneno que me royera. No puedo. No. No quiero ser más que una

vieja para usted. Me he puesto el pelo blanco para hacérselo comprender; pero venga, venga á verme como amigo.

Le había cogido la mano y se la estrechaba, se la apretaba, le hundía las uñas en la carne.

Du Roy contestó con calma:

—Ya ve usted que he venido hoy al recibir su carta. Pero es inútil hablar de lo otro, es inútil.

Walter, que con sus hijas y Magdalena iban delante, esperó á Du Roy junto al cuadro.

—Imagínese usted que ayer hallé á mi mujer de rodillas ante este cuadro, como si rezara. ¡Lo que me reí!

La señora Walter replicó con voz firme en la que vibraba secreta exaltación:

—Este Cristo salvará mi alma. Cada vez que le miro me da valor y fuerza.

Y deteniéndose ante el Dios que andaba sobre el agua:

—¡Qué hermoso es! ¡Cuánto le temen y cuánto le aman esos hombres! ¡Ved su cabeza, sus ojos, qué sencillo y sobrenatural es á un tiempo!

Susana exclamó:

—Se le parece á usted, Buen-Mozo. Estoy segura de ello. Si llevara barba ó El estuviese afeitado, serían ustedes iguales. ¡Es asombroso!

Quiso que se pusiera de pie al lado del cuadro y,

efectivamente, todos reconocieron que las dos caras se parecían.

Walter halló la cosa chocante. Magdalena, sonriendo, declaró que Jesús tenía un aspecto más viril.

La señora Walter permanecía inmóvil, contemplando el rostro de su amante al lado del de Jesucristo, y estaba tan blanca como sus cabellos blancos.

VIII

Durante lo que faltaba de invierno, los Du Roy fueron á menudo á casa de los Walter. Jorge iba muchas veces solo; Magdalena prefería quedarse en casa.

Había adoptado el viernes como día fijo, y la señora Walter no invitaba á nadie aquel día, que consagraba por entero á Buen-Mozo. Después de comer se jugaba á las cartas, se daba de comer á los peces chinos y se divertían en familia. Muchas veces, detrás de una puerta ó de un macizo de arbustos, la señora Walter había cogido bruscamente entre sus brazos al joven, y estrechándolo con toda su fuerza contra el pecho, le decía:

—¡Te amo... te amo... te amo lo indecible!...

Pero siempre la había rechazado friamente, contestando con tono seco:

—Sí vuelve usted á las andadas, no me verá mas aquí.

A fines de marzo se habló de pronto del casamiento de las dos hermanas. Rosa debía casarse con el conde de Latour-Ivelín, y Susana con el marqués de Cazolles. Ambos eran íntimos de la casa. A ambos se les recibía con familiaridad muy acentuada.

Jorge y Susana vivían en una especie de intimidad fraternal. Charlaban durante horas y horas, se burlaban de todos y parecían estar muy á gusto juntos. No habían vuelto á hablar del posible matrimonio de la joven ni de los pretendientes que se presentaban.

Un día, el director se llevó á Jorge á almorzar. Al terminar la comida tuvo que salir la señora Walter para un asunto urgente, y Jorge dijo á Susana:

—Vamos á dar pan á los peces rojos.

Tomaron cada cual de la mesa un gran trozo de miga y se fueron á la estufa.

Alrededor de la alberca de mármol había almohadones, á fin de que, poniéndose de rodillas, se estuviese más cerca de los peces.

Los jóvenes tomaron uno cada uno, é inclinados hacia el agua empezaron á echar pan á los peces. Estos, apenas le vieron, acudieron moviendo la cola y las aletas, dando vueltas sobre sí mismos, hundiéndose para coger la presa que bajaba y subiendo para pedir otra.

Hacían unos movimientos raros con la boca, daban empujes bruscos y rápidos y destacábanse de fondo de oro con color rojo ardiente, pasando como llamas por el agua transparente ó mostrando el ribete azul de sus escamas cuando se detenían.

Jorge y Susana se veían en el agua y se sonreían á sí mismos.

De pronto Du Roy dijo en voz baja:

—No está bien engañarme, Susana.

—¿En qué?

—¿Recuerda usted lo que me prometió el día de la fiesta?

—Sí.

—Consultarme cada vez que le pidieran su mano.

—¿Y qué?

—Que se la han pedido.

—¿Quién?

—Ya lo sabe usted.

—No; se lo juro.

—Sí lo sabe. Ese fatuo de marqués.

—En primer lugar, no es fatuo.

—Bueno; pero es estúpido; se ha arruinado en el juego y derrengado por la mala vida. Buen partido para usted, tan linda, tan fresca, tan inteligente.

—¿Qué tiene usted contra él?—preguntó Susana sonriendo.

—¿Yo? Nada.

—Sí; no es tal como usted le pinta.

—¡Vaya! Es un tonto y un intrigante.

Cesando de mirar al agua, dijo la joven:

—Ea, ¿qué es lo que tiene usted?

Como si le arrancaran un secreto del fondo del corazón, pronunció:

—Tengo... tengo... que estoy celoso de él.

—¿Usted?—preguntó sin gran asombro.

—Sí, yo.

—¡Toma! ¿Y por qué?

—Porque estoy enamorado de usted, y usted lo sabe, picarilla.

Entonces ella dijo con tono severo:

—¡Está usted loco, Buen-Mozo!

—Sí, ya sé que estoy loco. ¿Acaso debiera decir esto yo, hombre casado, á usted, que es soltera? Soy más que loco, soy culpable, miserable. No tengo esperanza y esto me enloquece. Cuando oigo decir que va usted á casarse, me da una ira atroz. Hay que perdonarme, Susana.

Calló. Los peces, á los cuales ya no echaban pan, permanecían inmóviles, casi en línea, parecidos á soldados ingleses, mirando las caras de aquellas gentes que no se cuidaban ya de ellos.

La joven murmuró, mitad en serio, mitad en broma:

—¡Qué lástima que sea usted casado! Pero, no hay remedio. Ya está hecho.

Se volvió bruscamente hacia ella y le dijo, casi junto al oído:

—Si fuera libre ¿se casaría usted conmigo?

Susana respondió con acento sincero:

—Sí, Buen-Mozo, me casaría con usted, porque me gusta más que los otros.

Du Roy se levantó balbuceando:

—Gracias, gracias... le ruego que no diga «sí» á nadie; que espere; ¿me lo promete usted?

—Se lo prometo—murmuró turbada y sin comprender lo que Du Roy quería.

Du Roy echó al agua un gran trozo de miga que aun le quedaba y se marchó precipitadamente, sin despedirse, como si hubiera perdido la razón.

Todos los peces se lanzaron ávidamente sobre aquella presa y la destrozaron con sus bocas voraces. La arrastraron al otro extremo de la taza, agitándose debajo, formando un racimo viviente, una especie de flor animada que giraba, una flor viva caída al agua cabeza abajo.

Susana, sorprendida, inquieta, se levantó y se fué hacia las habitaciones. El periodista se había marchado.

Volvió á su casa muy tranquilo, y como Magdalena escribía cartas, le preguntó:

—¿Vendrás el viernes á casa de los Walter? Yo iré.

La joven vaciló.

—No. Estoy algo delicada. Prefiero quedarme aquí.

—Como gustes; no es que quiera obligarte.

Tomó el sombrero y salió.

Desde tiempo hacía la espiaba, la vigilaba y sabía todos sus pasos. La hora que esperaba había llegado. No se engañó respecto del tono con que dijo:

—Prefiero quedarme aquí.

Se mostró muy amable con ella durante los días siguientes. Hasta parecía alegre, cosa rara en él. Su mujer le dijo:

—Veo que vuelves á ser un buen muchacho.

El viernes se vistió temprano porque dijo que tenía que ir á varios sitios antes de la hora de comer en casa Walter.

A las seis, después de besar á su mujer, salió y tomó un coche de punto en la plaza de Nuestra Señora de Loreto.

Dijo al cochero:

—Párese enfrente del número 17 de la calle Fontaine y permanezca allí hasta que le dé la orden de marchar. Luego me llevará usted al restaurant del Gallo-Faisán, calle de Laffayette.

El coche se puso en marcha al trote lento del caballo. Du Roy bajó las cortinillas. Apenas estuvo frente á su puerta no dejó de mirar un instante. Al cabo de diez minutos vió salir á Magdalena, que fué hacia los bulevares exteriores.

Cuando estuvo lejos, sacó la cabeza por la portezuela y dijo: «Andando.»

El coche se puso en marcha y le dejó junto al restaurant Gallo-Faisán, de medio pelo, conocido en todo el barrio. Jorge entró en la sala general y

comió despacio, mirando poco á poco el reloj. A las siete y media después de beber el café, de tomarse dos copas de fino champagne y de fumar con lentitud un buen cigarro, salió, tomó otro coche que pasaba vacío y se hizo llevar á la calle La Rochefoncauld.

Subió al tercer piso de la casa que había indicado y cuando la criada le hubo abierto, preguntó:

—¿El señor Guibert de Lorme está en casa, verdad?

—Sí, señor.

Le hicieron entrar en el salón donde esperó hasta que entró un hombre alto, condecorado, de aspecto militar, con los cabellos grises aun cuando era joven.

Du Roy le saludó y dijo:

—Como ya pensaba, señor inspector, mi esposa come con su amante en la habitación que han alquilado en la calle de los Mártires.

El inspector se inclinó.

—Estoy á su disposición, caballero.

—¿Creo que sólo pueden ustedes entrar en las habitaciones hasta las nueve de la noche?

—Eso es. A las siete en invierno, á las nueve en verano, desde el 31 de marzo. Como estamos á 5 de abril, podemos disponer hasta las nueve de la noche.

—Tengo un coche abajo. Puede usted tomar los agentes y luego esperaremos un ratito ante la puer-

ta. Cuanto más esperemos más fácil será pillarles en flagrante delito.

—Como usted guste, caballero.

El comisario salió y volvió con un gabán que ocultaba su faja tricolor. Se apartó para dejar pasar á Du Roy. Pero éste, preocupado, rehusaba salir el primero y repetía: «Pase usted... pase usted...»

El inspector dijo:

—Pase usted, caballero; estoy en mi casa.

Du Roy salió, saludando.

Fueron al cuartelillo á buscar tres agentes que ya esperaban, pues Jorge había prevenido durante el día al inspector. Uno de los agentes subió al lado del cochero; los otros dos entraron en el simón, que les llevó á la calle de los Mártires.

Du Roy decía:

—Tengo el plano del piso. Primero hay un recibidor, después el cuarto de dormir. No hay doble salida. Cerca hay un cerrajero. Estará dispuesto en cuanto se le avise.

Cuando estuvieron ante el portal indicado sólo eran las ocho y cuarto. Esperaron en silencio veinte minutos. Cuando iban á dar las nueve menos cuarto, dijo Jorge:

—Vamos.

Subieron la escalera y uno de los agentes quedó en la puerta de la calle para vigilar la salida.

Los cuatro hombres subieron al segundo piso.

Du Roy aplicó el oído á la cerradura; miró después por ella. No vió ni oyó nada. Llamaron.

El inspector dijo á sus subordinados:

—Quédense aquí, dispuestos á entrar.

Esperaron. Al cabo de uno ó dos minutos Jorge tiró del timbre dos ó tres veces seguidas. Oyeron ruido en el fondo de la habitación; luego se oyó un paso ligero. Alguien acudía para espiar. El periodista llamó vivamente dando en la madera con los nudillos.

Una voz de mujer preguntó:

—¿Quién va?

—¡Abrid en nombre de la ley!—replicó el comisario.

—¿Quiénes son ustedes?—repuso la voz.

—Soy el inspector de policía. Abra ó hago forzar la puerta.

—¿Qué quieren ustedes?—insistió la voz.

Du Roy dijo entonces:

—Soy yo, es inútil tratar de escapar.

Los pasos ligeros se alejaron y volvieron á aproximarse luego.

Jorge dijo:

—Si no quiere usted abrir hundimos la puerta.

Con uno de los hombros empujaba lentamente. Como no contestaron más, dió de pronto una sacudida tan violenta y vigorosa que la vieja cerradura cedió. El joven estuvo á pique de caer sobre Magdalena que estaba de pie, en camisa y enaguas,

con el pelo suelto, sin medias, y con una vela en la mano.

—Es ella—exclamó Du Roy—ya les pillamos.

Y se fué hacia adentro. El inspector, quitándose el sombrero, le siguió. La joven, atortolada, fué detrás de ellos, alumbrándoles.

Atravesaron un comedor en el que había una mesa con botellas de champagne vacías, una cajita medio abierta de foie gras, los huesos de un pollo y varios trozos de pan. Dos platos contenían ostras vacías.

El cuarto parecía haber sido teatro de una lucha. Había unas sayas en una silla, unos pantalones en el brazo de un sillón, un sombrero de hombre casi tapaba un reloj de bronce y en el suelo se veían cuatro botas, dos grandes y dos pequeñas.

Era una habitación con muebles de alquiler, en la que flotaba ese olor odiosa y rara de las habitaciones de fonda, olor que emana de los cortinajes, de los colchones, de las paredes, de las sillas, olor de todas las personas que dentro de ella han habitado un día ó seis meses, y dejado algo de su propio olor, de ese olor humano que, sumado al de los anteriores habitantes, produce un hedor confuso, dulzón, intolerable, igual en todos esos sitios.

Un plato de dulces, una botella de chartreuse y dos copitas á medio vaciar, estaban sobre la chimenea.

El inspector, mirando á Magdalena, preguntó:

—¿Es usted la señora Clara-Magdalena Du Roy, esposa legítima de D. Próspero-Jorge Du Roy, publicista, que está presente?

Con voz ahogada, respondió:

—Sí, señor.

—¿Qué hace usted aquí?

No contestó.

El inspector añadió:

—¿Qué hace usted aquí? Está usted fuera de su casa, desnuda ó poco menos en un cuarto de alquiler. ¿Qué ha venido usted á hacer aquí?

Esperó unos instantes; pero como no contestaba, dijo el de policía:

—Ya que no quiere usted contestar, señora, me veré obligado á verlo por mí mismo.

En la cama se veía la forma de un cuerpo oculto bajo la sábana.

El inspector se acercó y llamó:

—¿Caballero?

El que estaba acostado no se movió. Parecía estar de espaldas, con la cabeza oculta bajo una almohada.

El oficial tocó lo que parecía ser un hombro y repitió:

—Caballero, le ruego que no me obligue á ser descortés.

Pero el cuerpo parecía inmóvil como el de un muerto.

Du Roy, que se había adelantado, cogió vivamen-

te un pico de la sábana, tiró con fuerza y arrancando una almohada, descubrió la cara lívida del señor Laroche-Mathieu. Se inclinó hacia él con deseos de estrangularle y le dijo con los dientes apretados:

—Tenga usted por lo menos el valor de su infamia.

El inspector preguntó de nuevo:

—¿Quién es usted?

El amante, asustado, no contestaba.

—¡Soy inspector de policía y le mando que me diga su nombre!

Jorge, á quien una cólera bestial hacía temblar, gritó:

—Conteste usted, cobarde, ó voy á nombrarle yo.

Entonces Laroche balbuceó:

—No debe usted dejarme insultar por este individuo, señor inspector. ¿Es con usted ó con él con quien tengo que ver? ¿Debo responderle á usted ó á él?

Parecía no tener saliva en la boca.

—A mí, á mí sólo, caballero. ¿Cómo se llama usted?

No hubo respuesta. Tenía la sábana cogida con una mano tapándose hasta la barba y su bigotito negro resaltaba en gran manera sobre la palidez del rostro.

—¿No quiere usted contestar? Entonces me veré

obligado á detenerle. De todos modos, levántese. Le interrogaré cuando esté vestido.

El cuerpo se agitó, y murmuró la boca:

—No puedo delante de ustedes.

—¿Por qué?—preguntó el oficial.

—Porque estoy... estoy... desnudo del todo.

Du Roy masculló unas palabras entre dientes y cogiendo una camisa que había en el suelo la echó sobre la cama, diciendo:

—¡Ea!... ¡Levántese!... Ya que se ha desnudado ante mi mujer, bien puede vestirse delante de mí.

Le volvió la espalda y se fué hacia la chimenea.

Magdalena había recobrado su sangre fría, y, viendo que todo estaba perdido, á todo osaba. La audacia brillaba en sus ojos y con un papel encendió las diez bujías de los fementidos candelabros de la chimenea, como para una recepción. Luego se puso de espaldas á la chimenea y alargando hacia el fuego medio apagado sus pies desnudos, tomó un cigarrillo, lo encendió y se puso á fumar.

El comisario se había vuelto hacia ella esperando que estuviera vestido su cómplice.

Magdalena le preguntó con insolencia:

—¿Hace usted á menudo este oficio, caballero?

—Lo menos posible, señora — contestó gravemente.

Se sonrió á sus barbas, y dijo:

—Le felicito á usted, porque no es muy decente.

Afectaba no ver ni mirar á su marido.

El de la cama se vestía por fin. Se había puesto el pantalón y las botas y se acercó mientras se ponía el chaleco.

El inspector se volvió hacia él.

—¿Quiere usted decirme, ahora, quién es usted?

No contestó.

—Me veo obligado á detenerle.

Entonces, Laroche, dijo bruscamente:

—No me toque usted, ¡soy inviolable!

Du Roy se lanzó hacia él, como para derribarle, y exclamó:

—Hay flagrante delito... sí, flagrante delito. Puedo hacerle detener á usted si quiero... sí, puedo.

Y luego, con acento vibrante:

—Este hombre se llama Laroche-Mathieu, ministro de Negocios Extranjeros.

El inspector de policía retrocedió estupefacto, y balbuceó:

—¿Es esto verdad? ¿Quiere usted decirme quién es?

Por fin se decidió, y dijo con empuje:

—Por esta vez, no ha mentido este miserable. Me llamo, efectivamente, Laroche Mathieu y soy ministro.

Y alargando el brazo hacia el pecho de Jorge, donde brillaba un punto rojo, añadió:

—Y el pícaro lleva en el ojal la condecoración que le dí.

Du Roy se había puesto lívido. Con ademán rá-

pido arrancó la cinta del ojal y tirándola al fuego, exclamó:

—He ahí para qué sirve una condecoración dada por un tío como usted.

Estaban frente á frente, exasperados, con los puños apretados, uno seco y nervioso, otro grueso y fuerte. El inspector pasó entre los dos y apartándoles con las manos, dijo:

—Señores, pórtense más dignamente.

Callaron y se volvieron la espalda. Magdalena continuaba fumando.

El inspector de policía, añadió:

—Le he sorprendido á usted, señor ministro, solo con la señora Du Roy, presente; usted acostado, ella casi desnuda. Sus prendas de vestir tiradas por la habitación, patentizan un flagrante delito de adulterio. No puede usted negar la evidencia. ¿Qué alega usted?

—Nada; cumpla usted con su deber.

—Y usted, señora, ¿confiesa que el señor es su amante?

—No lo niego. ¡Es mi amante!

—Esto basta.

El oficial tomó algunas notas acerca del estado y distribución de las habitaciones. Al acabar de escribir, el ministro, que se había vestido y esperaba con el gabán al brazo, preguntó:

—¿Me necesita usted aun, caballero? ¿Qué debo hacer? ¿Me puedo retirar?

Du Roy se volvió hacia él, y sonriendo con insolencia, le dijo:

—¿Para qué? Hemos acabado. Puede usted volverse á acostar; vamos á dejarles solos.

Y poniendo la mano sobre el brazo del inspector:

—Retirémonos, señor inspector, creo que nada tenemos que hacer aquí.

Algo sorprendido, el oficial le siguió; pero en el umbral Jorge se detuvo para dejarle pasar. El inspector rehusaba por cortesía.

Du Roy insistía.

—Pase usted, caballero.

—Después de usted.

Entonces el periodista saludó, y con cortesía irónica:

—A su vez ahora, señor inspector. Aquí, casi estoy en mi casa.

Luego cerró suavemente la puerta, como con discreción.

Una hora después Du Roy entraba en la redacción.

El señor Walter estaba allí, pues continuaba vigilando con solicitud su periódico, que había aumentado enormemente su tiraje y que favorecía en gran manera las operaciones de su casa de banca.

El director levantó la cabeza y preguntó:

—¿Usted aquí? Parece usted trastornado. ¿Por

qué no ha venido á comer á casa? ¿De dónde sale usted?

El joven, que estaba seguro de su golpe de efecto, dijo, acentuando todas sus palabras:

—Acabo de derribar al ministro de Negocios Extranjeros.

Walter creyó que bromeaba.

—De derribar... ¿Qué dice?

—Voy á hacer cambiar el ministerio. Ya era hora de reventar á ese canalla.

El director, estupefacto, creyó que Jorge estaba loco. Murmuró:

—Creo que no está usted en su juicio.

—Sí. Acabo de sorprender á Laroche-Mathieu en flagrante delito de adulterio con mi mujer. El inspector de policía ha comprobado el caso. El ministro es hombre al agua.

Walter, estupefacto, se levantó las antiparras, y preguntó:

—Bueno. ¿Supongo que no se burla usted de mí?

—Ni por pienso. Voy á hacer un eco acerca de ello.

—¿Qué pretende usted?

—¡Derribar á ese pícaro, ese miserable, ese malhechor público!

Jorge dejó el sombrero en un sillón, y añadió:

—Ojo con los que me ofenden. No perdono jamás.

El director aun dudaba.

—¿Y su esposa?—preguntó.

—Mi instancia de divorcio se presentará mañana. Se la devuelvo al difunto Forestier.

—¿Quiere usted divorciar?

—¡Ya lo creo! Me ponía en ridículo. Me ha sido preciso fingirme tonto para sorprenderlos. Ya está. Ahora soy dueño de la situación.

Walter no volvía de su asombro. Miraba á Du Roy con ojos azorados, y pensaba:

—¡Diablo! Es hombre de temple y de cuidado.

Jorge añadió:

—Ya estoy libre... Tengo una fortuna relativa. Me presentaré diputado en octubre por mi país donde soy muy conocido. No podía hacerme respetar con esa mujer, más que sospechosa. Me cazó como un cándido. Pero pronto ví que era una mala pécora y la vigilé.

Se echó á reir, y añadió:

—El pobre Forestier sí que era cornudo... cornudo sin pensarlo, confiado y tranquilo. Ya estoy libre de la pindonga que me dejó. Tengo las manos desatadas. Ahora iré lejos.

Se había sentado á caballo de una silla y repitió, como si soñara:

—Iré lejos.

El tío Walter le miraba aún con sus ojos, pues continuaba teniendo levantados los anteojos, y pensaba: «Sí, irá lejos este pícaro.»

Jorge se levantó.

—Voy á redactar el eco—dijo.—Hay que hacerlo con discreción. Pero será terrible para el ministro. Es hombre al agua. Es imposible sostenerle. La *Vie Française* no tiene interés alguno en apoyarle.

El viejo vaciló algunos momentos y luego tomó una resolución.

—Bueno,—dijo;—hágalo usted. Tanto peor para los que se meten en esos trotes.

IX

Han pasado tres meses. Se había fallado el divorcio de Du Roy. Su esposa volvió á tomar el nombre de Forestier, y como los Walter debían marchar el 15 de julio á Trouville, decidieron pasar un día juntos antes de separarse.

Escogieron un jueves y se pusieron en camino á las nueve de la mañana en un gran landau de viaje de seis asientos tirado por cuatro caballos.

Iban á almorzar en el pabellón de Enrique IV en Saint-Germain. Buen-Mozo había pedido ser el único hombre de la expedición, porque no podía tragar al marqués de Cazolles. Pero á última hora se decidió que se pasaría á buscar al conde de Latour-Ivelín, á quien avisaron ya la víspera.

El coche subió al trote largo por la avenida de los Campos Elíseos, y luego atravesó el bosque de Boulogne.

Hacía un día templado de verano. Las golondrinas trazaban amplias curvas, que se creía ver aún

moverse en la atmósfera clara, después que habían ya pasado.

Las tres mujeres estaban en el fondo del landau y los tres hombres de espaldas al cochero.

Se atravesó el Sena, se pasó cerca del Mont-Valerien, se llegó á Bougival y se siguió el río hasta el Pecq. El conde Latour-Ivelín, hombre ya maduro, de largas patillas, que se movían al menor soplo de aire, lo cual hacía decir á Du Roy: «Obtiene lindos efectos de viento en su barba», contemplaba tiernamente á Rosa. Estaban prometidos desde un mes antes. Jorge, muy pálido, miraba á menudo á Susana que también lo estaba. Sus ojos se encontraban, parecían concertarse, comprenderse, cambiar secretamente un pensamiento, y luego dejaban de mirarse. La señora Walter parecía tranquila y dichosa...

El almuerzo fué largo. Antes de marchar á París, Jorge propuso dar un paseo por la terraza.

Se detuvieron primero para ver el panorama. Todos se alinearon junto á la barandilla y se extasiaron contemplando el horizonte. El Sena, al pie de una larga colina, corría hacia Maisons-Laffitte como inmensa serpiente tendida sobre la hierba. A la derecha el acueducto de Marly proyectaba su perfil enorme de oruga de largas patas y Marly quedaba oculto por un gran grupo de árboles.

En la llanura inmensa que se extendía en frente, se veían aldeas de trecho en trecho. Los estanques

del Vesinet formaban manchas que se destacaban de entre la fronda del bosquecillo. A la izquierda, á lo lejos, se erguía el campanario puntiagudo de Sartrouville.

Walter declaró:

—En ninguna parte hay un panorama tan hermoso. Ni en Suiza lo hay.

Luego anduvieron un rato, despacito, para gozar de aquella perspectiva.

Jorge y Susana se quedaron atrás. Apenas se hubieron separado unos pasos, Jorge le dijo en voz baja y contenida:

— Susana, la adoro. La amo locamente.

—Yo también, Buen-Mozo.

—Si no me caso con usted me marcharé de París y de Francia.

—Pídame usted a papá. Quizá acceda.

—No,—replicó él con impaciencia,—le repito por décima vez que no. Me cerrarán las puertas de su casa; me echarán del periódico; ni siquiera podremos vernos. Esto es todo lo que lograría haciendo una petición en regla. La han prometido al marqués de Cazolles. Creen que al fin dirá usted que «sí». Y esperan.

—Entonces, ¿qué hay que hacer?

Jorge la miró de soslayo y preguntó:

—¿Me ama usted lo bastante para hacer una locura?

—Sí—contestó resueltamente.

—¿Una gran locura?

—Sí.

—¿La mayor de las locuras?

—Sí.

—¿Tendrá usted bastante valor para afrontar á sus padres?

—Sí.

—¿De veras?

—Sí.

—¡Bueno! Pues hay un medio; uno solo. Es necesario que tome usted la iniciativa, no yo. Es usted una niña mimada á quien todo se lo permiten, así es que no se extrañarán una audacia más de usted. Escuche. Esta tarde, al volver, irá usted á encontrar á su mamá, á su mamá sólo. Le dirá que quiere usted casarse conmigo. Tendrá una gran emoción, se encolerizará...

—No,—interrumpió Susana,—ella consentirá.

Du Roy replicó:

—No. No la conoce usted. Se pondrá más furiosa que su papá. Verá usted como se niega. Pero usted insista y repita que sólo quiere casarse conmigo. ¿Lo hará usted?

—Lo haré.

—Y después le dirá usted lo mismo á su padre de un modo muy serio y decidido.

—Sí, sí. ¿Y después?

—Después es cuando la cosa se complica. Si está usted bien, bien resuelta, resuelta del todo á ser mi

mujercita, entonces, querida Susana... La... la robaré.

La joven se estremeció de alegría y poco faltó para que palmoteara.

—¡Oh, qué dicha! ¿Me robará usted? ¿Cuándo?

Toda la antigua poesía de los raptos nocturnos, de las sillas de posta, de las posadas, todas las encantadoras aventuras de los libros se le aparecieron como un sueño presto á realizarse. Y repitió:

—¿Cuándo me robará usted?

El respondió en voz baja:

—Esta tarde... esta noche.

—Y ¿dónde iremos?

—Eso es mi secreto. Piense bien en lo que hace. Después de esa fuga sólo podrá casarse conmigo. Es el único medio... pero es muy peligroso para usted.

Ella declaró:

—Estoy decidida. ¿Dónde le encontraré?

—¿Podrá salir sola de su palacio?

—Sí; sé abrir la puertecita.

—Bueno. Cuando el portero se haya acostado, venga á reunirse conmigo en la plaza de la Concordia. Me hallará en un coche de plaza detenido ante el ministerio de Marina.

—Iré.

—¿De veras?

— De veras.

Le tomó la mano y se la estrechó.

—¡Oh! ¡Cuánto la amo! ¡Cuán buena y atrevida es usted! ¿De modo que no quiere casarse con el marqués de Cazolles?

—¡Oh, no!

—¿Se enfadó mucho su padre cuando le dijo usted que no quería al marqués?

—Sí, quería llevarme de nuevo al convento.

—Ya ve usted que es necesario ser enérgica.

—Lo seré.

Miraba el amplio horizonte pensando tan sólo en la idea del rapto... «¡Iría más lejos aun con él!... ¡La robarían!» Aquello la halagaba y no pensaba siquiera en su reputación, en lo horrible que podría llegar á ser su estado. ¿Lo sabía? ¿Lo sospechaba?

La señora Walter se volvió:

—Ven acá, chiquilla, ¿qué haces con Buen-Mozo?

Alcanzaron á los demás. Se hablaba de los baños de mar. Luego volvieron por Chatou, para no hacer el mismo camino.

Jorge no decía nada. Pensaba que si la niña se atrevía, iba á conseguir su deseo. Desde hacía tres meses la seducía, y cautivaba dentro de la irresistible red de su ternura. La conquistaba, la ganaba, la dominaba. Se había hecho amar por ella del modo que sabía conseguirlo. Sin trabajo alguno había conquistado su alma de muñeca.

Obtuvo primero que rehusara al señor de Cazolles. Acababa de conseguir que huyera con él. No había otro medio.

Comprendía que la señora Walter no consentiría nunca en darle su hija. Le amaba aún, le amaría siempre con violencia. La contenía por su frialdad, pero la sentía dominada por una pasión voraz y persistente. Nunca cedería. Jamás le entregaría á Susana. Pero una vez tendría á la niña en su poder, trataría de potencia á potencia con el padre.

Pensando en todo aquello contestaba con monosílabos á cuanto le decían. Pareció volver en sí al entrar en París.

Susana soñaba también, y el cascabeleo de los caballos resonando en sus oídos le fingía caminos inacabables alumbrados por lunas eternas, bosques temerosos atravesados, posadas en la orilla del camino y la prisa de los mozos de establo en cambiar de tiro, pues no hay quien no adivine que se les persigue. Cuando el landó entró en el patio del hotel, quisieron hacerle comer con ellos. Se negó y se fué á su casa.

Después de comer un poco puso en orden sus papeles, como si fuera á emprender un largo viaje. Quemó las cartas comprometedoras, ocultó otras, escribió á varios amigos.

De cuando en cuando miraba el reloj, pensando:

—Ahora deben indignarse en casa Walter.

Sentía gran inquietud. ¿Le fallaría el golpe? ¿Qué podía temer? ¡Sabría sacudirse las pulgas! Pero en verdad que jugaba una partida muy grave aquella noche.

Salió á las once; paseó un rato. Luego alquiló un carruaje y lo hizo parar en la plaza de la Concordia, junto á los pórticos del ministerio de Marina.

De cuando en cuando encendía una cerilla para mirar la hora. Cuando iban á dar las doce sintió una impaciencia febril. A cada instante sacaba la cabeza para mirar.

Un reloj lejano dió doce campanadas; luego otro más cerca, después dos á un tiempo, por fin otro más lejos aun. Cuando hubo sonado el último golpe pensó:

—Se acabó; negocio perdido. No vendrá.

Estaba decidido, sin embargo, á esperar allí hasta el amanecer. En tales ocasiones hay que tener paciencia.

Oyó sonar el cuarto, luego la media, los tres cuartos, y todos los relojes repitieron la una como repitieron las doce. No esperaba ya; permanecía allí pensando qué es lo que podía haber sucedido. De pronto una cabeza de mujer pasó por la ventanilla y preguntó:

—¿Es usted Buen-Mozo?

Tuvo un sobresalto.

—¿Es usted Susana?

—Sí, soy yo.

No conseguía abrir la portezuela tan aprisa como hubiera querido, y repetía:

—¡Ah! ¿Es usted?... Entre... entre...

Entró y casi cayó encima de él.

Jadeaba sin hablar.

Jorge preguntó:

—¡Bueno! ¿Cómo ha ocurrido eso?

Entonces Susana murmuró, desfallecida:

—Ha sido terrible, sobre todo con mamá.

Du Roy estaba inquieto.

—¿Qué ha dicho su mamá? Cuente, cuente.

—¡Oh, ha sido espantoso! Entré en su cuarto y le dije lo que convinimos. Palideció y dijo: «¡Jamás! ¡Jamás!» Yo lloré, me enfadé, juré que sólo con usted me casaría. Creí que me pegaba. Se ha puesto como loca, ha dicho que mañana me enviaría al convento. ¡Nunca la había visto de tal modo! Entonces, oyéndonos chillar, ha llegado papá, que no se ha enfadado tanto, pero ha dicho que usted no era un buen partido.

Como me habían encolerizado, grité tanto como ellos. Papá me ha dicho que saliera con una expresión dramática que no le sentaba muy bien. Esto me ha decidido á escaparme. Aquí estoy, ¿adónde vamos?

El le había ceñido suavemente el talle y era todo oídos. Latíale el corazón y sentía odio contra los Walter. Pero su hija era suya. Ya verían ahora.

—Es demasiado tarde para tomar el tren; este coche nos llevará á Sévres, donde pasaremos la noche. Mañana marcharemos á La-Roche-Guyón, que es un lindo pueblecillo entre Mantes y Bonniéres.

LOS

LLEGA

Entre blandones y
en la ciudad, en

El cortejo llegará a Madrid

23.—Durante

del de

resa.—El
s once de
cación del
s seis, rosa-

nestra Señora del Pilar
El lunes próximo, día 27,
el triduo que esta parro-
la Inmaculada de la Meda-
sa. Predicará don Pablo Se-
fañe. Todos los sábados, a las
a tarde, solemne Salve sabati-
nor de la Virgen del Pilar.
a la Purísima Concepción.—En
de San Antonio de los Alema-
nzará el próximo día 30
ovena a la Purísima Conc
la Santa y Po

—Es que no tengo ropa.

—¡Bah!—exclamó con indiferencia;—ya compraremos.

El coche rodaba por las calles. Jorge tomó una mano de la joven y la besó lentamente, con respeto. No sabía qué decirle, pues no estaba acostumbrado á las ternuras platónicas. De pronto creyó notar que la joven lloraba.

Preguntó con terror:

—¿Qué tiene?

—Pienso que mamá debe desesperarse si ha notado mi ausencia.

Efectivamente, su madre se desesperaba.

Apenas Susana hubo salido del cuarto, quedó su madre en presencia de Walter.

Aterrada, horrorizada, preguntó:

—¡Dios mío! ¿qué quiere decir eso?

Walter gritó furioso:

—Eso quiere decir que ese mequetrefe le ha calentado los cascos. El le ha hecho rehusar á de Cazolles. Le gusta la dote ¡pardiez!

Paseó con rabia por la habitación y añadió:

—Tú eres la que le atraías y mimabas de continuo. Todo se volvía Buen-Mozo por aquí, Buen-Mozo por allá. Ya estás satisfecha.

Ella murmuró, lívida:

—¡Yo! ¿Yo le atraía?

—¡Sí,—vociferó él;—sí, tú! Todas estabais locas por él. Tú ySusana y la Marelle y las demás. ¿Crees

que no veía que no podías estar dos días sin hacerle venir aquí?

Se irguió, trágica:

—No te permito que me hables así. ¡Olvidas que no me he educado en una tienda como tú!

Walter quedó un instante inmóvil y estupefacto, luego lanzó un «¡voto á Dios!» y salió dando un portazo tremendo.

Apenas estuvo sola, se fué al espejo para mirarse, como para ver si había cambiado algo en ella, pues le parecía monstruoso lo que pasaba. ¡Susana enamorada de Buen-Mozo! ¡Buen-Mozo casándose con Susana! ¡No! Ella se habría engañado; no podía ser verdad. La muchacha se había enamorado de él pensando que se lo darían por esposo; esto lo comprendía. ¡Pero él! No podía ser cómplice de aquello. Reflexionaba, turbada como ante las grandes catástrofes. No, Buen-Mozo no debía saber nada de la idea de Susana.

Pensó largo rato en la inocencia y en la perfidia de aquel hombre. ¡Qué miserable, si había preparado el golpe! Y ¿qué sucedería? Veía en perspectiva dolores y tormentos sin cuento.

Si él no sabía nada, todo podía arreglarse aún. Harían un viaje de seis meses con Susana y se acababa todo. Pero ¿cómo verle luego? Porque continuaba amándole. Aquella pasión penetró en su cuerpo como aquellas puntas de flecha que no se pueden arrancar.

Vivir sin él le era imposible. Tanto valía morir. Su pensamiento se perdía en aquel laberinto de inquietudes. Sentía dolor de cabeza. Sus ideas le aparecían confusas, dolorosas. Se atormentaba pensando, se exasperaba por no poder saber. Miró el reloj. Había dado la una. Pensó: «No puedo continuar así. Es preciso que lo sepa todo. Voy á despertar á Susana para interrogarla.»

Y se fué descalza, para no hacer ruido, al cuarto de su hija. Abrió suavemente la puerta, miró la cama. No estaba deshecha. Al principio no comprendió. Pensó que la muchacha discutía con su padre. Pero pronto la asaltó una sospecha horrible y corrió al cuarto de su marido. Llegó pálida y anhelante. Estaba acostado y leía aún.

—¡Y bien! ¿Qué sucede? ¿Qué te pasa?

Ella balbució:

—¿Has visto á Susana?

—¿Yo? ¡no! ¿por qué?

—Ha... ha... partido. No está en su cuarto.

Dió un salto de la cama al suelo, se puso las zapatillas y sin calzoncillos siquiera, se fué al cuarto de su hija. Apenas le hubo visto, no le cupo duda. Había huído.

Cayó en un sillón y dejó la lámpara en el suelo. Su esposa estaba junto á él. Balbuceó:

—¿Y qué?

Walter no tenía fuerza para contestar, ni sentía cólera. Gimió:

—Ya está en su poder. Estamos perdidos.

Su esposa no le entendía:

—¿Cómo, perdidos?

—Está claro. Ahora tendrá que casarse con él.

Lanzó su mujer un grito como de animal herido.

—¡El! ¡Jamás! ¿Estás loco?

El contestó tristemente:

—De nada sirve chillar. La ha robado y deshonrado. Lo mejor es dársela. Haciéndolo con discreción nadie sabrá tal aventura.

Ella repitió, presa de una emoción terrible:

—¡Jamás! ¡Nunca será suya Susana! ¡No lo consentiré!

Walter murmuró con descorazonamiento:

—¡Pues si ya la tiene! La guardará y la ocultará hasta que cedamos. Para evitar un escándalo lo mejor es ceder en seguida.

Su esposa, asaeteada por un dolor que no podía confesar, repetía:

—¡No, no! No lo consentiré.

El se impacientó.

—No hay discusión posible. ¡Cómo nos ha burlado el pícaro! Es listo. Hubiéramos encontrado hombres de más posición; pero no de más inteligencia y porvenir. Será diputado y ministro.

La señora Walter, replicó con feroz energía:

—¡No, no se casará con Susana!

A fuer de hombre práctico, su esposo tomó la defensa de Du Roy.

—Cállate; te digo que es preciso... que es necesario del todo. ¿Quién sabe? Quizá no debamos arrepentirnos. Con hombres de tal temple nadie sabe lo que puede ocurrir. Ya has visto como ha derribado á Laroche, y como lo ha hecho con dignidad, cosa algo difícil dada su posición de marido. Veremos. De todos modos nos ha burlado y no hay remedio.

Dábanle ganas á la infeliz de revolcarse por el suelo, de arrancarse los cabellos. Y dijo con acento exasperado:

—No será suya. ¡No... lo... quiero!...

Walter se levantó, tomó la lámpara, y dijo:

—Eres estúpida como todas las mujeres. Nunca obráis sino por pasión. No sabéis amoldaros á las circunstancias... sois estúpidas. Yo te digo que se casarán... Es preciso.

Y salió arrastrando las zapatillas. Como un fantasma cómico atravesó en camisa el largo corredor del vasto palacio dormido, y volvió, sin hacer ruido, á su cuarto.

La señora Walter permanecía en pie roída por un dolor intolerable. No comprendía aún lo ocurrido; pero padecía. Luego le pareció que no podría permanecer allí sola, sin auxilio, hasta la mañana.

Pensaba á quién podría acudir. ¿Un hombre?... No hallaba ninguno. ¿Un sacerdote? ¡Sí, un sacerdote! Caería á sus pies, se lo confesaría todo; su

falta y su desesperación. Comprendería que aquel bandido no podía casarse con Susana y lo impediría. Necesitaba un sacerdote en seguida. Pero, ¿dónde hallarle? ¿Adónde ir? Sin embargo, no podía quedar así.

Entonces pasó ante sus ojos, como una visión, la imagen de Jesús andando sobre las olas. Le vió como le veía en el cuadro. Era que la llamaba. Le decía: «Ven hacia mí. Reza á mis pies. Te consolaré y te inspiraré lo que hay que hacer.»

Tomó una vela, salió y fué hacia la estufa. Jesús estaba en el fondo en un saloncito que cerraba por medio de una puerta de cristal, á fin de que la humedad de las tierras no deteriorara el lienzo.

Aquello parecía una capilla en un bosque de árboles rarísimos.

Cuando la señora Walter entró en la estufa, quedó sobrecogida ante su profundidad obscura. Las grandes plantas de los países cálidos, espesaban la atmósfera con su aliento pesado. Y como las puertas no estaban abiertas, el aire de aquel bosque raro penetraba en el pecho con trabajo, aturdía, embriagaba, causaba daño y placer y daba al cuerpo una sensación confusa de voluptuosidad enervante y de muerte.

La infeliz andaba lentamente, atemorizada por las tinieblas entre las cuales aparecían, á la luz vacilante de la bujía, plantas extravagantes, con aspecto de monstruos, apariencias de seres, deformi-

dades extrañas. De pronto vió á Jesús. Abrió la puerta y cayó de rodillas.

Rezó al principio desesperadamente, balbuceando palabras de amor, formulando invocaciones apasionadas. Luego, calmada poco á poco, levantó los ojos hacia él y quedó anonadada de angustia. Se parecía tanto á Buen-Mozo, á la luz vacilante de la vela, que no era Dios, era su amante quien la miraba. ¡Eran sus ojos, su frente, la expresión de su rostro, su aire frío y altanero!

Balbuceaba: «¡Jesús, Jesús, Jesús!» Y la palabra Jorge subía á sus labios. De pronto pensó que quizá en aquel mismo instante, Jorge poseía á su hija. Estaba solo con ella, en un cuarto. ¡El, él! ¡con Susana!

Repetía: «¡Jesús, Jesús!» pero pensaba en ellos, en su hija y en su amante. Estaban solos, en un cuarto... y era de noche. Les veía... Les veía con tal precisión, que creía tenerlos antes ella en vez del cuadro. Se sonreían; se besaban. El cuarto estaba á media luz, la cama dispuesta. Se levantó para ir hacia ellos, para coger á su hija por los cabellos y arrancarla de aquel abrazo. Iba á cogerla por la garganta, á extrangularla. La aborrecía porque se entregaba á tal hombre. La tocaba... Sus manos toparon con el lienzo. Tocaba los pies del Cristo.

Lanzó una gran voz y cayó de espaldas. La luz se apagó.

¿Qué ocurrió después? Soñó largo rato cosas ex-

travagantes. Jorge y Susana pasaban enlazados ante sus ojos y Jesús bendecía su horrible amor.

Sentía vagamente que no estaba en su cuarto. Quería levantarse, oir; pero no podía. Sentíase invadida por un pesado sopor que agarrotaba sus miembros y no le dejaba libre más que el pensamiento, atormentado por visiones espantosas, fantásticas, no reales, perdido en un sueño insano, el sueño raro y á veces mortal que producen en el cerebro humano las plantas soporíferas de los países tropicales, de formas y perfumes pesados.

Al llegar el día recogieron á la señora Walter tendida, sin sentido, casi asfixiada, ante «Jesús andando sobre las olas.» Estuvo tan enferma, que se temió por su vida. Hasta el día siguiente no volvió del todo en sí. Entonces rompió á llorar.

La desaparición de Susana se explicó á la servidumbre diciendo que la habían enviado al convento. Y el señor Walter contestó á la larga carta de Du Roy, otorgándole la mano de su hija.

Buen-Mozo había echado esa carta antes de salir de París, pues la había preparado con antelación. Decía, en términos respetuosos, que amaba desde mucho tiempo antes á su hija, que nunca premeditaron nada; pero que viendo que acudía á él diciéndole: «Seré su esposa,» se creía autorizado para conservarla á su lado y ocultarla, si era preciso, hasta obtener una contestación de sus padres, cuya

voluntad legal tenía para él menos valor que la voluntad de su prometida.

Pedía al señor Walter una respuesta á la lista de correos. Un amigo le remitiría la carta.

Cuando hubo obtenido lo que quería, envió á Susana al lado de sus padres, absteniéndose él de parecer por su casa durante algunos días.

Habían pasado seis días en La Roche Guyón.

La joven no se había divertido nunca tanto. Había jugado á la pastora. Como él la hacía pasar por su hermana, vivían en una intimidad libre y casta, una especie de compañerismo amoroso. El creía prudente respetarla. Desde el día siguiente de su llegada le compró ropa blanca y vestidos de aldeana, y se dedicó á pescar en caña, con la cabeza cubierta por un inmenso sombrero con flores. Le parecía delicioso aquel país. Había una torre y un castillo antiguos donde se conservaban admirables tapicerías.

Jorge, con una americana comprada hecha, paseaba á Susana, bien á pie por las orillas del río, bien en barca. Se besaban á cada instante, ella inocente y él casi vencido por la tentación. Pero sabía dominarse, y cuando le dijo:

—Volveremos á París mañana; su papá me concede su mano.

Ella murmuró cándidamente:

—¡Ya! Me gusta mucho ser su esposa.

X

En la pequeña habitación de la calle de Constantinopla había poca luz, porque Jorge y Clotilde se habían encontrado junto á la puerta y ella le había dicho, sin dejarle abrir siquiera las persianas:

—¿De modo que te casas con Susana Walter?

Duroy lo confesó, añadiendo:

—¿No lo sabías ya?

Clotilde, furiosa, indignada, replicó:

—¡Te casas con Susana! ¡Esto es demasiado, sí, demasiado! Hace tres meses que me mimas para ocultármelo. Todos lo saben menos yo. Mi marido me lo ha dicho.

Du Roy quedó algo confuso, y dejando el sombrero encima la chimenea, se sentó en un sillón.

Ella le miraba á la cara y le dijo con voz baja é irritada:

—Desde que abandonaste á tu mujer preparabas este golpe, y me conservabas como querida para no ayunar ¿verdad? ¡Qué canalla eres!

Du Roy preguntó:

—¿Por qué? Tenía una mujer que me engañaba. La sorprendí, obtuve el divorcio, y me caso con otra. ¿Hay algo más natural?

Ella murmuró temblorosa:

—¡Qué astuto y peligroso eres!

Jorge sonrió.

—¡Pardiez! Los imbéciles y los tontos son siempre víctimas.

Pero Clotilde continuó:

—Debiera haber adivinado desde el principio. Pero no, no podía creer que fueras tan villano.

El joven tomó una expresión digna.

—Te ruego que te fijes en las palabras que empleas.

A ella le dió asco esta indignación.

—¡Qué! ¿Habré de ponerme guantes para hablarte? ¿Desde que te conozco te portas conmigo como un miserable, y pretendes que no te lo diga? Engañas á todos, explotas á todos, buscas y tomas placer y dinero en todas partes, ¿y quieres que te trate como á un hombre honrado?

Jorge se levantó tembloroso.

—Cállate - dijo—ó te hago salir de aquí.

Ella balbuceó:

—¿Salir de aquí?... ¿Salir de aquí? ¿Tú me harías salir de aquí, tú... tú?

No acertaba á hablar de cólera, y, de pronto, como si se hubiera roto el dique de su furor, exclamó:

—¿Salir de aquí? Olvidas sin duda que soy yo quien desde el primer día ha pagado esta habitación. Es verdad que, de cuando en cuando lo tomaste por tu cuenta. Pero, ¿quién lo alquiló? Yo. ¿Quién lo conservó? Yo... ¿Y quieres arrojarme? Cállate, pillete. ¿Crees acaso que ignoro cómo ro-

baste á Magdalena la mitad de la herencia de Vaudrec? ¿Crees que no sé que te has acostado con Susana para obligarla á casarse contigo?

Jorge la cogió por los hombros, y dijo zarandeándola: —No hables de eso, te lo prohibo.

Clotilde gritó:

—Te has acostado con ella, ya lo sé.

Jorge hubiera tolerado cualquier cosa menos esto. Las verdades que le había arrojado á la cara le enfurecían; pero aquella mentira acerca de la muchacha que iba á ser su esposa, le producía una necesidad imperiosa de pegar.

Repitió:

—Cállate... ten cuidado...—Y la sacudía como se sacude una rama para hacer caer la fruta.

Clotilde chilló, con la boca abierta y los ojos enloquecidos:

—¡Te has acostado con ella!

Jorge la soltó, y la dió tal bofetón, que fué á parar contra la pared. Pero se volvió hacia él, é incorporándose, vociferó:

—¡Has dormido con ella!

Entonces Du Roy se lanzó contra ella y teniéndola debajo empezó á golpearla como si fuera un hombre. Calló de pronto y se puso á gemir al sentir los golpes. No se movía; había ocultado su cara en el ángulo que forman el suelo y la pared y lanzaba gritos lastimeros.

Du Roy dejó de pegarla y se levantó. Dió algu-

nos pasos por el cuarto para recuperar su sangre fría y después metió la cabeza en la palangana. Se lavó las manos y fué á ver lo que hacía Clotilde.

No se había movido. Tendida en el suelo lloraba poco á poco.

—¿Acabarás pronto de gimotear?—preguntó.

No respondió Clotilde. Y él permaneció un rato en el centro de la habitación, turbado y un tanto avergonzado por lo que acababa de hacer.

De pronto tomó una resolución, y cogiendo el sombrero, dijo:

—Adiós. Da la llave al portero cuando acabes. No tengo ganas de aguardarte.

Cerró la puerta, y al salir dijo al portero:

—La señora está aún dentro. Se irá de aquí á un rato. Dirá usted al propietario que me marcho á 1.º de octubre. Estamos á 16 de agosto, así es que no hay que pagar más alquiler.

Y se fué dando grandes zancadas, pues tenía mucho que hacer para dar la última mano á las compras del ajuar.

El matrimonio se había fijado para el 20, después de abiertas las Cámaras. Se celebraría en la Magdalena. Se había charlado mucho sin adivinar la verdad. Se hablaba de un rapto, pero nadie estaba seguro de nada.

Según los criados, la señora Walter, que no hablaba á su futuro yerno, se había envenenado de rabia la noche que se decidió tal casamiento, des-

pués de hacer llevar á su hija al convento á media noche.

La recogieron casi muerta. No curaría jamás del todo. Parecía una vieja; tenía el pelo gris y la había dado por rezar, y comulgaba todos los domingos.

A primeros de septiembre la *Vie Française* anunció que el barón Du Roy de Cantel se convertía en su redactor en jefe y que el señor Walter conservaba su título de director.

Entonces tomaron un batallón de reporters y cronistas conocidos, de redactores políticos, de críticos de arte y teatrales, arrancados á fuerza de dinero á los grandes diarios, antiguos y de arraigo.

Los periodistas viejos, graves y respetables ya no se encogían de hombros hablando de la *Vie Française*. Su éxito rápido y completo había borrado la repugnancia que inspiraran los comienzos de tal periódico.

El matrimonio de su redactor en jefe fué lo que se llama un acontecimiento parisién, pues Du Roy y los Walter hacía tiempo que inspiraban gran curiosidad.

Se verificó en un día de otoño en que brillaba el sol. Desde las ocho de la mañana los empleados de la Magdalena, extendiendo una gran alfombra roja sobre la alta escalinata, anunciaban al pueblo parisién que iba á verificarse una gran ceremonia.

Los empleados que iban á la oficina, las obreras y los dependientes de tienda se detenían, miraban

y pensaban vagamente en las gentes ricas que gastan tanto dinero para casarse.

A las diez había ya curiosos en la puerta. Esperaban quizá que empezaría pronto la ceremonia, y después se iban.

A las once llegaron grupos de municipales que hicieron despejar la calle, pues de continuo se formaban grupos.

Pronto aparecieron los primeros invitados, los que deseaban buen sitio para verlo todo. Tomaron las sillas que rodean la nave central.

El templo se llenó poco á poco; entraban mujeres que producían ruido de seda y de enaguas; hombres de aspecto severo, casi todos calvos, de buen aspecto, más graves aun que de ordinario en aquel lugar.

El sol entraba por la inmensa puerta abierta, iluminando á los concurrentes. En el coro, que parecía algo sombrío, el altar cubierto de cirios, daba una luz amarillenta, humilde y pálida comparada con la que entraba á torrentes por la puerta.

Las gentes se reconocían, se llamaban con una señal y se reunían en grupos. Los literatos, menos respetuosos que los hombres de mundo, hablaban á media voz. Se miraba á las mujeres.

Norbert de Varenne que buscaba un amigo, advirtió á Jaime Rival entre las filas de sillas y se fué á su lado.

—¿Qué te parece? El porvenir es de los listos.

Rival, que no era envidioso, contestó:

—Mejor para él; ya tiene la existencia asegurada.

Y se pusieron á hablar de la gente que estaba allí reunida.

—¿Sabe usted qué se ha hecho de su mujer?

—Sí y no,—contestó el poeta sonriendo.—Vive muy retirada en el distrito de Montmartre. Pero... hay un pero... leo desde hace poco unos artículos en la *Plume* que se parecen terriblemente á los de Forestier y de Du Roy. Son de un muchacho, Juan Le Dol, guapo, listo, de la misma raza que nuestro amigo Jorge, que es amigo de su esposa. Deduzco de ello que le gustan los novicios y que le gustarán eternamente. Está rica, que no en vano han sido amigos suyos Vaudrec y Laroche.

Rival declaró:

—Es una buena hembra, Magdalena; muy astuta y fina. Debe ser encantadora al natural. Pero dígame: ¿cómo se casa por la Iglesia después de divorciar?

—Porque la otra vez sólo se casó por lo civil y esto para la Iglesia es un simple concubinato—respondió Norbert.—La Iglesia ve en él un soltero y le presta todas sus pompas para bendecir su unión que me parece que costará cara al papá Walter.

Cada vez aumentaba el rumor de la multitud. Había quienes hablaban casi en alta voz. Se señalaban unos á otros á los hombres célebres, que parecían contentos de que se les viera y admirara y

que adoptaban la actitud que guardaban siempre en cualquier acto público, para cuyo realce se creían del todo indispensables. Rival añadió:

—Diga usted, querido, usted que va á menudo á visitar al director, sabrá si es cierto que la señora Walter y Du Roy no se hablan jamás.

—Muy cierto. No quería darle la muchacha. Pero parece que el padre le tenía miedo por unos chanchullos tremendos cometidos en Marruecos. Le amenazó con revelaciones espantosas. Walter ha recordado el escarmiento de Laroche-Mathieu y ha cedido. Pero su esposa, testaruda como todas las mujeres, ha jurado que no le dirigiría más la palabra.

Algunos compañeros fueron á estrecharles la mano. Se oían trozos de conversaciones políticas. Y vago, como el rumor del mar lejano, se oía el ruido de la multitud reunida en el atrio, por sobre el rumor más discreto del público escogido.

De repente, el portero dió tres golpes en el suelo con su alabarda. Todos se volvieron. Y la novia, dando el brazo á su padre, apareció, iluminada por el sol, en la puerta.

Parecía, como siempre, un juguete, un delicado juguete coronado con flores de azahar.

Permaneció unos instantes en el umbral, y luego, cuando entró en la nave, el órgano lanzó unas notas poderosas, anunciando la llegada de la novia con sus recias voces de metal.

Andaba con la cabeza inclinada; pero no tímida,

sino algo conmovida, linda, encantadora; una esposa en miniatura. Las mujeres sonreían y murmuraban viéndola pasar. Los hombres decían:

—Exquisita, admirable.

El señor Walter andaba con dignidad exagerada, algo pálido, con los anteojos bien sentados sobre la nariz. Detrás de ellos cuatro señoritas de honor, vestidas de rosa y lindas las cuatro, formaban como una corte á aquella diminuta reina. Los testigos andaban con paso mesurado y tan igual, que parecía conforme á las lecciones de un maestro de baile.

La señora Walter les seguía, dando el brazo al padre de su otro yerno, el conde de Latour-Ivelín, que ya tenía setenta y dos años. No andaba, la infeliz, se arrastraba, á punto de desmayarse á cada paso. Sus pies se pegaban á las losas, sus piernas se negaban á adelantar, y su pecho anhelaba.

Había enflaquecido, y sus cabellos blancos hacían parecer más lívido y demacrado su semblante. Miraba hacia adelante para no ver á nadie, para no pensar quizá en lo que la atormentaba. Luego apareció Jorge Du Roy con una señora anciana, desconocida. Levantaba la cabeza sin torcer la mirada de sus ojos fijos, duros, bajo las cejas algo crispadas. Su bigote parecía irritado sobre su labio. Le hallaban muy guapo los concurrentes. Andaba de un modo altivo, delgado el talle, fina la pierna. Llevaba muy bien el frac, que manchaba, como una gota de sangre, la cintita de la Legión de honor.

Luego venían los parientes, Rosa con el senador Rissolín. Se había casado seis semanas antes. El conde de Latour-Ivelín acompañaba á la vizcondesa de Percemur.

Luego pasaron los amigos de Du Roy que habían sido presentados á su nueva familia, gentes conocidas en la sociedad no muy culta, no muy respetada, que en seguida se hacen íntimos de todo el mundo y, cuando conviene, los parientes lejanos de los ricos de ocasión, hidalgos arruinados, desconsiderados y algunas veces hasta casados, que es lo peor. Eran el señor de Belvigne, el marqués de Banjolín, conde y condesa de Ravenel, duque de Ramorano, príncipe de Kravalow, el caballero de Valreali, y por fin los invitados de Walter, el príncipe de Guerche, el duque y la duquesa de Ferracine, la linda marquesa de las Dunas.

Y los órganos continuaban cantando, lanzando en el templo enorme los acentos rítmicos de sus gargantas relucientes, que avisan al cielo las dichas ó las penas de los hombres. Se cerraron las hojas de la puerta, y, de repente, se obscureció el templo como si de su ámbito se hubiera arrojado el sol.

Otros y otros se empujaban. La muchedumbre corría como un río ante él. Al cabo se hizo menos densa. Los últimos invitados marcharon. Jorge tomó entonces de nuevo el brazo de Susana para atravesar el templo.

Estaba lleno, como si todos hubieran vuelto á sus

sitios para verlos salir. Andaba lentamente, con la cabeza erguida, los ojos fijos en el gran rosetón que había sobre la puerta, iluminado por el sol. Sentía correr entre piel y carne aquellos escalofríos que engendra la dicha completa. No veía á nadie. Sólo en sí pensaba.

Cuando llegó al umbral, vió á la multitud negra, apretada, rumorosa, que había acudido para verle á él, Jorge Du Roy. El pueblo de París le contemplaba y le envidiaba.

Luego, elevando la mirada, vió detrás de la plaza de la Concordia la Cámara de los diputados. Y le pareció que iba á dar un salto desde los pórticos de la Magdalena á los del Palacio Borbón.

Bajó con lentitud la escalinata, entre dos filas de espectadores. Pero no les veía; su pensamiento se contraía á tiempos pasados y ante sus ojos deslumbrados por el sol fulgurante, veía la imagen de la señora de Marelle arreglándose ante el espejo los ricillos de las sienes, siempre alborotados cuando salía de la cama.

FIN

UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA
3 0112 044890595

Obras de EDUARDO ZAMACOIS

DOS AÑOS EN AMERICA

En las páginas de este volumen nos cuenta el autor sus impresiones de viaje por Buenos Aires, Montevideo, Chile, Brasil, New-York y Cuba.

Un tomo de nutrida lectura, con cubierta de Romero Calvet, **pesetas 1'50.**

LA SERPIENTE SONRIE...

Forma este sugestivo volumen cuatro hermosos trabajos novelescos, uno de ellos dialogado, que llevan por título: *La caída, El paralítico, Los ojos fríos* y *El aderezo.*

Un volumen de 250 págs. con cubierta de Romero Calvet, **1'50 ptas.**

PARA TI...

Colección de cuentos y narraciones. La nota humorística y sentimental campea en este libro delicioso, recomendable por todos conceptos.

Un tomo de 236 págs. con cubierta de Romero Calvet, **1'50 ptas.**

EL TEATRO POR DENTRO

En este libro se describe con sin igual maestría y gran conocimiento de las costumbres de escenario, cuanto a la vida de «entre bastidores» se refiere.

Un tomo de 192 págs. con cubierta de Romero Calvet, **1'50 ptas.**

DESDE MI BUTACA

(APUNTES PARA UNA PSICOLOGÍA DE NUESTROS ACTORES)

En este libro anecdótico se explica la técnica escenográfica de los más renombrados comediantes, constituyendo este libro un verdadero tesoro del arte de Talía.

Un tomo de 288 páginas con retratos de actores y actrices y cubierta de Romero Calvet, **dos pesetas.**

TEATRO

Un tomo de más de 250 páginas que contiene las preciosas comedias tituladas: *Nochebuena, El pasado vuelve, Frío, Los Reyes pasan* y un *Prólogo* del mismo celebrado autor en el que narra las impresiones de su primer estreno.—Precio **pesetas 1'50.**